



MEMORIAS

DE UN



MÉDICO.

MEMORIAS DE UN MÉDICO,

POR ALEXANDRO DUMAS.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

por

D. Joaquín de Sierra.

—○—
TOMO III.
—○—

SEVILLA.

—
Imprenta de don José M. Atienza,
calle de las Serpes núm. 5.

1846.



JOSÉ BÁLSAMO.

CAPÍTULO XXV.

El Salon de los Relojes.

En un espacioso salon del palacio de Versalles, llamado de los Relojes, se paseaba con los brazos caidos y la cabeza inclinada, un jóven que representaba de diez y seis á diez y siete años. Su color era sonrosado, dulce su mirada, y su andar algun tanto comun.

Brillaba en su pecho, realzada por el

terciopelo violado de su uniforme, una placa de diamantes, cuyo cordon azul bajaba hasta su cintura, rozando con la cruz que de él estaba pendiente, una chupa de raso blanco bordada de plata.

Nadie hubiera podido desconocer aquel perfil severo y afable, majestuoso y risueño, que formaba el tipo característico de los Borbones de la primera rama, del cual, el jóven que presentamos á la vista de nuestros lectores, era ciertamente la imájen mas viva y exajerada. Con solo ver la filiacion tal vez degenerada de aquellos nobles semblantes, desde Luis XIV y Ana de Austria, habriase podido afirmar que el jóven de que hablamos no podia transmitir sus facciones á un heredero, sin alguna alteracion del tipo primitivo, sin que su natural belleza, que pudiera servir como última prueba, se trocase en una fisonomía de facciones exajeradas, y sin que el dibujo, en fin, pareciese una caricatura.

En efecto, Luis-Augusto, duque de Berry, príncipe heredero de Francia, que reinó despues con el nombre de Luis XVI,

tenia la nariz borbónica, mas larga y aguileña que los de su linaje; su frente, algun tanto aplastada, era aun mas espaciosa que la de Luis XV, y tan pronunciada la papada que heredara de su abuelo, que aunque delgado como estaba en aquella época, todavia le ocupaba casi la tercera parte de su rostro.

Además, su andar era lento y torpe, y aun cuando su talle era bien formado, el movimiento de sus piernas y hombros era algun tanto embarazado; pero sus brazos y dedos tenian la actividad, flexibilidad, fuerza, y por decirlo asi, esa fisonomia que en los demás se manifiesta en la frente, la boca y los ojos.

El príncipe se paseaba pensativo en aquel mismo salon de los Relojes, en que ocho años antes, Luis XV entregó á Mme. de Pompadour el decreto del parlamento que expulsaba á los jesuitas del reino.

Causado de esperar, ó mas bien, distraido de la idea que ocupara su imaginacion, se puso á contemplar sucesivamente los relojes que adornaban aquel salon, entreteniéndose como Carlos V en

notar las diferencias siempre invencibles que aparecen hasta en los relojes mejor organizados; estraña manifestacion, aunque claramente formulada, de la desigualdad de las cosas materiales, arregladas ó no arregladas por la mano de los hombres.

Detúvose á poco frente al gran reloj, colocado entonces á la estremidad del salon, lugar que ocupa todavia en el dia, el cual, por medio de una hábil combinacion de mecanismos, señala los dias, meses, años, cuartos de luna, y en fin, el curso de los planetas con todo cuanto interesa á esa otra máquina mucho mas admirable, á quien llaman hombre, en el movimiento progresivo de su vida hacia su muerte.

Miraba el jóven principe, como inteligente, aquel reloj que siempre habia cautivado su admiracion, inclinándose, ya á la derecha, ya á la izquierda para examinar tal ó cual rodaje cuyos dientes tan agudos como finas agujas, mordian otro resorte mas fino aun. Luego que hubo examinado aquella parte del reloj, se pu-

so á mirarle de frente, siguiendo con su vista el escape de la rápida aguja, que se deslizaba sobre los segundos, semejante á esas moscas de agua que corren por los estanques y fuentes, tocando apenas con sus largas patas el líquido cristal sobre el que incesantemente se ajitan.

Acordose en esté momento que ya habia muchos segundos que aguardaba, habiendo además dejado transcurrir un gran número antes de avisar al rey.

Parose de repente la aguja sobre la que el príncipe tenia en aquel instante fija su vista. Al punto, y como por encanto, todas las ruedas de bronce suspendieron su equilibrada rotacion, los ejes de acero se reposaron en sus agujeros de rubíes, y un profundo silencio sucedió al ruido y movimiento que poco antes reinara en aquella máquina, que quedó parada y muerta habiendo cesado sus sacudimientos, repercusiones metálicas, y el movimiento rápido de sus agujas, péndola y muelles.

Sería algun grano de arena tan su-

til como un átomo, que habiéndose introducido entre los dientes de alguna rueda, habia causado aquella repentina paralización, ó sería tal vez que el jenio de aquel maravilloso mecanismo, descansaba fatigado de su eterna agitacion?

A vista de tan súbita muerte, de tan fulminante apoplejía, el jóven principe olvidó enteramente el objeto de su venida y hasta el tiempo transcurrido desde que esperaba; olvidó tambien que la hora no es lanzada en la eternidad por los movimientos de una péndola, ó retardada sobre el declive de los tiempos por la momentánea detencion de un movimiento de metal, sino que está bien señalada en el reloj eterno, que ha precedido á los mundos, debiendo sobrevivirles, por el dedo eterno é invariable del Todopoderoso.

Abrió por tanto la puerta de cristal de la Pagoda, donde dormía el Jenio, y pasó su cabeza en el interior del reloj, para ver desde mas cerca. Incómodo en su observacion, por la péndola, deslizó con cuidado sus adiestrados dedos

por la abertura, logrando descolgarla: pero no pudo descubrir el motivo que ocasionara de aquel letargo.

Suponiendo entonces que el relojero del palacio habria tal vez olvidado armar aquel reloj, y que se habia parado naturalmente, tomó la llave colgada en su zócalo, y comenzó á subir los resortes con todo el aplomo y destreza de un hombre intelijente; pero hubo de detenerse á la tercera vuelta, prueba de que aquella paralización era ocasionada por algun imprevisto accidente, y el resorte, aunque tirante, no hizo movimiento alguno.

Sacó entonces de su bolsillo un pequeño raspador de concha, con hoja de acero y dió impulso á una rueda, con cuyo movimiento rechinaron todas durante el espacio de un segundo, volviendo en seguida á quedar silenciosas. Desarmó entonces varias piezas, colocando cuidadosamente los tornillos sobre una repisa, y siguiendo adelante en su operacion, lanzó un grito de alegría al descubrir que un tornillo de presion, al ju-

gar en su espiral, habia aflojado un resorte, y detenido la rueda motriz.

Apretó en seguida aquel tornillo, y con una rueda en una mano y el raspador en la otra, introdujo segunda vez su cabeza en la caja.

En este momento, y cuando mas absorto estaba con la contemplacion del mecanismo, la puerta se abrió de repente, y una voz gritó:

—El rey.

Pero Luis nada oyó, sino el tic-tac melodioso, producido por él, como los latidos de un corazon que un hábil facultativo vuelve á la vida.

Estendió la vista el rey á su alrededor, no pudiendo durante algun tiempo encontrar al príncipe, del cual solo podian verse las piernas, teniendo oculto todo su cuerpo con el reloj, y la cabeza introducida en la caja.

Aproximose sonriendo Luis XV, y tocándole en el hombro, le preguntó:

—Qué diablos haceis ahí?

Retírose Luis precipitadamente, aunque con todas las precauciones necesarias pa-

ra no maltratar el hermoso mueble, cuya reparacion habia emprendido.

—Ya lo vé Vuestra Majestad, contestó el jóven avergonzado al verse sorprendido en aquella ocupacion; me distraia mientras veniais.

—Si, en echarme á perder el reloj; linda diversion por cierto!

—Muy al contrario, señor, lo estaba arreglando. Ya no andaba la rueda principal, entorpecida por este tornillo: le he apretado, y ya marcha perfectamente.

—Ciego quedarás de tanto mirar ahí dentro. Por todo el oro del mundo no introducía mi cabeza en semejante avispero.

—Oh, señor! soy intelijente: yo mismo limpio, armo y desarmo el hermoso reloj que Vuestra Majestad me regaló el dia que cumplí catorce años.

—Está bien; pero deja por ahora tu máquina, si es que quieres hablarme.

—Señor, yo? dijo él sonrojándose.

—Sin duda, me han avisado que me esperabas.

—Cierto es, señor, contestó el jóven bajando la vista.

—Pues bien: qué querias? habla. Si ya nada tienes que decirme, me voy á Marly, dijo Luis XV procurando evadirse segun acostumbraba.

Colocó el príncipe su raspador y ruedas en un sillón, lo cual manifestaba que tenia efectivamente alguna cosa urgente que decir al rey, pues interrumpia su importante obra.

—Necesitas dinero? preguntó este con prontitud, dando algunos pasos hacia la puerta. Si es eso, espera, voy á enviártelo.

—Ah! no señor, replicó el jóven; tengo aun mil escudos de mi pensión mensual.

—Qué económico! exclamó el rey; y que bien me lo ha educado M. de Lavauguyon! Creo, en verdad, que le ha dado justamente las virtudes de que yo carezco.

—Señor, preguntó el jóven haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, está todavia muy distante la princesa?

—No lo sabes tú tan bien como yo?

—Yo? dijo el príncipe turbado.

—Sin duda: ayer nos leyeron el bole-

tin de viaje, y debió llegar á Nancy el lunes pasado. Estará ahora sobre unas cuarenta y cinco leguas de Paris.

—No os parece, señor, que camina con demasiada lentitud?

—No, no, repuso Luis XV, me parece, por el contrario, que viene muy de prisa; pues á pesar de los festejos que hacen en todas partes donde llega, obligándola á detenerse, anda al menos diez leguas diarias.

—Bien poco es, dijo el principe con timidez.

Admirábase cada vez mas Luis XV con la revelacion de aquella impaciencia que ni siquiera habia sospechado.—

—Hola! exclamó con sonrisa burlona, con que tienes mucha prisa?

—Os aseguro, señor, que no es el motivo que Vuestra Majestad supone, balbuceó el jóven sonrojándose de nuevo.

—Peor entonces; desearia fuese esa la causa. Qué diablos! tienes diez y seis años, dicen que es muy linda la princesa, no hay por qué estrañar estés impaciente. Vamos! descuida; no te faltará.

—Pero, señor, añadió el jóven, no se pudieran abreviar esas ceremonias en su tránsito?

—Imposible; ya ha atravesado sin detenerse dos ó tres ciudades donde debiera hacer parada.

—Entonces ese viaje vá á ser eterno. Además, que tambien me he figurado una cosa, se aventuró á decir con cortedad el príncipe.

—Qué te has figurado? veamos, habla.

—Que el servicio está mal dirigido, señor.

—Cómo! qué servicio?

—El del viaje.

—Qué locura! Pues si he enviado treinta mil caballos, treinta coches, sesenta galeras, y quién sabe cuántos cajones! Si todo se pusiese en una sola línea, llegaría desde París hasta Strasburgo. Como has podido entender que el servicio está mal hecho, teniendo tantos recursos!

—Pues á pesar de las bondades de Vuestra Majestad, tengo casi certeza de lo que dije; aunque no niego me habré tal vez explicado mal, y en vez de decir que el

servicio está mal hecho, hubiera acaso debido decir, que está mal organizado.

Alzó Luis XV su rostro al oír estas palabras, y fijó sus ojos en los del príncipe, conociendo que en las pocas palabras que Su Alteza había pronunciado, se ocultaban muchas ideas.

—Treinta mil caballos, repitió, treinta coches, sesenta galeras, y dos regimientos empleados para este servicio. Decidme, señor entendido, si habeis jamás visto entrar princesa alguna en Francia con semejante comitiva.

—No negaré que todo ha sido realmente dispuesto, y como Vuestra Majestad sabe disponer; pero Vuestra Majestad ha encargado que todos esos caballos, carruajes, en una palabra, que todo ese material, fuese exclusivamente empleado para la princesa y su séquito?

Miró por tercera vez el rey á Luis: una vaga sospecha le punzó el corazón, un recuerdo casi imperceptible comenzaba á iluminar sus ideas, al par que una confusa analogía entre la manifestacion del príncipe, y la escena desagradable que

habia sufrido, recorria su memoria.

—Qué pregunta tan estraña! contestó el rey; sin la menor duda, solo debe emplearse para el servicio de la princesa, y hé ahí la causa por que te he dicho que no puede tardar; pero por qué me miras de ese modo? Veamos, añadió con una firmeza que pareció amenazadora al príncipe: te entretienes tal vez en estudiar mis facciones como la máquina del reloj?

Ya iba á contestar el príncipe; mas se contuvo al oír esta observacion de Luis XV.

—Y bien! continuó éste con viveza; paréceme que nada tienes ya que decir, eh?... Ya estás satisfecho, no es así?... Tu princesa viene, su servicio se hace á pedir de boca, y eres tan rico como Cresó. Pues ahora que nada debe inquietarte, hazme el favor de volver á armar mi reloj.

El príncipe no hizo movimiento alguno.

—Sabes, dijo Luis XV riendo, que estoy tentado de darte el empleo de primer relojero de palacio, con un sueldo correspondiente?

Bajó su cabeza el príncipe, intimidado por la mirada del rey, y volvió á tomar su raspador y la rueda que habia dejado sobre el sillón, mientras aquel se dirigia, durante este tiempo, hacia la puerta, diciendo:

—Qué diablos quería dar á entender con el servicio mal hecho? Vamos, vamos, por fin he logrado evitar esta escena; pero queda descontento.

En efecto, el príncipe tan sufrido de ordinario, golpeaba con el pié el pavimento.

—Esto va cada vez peor, añadió Luis riendo: decididamente no me queda tiempo mas que para escapar.

Pero de repente, y en el momento en que abria la puerta, encontró en el umbral á Mr. de Choiseul profundamente inclinado.

CAPÍTULO XXVI.

La corte del rey Perico

Dió un paso atrás Luis XV al encon-

trar tan inesperadamente aquel nuevo actor, que venia á mezclarse en la escena, para impedir su salida.

—Diablo! dijo para sí, ya no me acordaba de este. No me disgusta sin embargo su venida; él pagará por todos. Hola! sois vos? exclamó. Os he mandado llamar, lo sabiais?

—Si señor, contestó francamente el ministro; y cuando recibí la orden, me estaba vistiendo para venir á ver á Vuestra Majestad.

—Bien! Tengo que hablar con vos de negocios formales, dijo Luis XV trunciendo el entrecejo, á fin de intimidar si era posible á su ministro; pero desgraciadamente M. de Choiseul era de los hombres menos asustadizos del reino.

—Y yo tambien, si Vuestra Majestad permite, tengo que hablar de asuntos del mayor interés, contestó el ministro inclinandose, y dirijiendo una ojeada al príncipe, que se hallaba casi oculto tras el reloj.

—No hay remedio, dijo para sí Luis XV cortado, héme aquí cojido tambien

por este lado, y encerrado en un triángulo de donde no es posible escapar.

Y queriendo descargar el primer golpe sobre su antagonista, se apresuró á decir en voz alta:

—Ya sabreis, que el pobre vizconde Juan, ha estado en peligro de ser asesinado.

—O mejor dicho, que ha recibido en el brazo una estocada. Venia á hablar con Vuestra Majestad de este suceso.

—Si, ya os entiendo, quereis precaver los rumores.

—Me anticipo á los comentarios, señor.

—Luego conoceis este asunto? preguntó el rey con aire significativo.

—Perfectamente.

—Hola! exclamó Luis XV, ya lo sabia yo de buena tinta.

Mr. de Choiseul permaneció impasible. El príncipe se ocupaba entretanto en examinar una tuerca de bronce, y aunque con la cabeza inclinada, escuchaba sin perder la menor palabra de aquella conversacion.

—Voy á referiros ahora los porme-

nores de ese lance.

—Vuestra Majestad cree estar bien informado? preguntó Mr. de Choiseul.

—Oh! Sin duda....

—*Os escuchamos*, señor.

—Escuchamos? repitió Luis XV.

—Sin duda, monseñor y yo.

—Monseñor? dijo el rey mirando sucesivamente de Choiseul á Luis-Augusto. Qué importan al príncipe los pormenores de este lance.

—Mucho, repuso el ministro saludando cortesmente á Luis-Augusto; pues se trata de Su Alteza Real Mme. la princesa.

—De Mme. la princesa! exclamó turbado el monarca.

—Sin duda; lo ignorábais, señor? Si así es, Vuestra Majestad está mal informado.

—Mme. la princesa y Juan Dubarry! Esto ha de ser muy curioso! Vamos, explicaos prontamente, y nada me ocultéis, aun cuando la princesa misma sea quien ha herido á Dubarry.

—Su Alteza Real no ha sido, señor, repuso Mr. de Choiseul con sosiego; sino

uno de los oficiales de su escolta.

—Ah! exclamó con seriedad Luis XV, decid que un oficial. Le conocéis tal vez?

—No señor: pero Vuestra Majestad debe conocerle, si tiene presente sus buenos servidores. El nombre de ese oficial, se hizo memorable en la persona de su padre, en Filisburgo, Fontenoy y Mahon. Es un Taverney-Casa-Roja.

—Casa-Roja!... repitió Luis XV; efectivamente conozco ese nombre. Y por qué se ha batido con Juan, á quien amo?... Porque le amo tal vez?... Rivalidades y quejas absurdas.... sediciones parciales....

—Si Vuestra Majestad me permite hablar.... dijo Mr. de Choiseul.

Conociendo Luis XV que solo montando en cólera podría salir de aquel atoladero, exclamó:

—Os digo, señor, que descubro en esto un jérmen de conspiracion contra mi tranquilidad, y una persecucion contra mi familia.

—Ay! señor, replicó Mr. de Choiseul, el valiente jóven que ha defendido á la princesa, nuera de Vuestra Majestad, me-

rece acaso semejantes reconvenciones?

—Yo, exclamó Luis-Augusto incorporándose y cruzando sus brazos, confieso le estoy agradecido, por haber espuesto su vida por la que de aquí á quince dias será mi esposa.

—Espuesto su vida!... espuesto su vida!... murmuró Luis XV. Y por qué causa? es preciso lo sepamos.

—Porque el vizconde Juan Dubarry, que deseaba viajar con mucha prontitud, trató de apoderarse de sus caballos en la casa de postas donde debia mudar de tiros, sin mas motivo que el de querer ir mas aprisa.

Mordióse el monarca, palideciendo, los labios, al entrever, semejante á una amenazadora fantasma, la analogia que hacia poco le inquietara.

—Es imposible; conozco los pormenores, y vos, duque, estais mal informado, repuso el monarca queriendo ganar algun tiempo.

—No señor, no estoy mal informado, y lo que tengo el honor de manifestar á Vuestra Majestad, es la verdad desnuda.

El vizconde Juan, hizo un insulto á la princesa, apoderándose de los caballos destinados para su servicio; y ya se los llevaba por fuerza, habiendo antes maltratado al maestro de postas, cuando el caballero Felipe de Taverney, se presentó, enviado por Su Alteza Real; y despues de haberle atenta y amistosamente reconvenido....

—Oh! Oh! refunfuñó el rey.

—Y despues de haberle amistosa y atentamente reconvenido, lo repito, señor.

—Sí, y yo lo sostengo, añadió el príncipe.

—Teneis tambien conocimiento de este suceso? preguntó atónito Luis XV.

—Sí señor, y datos positivos.

—Si Su Alteza tiene á bien continuar, dijo Mr. de Choiseul, alegre por su triunfo y haciendo una reverencia, imagino que Su Majestad dará ciertamente mas crédito á las palabras de su agusto hijo que á las mias.

—Sí, señor, continuó el príncipe aunque sin manifestar tanto calor como Mr. de Choiseul; sí señor, estoy muy bien informado, y he venido para decir á Vues-

tra Majestad, que Mr. Dubarry habia no solamente faltado al respeto que se debe á la princesa, sino que se habia tambien violentamente opuesto á un oficial de mi rejimiento que le reprendia, cumpliendo con su obligacion, por aquel insulto.

—Es preciso informarnos, sí, es preciso informarnos, dijo el rey meneando la cabeza.

—Lo estoy, señor, contestó con agrado Luis-Augusto, y no tengo dada alguna que Mr. Dubarry tiró de la espada.

—El primero? preguntó Luis XV, satisfecho porque se presentaba aquella ocasion de igualar la lucha.

Ruborizose el príncipe, y dirijió su vista hacia el ministro, quien al verle turbado, se apresuró á correr en su ayuda, diciendo:

—Lo cierto es, señor, que dos hombres han cruzado las espadas, uno de ellos insultaba, y el otro defendia á la princesa.

—Sí, pero cuál fué el agresor? preguntó Luis XV: conozco á Juan, es manso como un cordero.

—Segun tengo entendido, el agresor es quien insultó, contestó el príncipe con su moderacion acostumbrada.

—Es asunto delicado, prosiguió el rey; el agresor es quien insultó!... y si á pesar de todo, el oficial ha sido insolente?...

—Insolente! repitió el ministro, insolente contra el que pretendia llevarse á viva fuerza los caballos de la princesa? Es posible, señor?

Nada contestó Luis-Augusto; sin embargo, perdió el color.

—Pronto, quise decir, añadió el rey tratando de enmendar lo que antes dijera, al ver el efecto que habian causado sus palabras.

—Y además, continuó Mr. de Choiseul aprovechando aquella retirada para avanzar un paso, Vuestra Majestad debe conocer que un fiel servidor, nunca puede insultar ni ofender á nadie.

—Pero, decidme: cómo os han informado de este acontecimiento? preguntó Luis XV á su hijo, sin apartar su vista de Mr. de Choiseul, á quien aquella brus-

ca interpelacion disgustó en tanto grado, que no pudo ocultar su turbacion, á pesar de sus esfuerzos por aparentar serenidad.

—Por medio de una carta, contestó Luis-Augusto.

—De quién?

—De una persona que se interesa por la princesa, y que considera probablemente muy extraño que se le ofenda.

—Vamos! exclamó el monarca, tenemos misterios.... correspondencias secretas... conspiraciones...! Ya comienzan otra vez á ponerse de acuerdo para atormentarme, como en tiempo de Mme. de Pompadour.

—No por cierto, señor, contestó el ministro; no puede ser mas claro este negocio: se trata de un delito de lesa-majestad, cometido contra la princesa. Castíguese severamente al culpable, y todo queda concluido.

Creyó el rey ver levantarse á la condesa enfurecida, y á Chon azorada, cuando oyó la palabra *castigo*. Pareciole que desaparecia la paz doméstica, que da-

rante toda su vida habia buscado sin poderla encontrar, apareciendo en su lugar la guerra intestina, con sus uñas corvas, ojos encendidos y henchidos de lágrimas.

—Castigar, replicó, sin oír las partes y sin conocer quién tenía mejor derecho? Un golpe de estado! una orden! Oh! qué proposición tan acertada me haceis, señor duque! En buen negocio quereis verme envuelto!

—Pero, señor, quién respetará en adelante á la princesa, si no se hace un severo ejemplar con el primero que ha osado insultarla?

—Sin duda, añadió Luis-Augusto, sería un escándalo.

—Un ejemplar! un escándalo! repitió el rey. Ah! pardiez! haced un ejemplar por cada escándalo, y pasaré mi vida firmando cartas-órdenes. A Dios gracias, no son pocas las que firmo.

—Pues es indispensable, señor, dijo Mr. de Choiseul.

—Señor, suplico á Vuestra Majestad.... añadió el príncipe.

—Cómo! Todavía no conceptuais su—

ficiente castigo, la estocada que ha recibido?

—No señor, contestó el ministro, porque hubiera podido herir á Mr. de Taverney.

—Y entonces, qué hubiérais pedido?

—Su cabeza.

—No se hizo tanto con Mr. de Montgommery, por haber matado al rey Enrique II, replicó Luis XV.

—Sí; pero Mr. de Montgommery mató casualmente al rey, y Mr. Juan Dubarry ha insultado con voluntad de hacerlo así, á la princesa.

—Y vos, dijo el rey dirijiéndose á Luis-Augusto, pedís tambien la cabeza de Juan?

—Vuestra Majestad sabe muy bien, repuso dulcemente el príncipe, que no estoy por la pena de muerte, y por tanto, me limito á pedir os su destierro.

—Su destierro por una disputa de meson! dijo temblando Luis XV. Sois demasiado severo, Luis, á pesar de vuestras ideas filantrópicas, aunque tambien es verdad, que sois mas matemático que

filantrópico; y un matemático....

—Dígnese Vuestra Majestad concluir...

—Y un matemático, sacrificaría el mundo por sus cálculos....

—Señor, interrumpió el príncipe, yo no aborrezco personalmente á Mr. Duharry.

—Pues á quién?

—Al agresor de Mme. la princesa.

—Buen modelo de maridos! exclamó Luis XV en tono irónico; pero afortunadamente no me engañan con facilidad, y conozco muy bien hasta dónde quieren arrastrarme con esas exajeraciones.

—No creais, señor, que se exajera, contestó Mr. de Choiseul; el público está verdaderamente indignado de tanta insolencia.

—El público! otro monstruo que os forjais, y con el que tratáis de atemorizarme. El público! Hago yo caso de él, por ventura, cuando por medio de sus mil bocas, los libelistas y folletistas, copistas y sediciosos, me dicen que me están robando, vendiendo y burlándose de mí? Bah! me rio de sus declamaciones!

Haced como yo, pardiez! Tapaos los oídos y dejadle chillar hasta que se canse. Vamos! vamos! me saludais disgustado: ved á Luis que tambien lo está. Es cosa estraña, en verdad, que no me sea permitido disfrutar lo que disfruta el último de mis súbditos! Que no me han de dejar vivir á mi gusto! Que han de aborrecer sin cesar lo que yo amo, y amar lo que yo detesto! Soy prudente ó loco? Soy ó nó el soberano?

Cojió de nuevo el principe el raspador, y continuó su obra, mientras M. de Choiseul, volvió á inclinarse como la vez primera.

—Bueno! ninguno contesta.... pero por vida de Sanes! responded alguna cosa. Quereis matarme de disgusto con vuestras proposiciones y vuestro silencio, con vuestros odios mezquinos, y ridiculos temores?

—Yo no aborrezco á Mr. Dubarry, señor, contestó sonriendo Luis-Augusto.

—Y yo, señor, no le temo, añadió con arrogancia Mr. de Choiseul.

—Ay! conozco teneis malas intencio-

nes, exclamó Luis XV aparentando furor, cuando únicamente experimentaba despecho: quereis sirva de fábula á la Europa entera, y esponerme á la burla de mi primo el rey de Prusia? O mejor dicho, tratais de que se realice la *casa sin gobierno* de ese bribon de Voltaire? pues no, no será así; no tendreis ese gusto. Yo entiendo á mi modo el honor, y lo observaré como me parezca.

—Señor, dijo el principe con su inagotable dulzura, aunque con su eterna constancia; Vuestra Majestad se equivoca; no se trata de su honor, sino de la dignidad de la princesa insultada.

—Tiene razon Monseñor; una sola palabra de Vuestra Majestad bastará para que no se repita ese crimen.

—Quién lo ha de repetir, si ninguno lo ha cometido primero? Juan es tonfo, pero no tiene mal corazon.

—Sea, contestó el ministro, achaquémoslo á tontería, y que se disculpe como pueda de ella con Mr. de Taverney.

—Ya os he dicho, continuó el rey, que nada tengo que ver en eso. Que dé

Juan sus disculpas, ó que no las dé, si así le place, tiene derecho para hacerlo así.

—Sin embargo, tengo el honor de prevenir con tiempo á Vuestra Majestad, añadió Mr. de Choiseul, que vá á escandalizar ese negocio, si se abandona enteramente á su voluntad.

—Me alegro, contestó Luis XV: por mucho que sea el escándalo, permaneceré sordo, y no oiré vuestras necesidades.

—Luego Vuestra Majestad me autoriza, prosiguió Mr. de Choiseul con su implacable serenidad, para que publique que dá la razon á Mr. Dubarry?

—Yo! exclamó el rey, yo! dar la razon á nadie en un asunto tan negro! Estais decididos á arrastrarme al último estremo!.. Oh! Cuidado conmigo, señor duque... Y vos Luis, os prevengo seais por vos mismo mas comedido conmigo en lo sucesivo.... meditad sobre lo que os he dicho, porque ya estoy tan fatigado y desesperado, que no puedo mas. Adios, señores, voy á ver á mis hijas, y á escaparme á Marley, donde tal vez podré

disfrutar de alguna tranquilidad, si es que no estais decididos á perseguirme hasta allí.

En este momento, y cuando Luis XV se dirijía hacia la puerta, se abrió esta, y un ujier, presentándose en el umbral, dijo:

—Señor, Su Alteza Real Madama Luisa, espera en la galeria para despedirse de Vuestra Majestad.

—Para despedirse de mí! exclamó el rey azorado: adónde vá?

—Su Alteza Real dice que Vuestra Majestad le ha dado licencia para dejar el palacio.

—Vamos! Otro acontecimiento! Ahora es mi santurrona que hace de las suyas! Soy el mas desgraciado de los hombres! exclamó Luis XV saliendo precipitadamente.

—Su Majestad se aleja sin contestarnos, dijo el duque al jóven príncipe. Qué dice Vuestra Alteza Real?

—Ay! ya suena! exclamó Luis-Augusto, escuchando con alegría finjida ó verdadera, las ondulaciones del reloj puesto en movimiento.

Frunció el entrecejo Mr. de Choiseul, y salió de la sala de los Relojes, dejando solo al príncipe.

CAPÍTULO XXVII.

Madama Luisa de Francia.

La hija mayor del rey, esperaba á su padre en la gran galeria de Lebrun, donde Luis XIV recibió en 1683 al Dux Imperiali y los cuatro senadores jenoveses, que venian á implorar el perdon para la república.

Al extremo de esta galeria, opuesto á aquel por donde debiera entrar el rey, dos ó tres damas de honor estaban al parecer consternadas.

Llegó Luis XV en el momento en que los grupos comenzaban á formarse en el vestibulo, pues la resolucion que aquella mañana habia tomado la princesa, comenzaba á divulgarse en palacio.

De majestuosa estatura, y belleza enteramente real, pero cuya frente virjinal á veces se arrugaba por una secreta tristeza,

Madama Luisa de Francia imponia á toda la corte, por la práctica de las mas austeras virtudes, aquel respeto hacia el poder del estado, que cincuenta años habia, solo se veneraba en Francia, ó por interés, ó por temor.

Hay mas: en aquel momento de desafecto jeneral del pueblo para con sus amos, (pues aun no decia en alta voz sus tiranos) la amaban, porque su virtud no era arisca, y aun cuando nunca se hubiese públicamente hablado de ella, se sabia que tenia un corazon, y cada dia lo demostraba con sus beneficios, mientras los otros, solo lo manifestaban por sus escándalos.

Respetábala Luis XV porque tambien la estimaba y hasta á veces se mostraba envanecido de ella; hé aquí por qué era la única entre sus hijas con la que se moderaba en sus chanzas picantes y familiaridades triviales, y mientras que apellidaba á Adelaida, Victoria y Sofia, loque, *Chiffe y Graille*, llamaba á Luisa de Francia, *Madama*.

Desde que el mariscal de Sajonia habia llevado consigo á la tumba el alma

de los Turenas y Condés, todo disminuía en rededor de aquel menguante trono, y entonces Madama Luisa, cuyo carácter enteramente real, parecía llegar hasta el heroísmo, realzaba la corona de Francia, á la que únicamente restaba aquella perla fina, en medio de su oropel y falsas piedras.

No decimos sin embargo que Luis XV amaba á su hija, pues ya sabemos que solo se amaba á sí mismo; pero afirmamos que la prefería á todas las demás.

Vió al entrar, á la princesa sola en medio de la galeria, apoyada sobre una mesa embutida de jaspe sanguíneo y lápiz-lázuli. Estaba vestida de negro; sus hermosos cabellos sin polvo, se ocultaban bajo un doble encaje; y aun cuando su frente manifestaba en aquel momento menos severidad que de costumbre, parecía sin embargo mas triste. A veces estendia sus melancólicas miradas sobre los retratos de los reyes de Europa, á la cabeza de los cuales, brillaban sus antepasados los reyes de Francia.

El traje negro, era el que usaban de

ordinario las princesas en sus viajes, ocultando las largas faltriqueras que se llevaban tambien en aquella época, como en tiempo de las reinas caseras, y Madama Luisa, siguiendo el ejemplo de aquellas, llevaba en su cintura, pendientes de un anillo de oro, las numerosas llaves de sus cofres y armarios.

Quedose Luis XV pensativo al ver la silenciosa atencion con que se aguardaba el resultado de aquella escena; pero era tan larga la galería, que colocados en ambos extremos, no podian los espectadores faltar de discrecion para con los actores: veian y no oian; estaban autorizados para lo primero, y les estaba prohibido lo segundo.

Avanzó algunos pasos la princesa al encuentro de su padre, y besó respetuosamente su mano.

—Se dice que marchais, señora? preguntó Luis XV. Vais á Picardia?

—No señor, repuso la princesa.

—Entonces, presumo, dijo el rey alzando la voz, que ireis en romería á Noirmoutiers.

—Tampoco, señor. Me retiro al convento de Carmelitas de San Dionisio, del cual ya sabeis puedo ser Abadesa.

Estremeciose el monarca, y aunque su corazon estuviera efectivamente turbado, su rostro permaneció sereno.

—Oh! no, hija mia, no os separareis de mí, es verdad? No es posible!

—Hace ya largo tiempo, padre mio, estoy decidida, y Vuestra Majestad me ha autorizado para ello. Os suplico no trateis ahora resistiros.

—Sí, no hay duda, he dado esa autorizacion, pero despues de haberla largo tiempo combatido; bien lo sabeis vos misma; y si la di, fué esperando que os faltaría el ánimo en el momento de partir. Además, no debeis sepultaros en un claustro; es ya muy antigua esa costumbre: solo se entra en un convento, ó por algun sentimiento grande, ó por decadencia de bienes de fortuna. La hija del rey de Francia, no es pobre, que yo sepa, y si es desgraciada, todos deben ignorarlo.

Elevábanse la palabra y el pensamiento de Luis XV á medida que avan-

zaba en ese papel de rey y padre que nunca desempeña mal el actor cuando el orgullo aconseja el uno y el sentimiento inspira el otro.

—Señor, contestó Luisa enterneciéndose á su pesar al conocer la emoción de su padre, tan rara en el egoísta Luis XV; señor, no debilitéis mi alma, manifestándome vuestro afecto. Mi sentimiento no es vulgar, hé aquí por qué mi resolución es estraña para las costumbres de nuestro siglo.

—Conque teneis penas? exclamó el rey con muestras de sensibilidad. Penas tú, pobre niña!

—Cruelles, inmensas, señor, repuso Madama Luisa.

—Pero, hija mia, por qué me las ocultas?

—Porque son de aquellas que ninguna mano humana puede curar.

—Ni la de un rey?

—Ni la de un rey, señor.

—Ni la de un padre?

—Tampoco, señor, tampoco.

—Y decís eso, vos Luisa, vos que

sois relijiosa y sacais tantas fuerzas de la relijion?

—No la suficiente, señor, y me retiro á un claustro para encontrar mas. En el silencio, Dios habla al corazon del hombre; en la soledad, el hombre habla al de Dios.

—Pero haceis al Señor un sacrificio enorme, que nada podrá compensar. El trono de Francia estiende una augusta sombra sobre sus hijos.

—Aun mas profunda es la de la celda, padre mio; fortalece el corazon, y es tan dulce para el fuerte como para el débil, para el humilde como para el soberbio, para el grande como para el pequeño.

—Os creeis tal vez espuesta á algun peligro? Si asi es, Luisa, el rey mismo está pronto á defenderos.

—Que Dios le defienda á él primero.

—Os lo repito, Luisa, un celo mal entendido os estravia. Bueno es orar; pero no siempre. Mas de qué os sirve rogar tanto, á vos que sois tan buena y tan piadosa?

—Jamás oraré bastante, oh padre mio! jamás rogaré bastante, oh rey mio, para apartar el golpe que está próximo á descargarse sobre nosotros! Esta bondad que Dios me ha dado, esta pureza que veinte años hace me estoy continuamente esforzando en purificar, no llenan todavía, me espanto al decirlo! la medida de candor y de inocencia que necesita la víctima espiatoria.

Retrocedió un paso el monarca, y mirando absorto á Madama Luisa:

—Nunca me habeis hablado así, dijo. Os estraviais, querida hija! el ascetismo os pierde.

—Ah, señor! no llameis con ese nombre mundano, al sacrificio mas verdadero, y sobre todo, mas necesario que jamás ofreciera súbdita á su rey ni hija á su padre en tan urgente necesidad. Vuestro trono, señor, cuya sombra protectora me ofreciais ahora poco con orgullo, vuestro trono, señor, se estremece bajo los golpes que vos mismo ignorais, y que yo ya he adivinado. Un abismo profundo, donde repentinamente puede sepul-

tarse la monarquía, sordamente se ahonda. Os han dicho alguna vez la verdad, señor?

Miró la princesa en torno suyo para cerciorarse que nadie podía escucharla, y viendo que todos estaban distantes, prosiguió.

—Pues bien! yo la sé, yo, que con el traje de una madre de la Misericordia, he visitado veinte veces las calles sombrías, las hambrientas buhardillas, y las encrucijadas donde solo se oyen gemidos de dolor; pues en esas calles, en esas encrucijadas, en esas buhardillas, señor, se mueren de hambre y de frío en el invierno, de sed y calor durante el verano. Los campos que vos no veis, pues solo vais de Versalles á Marly, y de Marly á Versalles, los campos ya no tienen grano, no diré para mantener á los pueblos, pero ni aun para sembrar la tierra, que maldecida por no sé qué enemigo poder, devora sin producir: y aquellos á quienes falta el pan, murmuran sordamente. Vagos y desconocidos rumores resuenan en los aires, en el crepúsculo,

durante la noche, hablándoles de grillos, cadenas, tiranías... y á estas voces, despertan, suspenden sus jemidos y comienzan de nuevo á murmurar.

Los parlamentos por su parte, exigen el derecho de representación, y esto es la potestad de decirnos en voz alta: *Rey, tú nos pierdes! ó sálvanos, ó nos salvamos solos.* El militar escava con su inútil espada una tierra donde jermína la libertad que los enciclopédistas han sembrado á manos llenas. Los escritores (y ved señor como la vista del hombre comienza á descubrir lo que antes se le ocultaba) los escritores conocen el mal al mismo tiempo que le cometemos, y lo manifiestan al pueblo, que ahora frunce irritado el ceño cada vez que vé pasar á sus señores. Vuestra Majestad casa á su hijo! En otros tiempos, cuando la reina Ana de Austria casó el suyo, la gran ciudad de París ofreció ricos presentes á la princesa María-Teresa. Hoy, por el contrario, no solamente guarda silencio, no solamente nada ofrece, sino que Vuestra Majestad se ha visto preci-

sado á aumentar los impuestos, para pagar los carruajes que deben conducir una hija de César, á casa del hijo de San Luis. Acostumbrado desde hace largo tiempo el clero á no rogar á Dios, vuelve ahora á hacerlo por lo que llama la felicidad del pueblo, conociendo que las tierras están mal distribuidas, agotados los privilegios, y completamente apurado el tesoro público. En fin, señor, será preciso que os diga lo que vos sabeis tambien, lo que habeis visto con tanta amargura y á nadie habeis querido revelar? Los reyes nuestros hermanos, aquellos que en otros tiempos nos envidiaban, se apartan de nosotros. Vuestras cuatro hijas, señor, las hijas del rey de Francia! no se han casado habiendo veinte principes en Alemania, tres en Inglaterra, diez y seis en los estados del Norte, sin contar nuestros parientes los Borbones de España y Nápoles, que nos olvidan, ó se desdeñan de nosotras como los demás. El Turco nos habria tal vez querido, si no fuéramos hijas del rey cristianísimo. Ay! no hablo por mí, padre mio, yo no me que-

jo. Feliz mi estado, pues héme aquí libre, sin que ninguno de mi familia me necesite, pudiendo en el retiro, en la pobreza, en la meditacion, rogar á Dios aparte de vuestra cabeza y de la de vuestro sucesor, esa espantosa tempestad que oigo resonar allá á lo lejos en el cielo del porvenir!

—Hija mia!... hija mia!... esclamó el rey, tus temores te presentan ese porvenir mas terrible de lo que es en realidad.

—Señor, dijo Madama Luisa, recordad aquella princesa de la antigüedad, aquella profetisa real: ella pronosticaba como yo a su padre y á sus hermanos la guerra, la destruccion, el incendio; y su padre y sus hermanos se mofaban de sus predicciones, que apedillaban insensatas. No me desoigais como á ella. Vivid alerta, padre mio! reflexionad, oh rey!

Cruzó Luis XV sus brazos, é inclinando tristemente la cabeza sobre su pecho:

—Hija mia, dijo, vuestro lenguaje es

muy severo; esas desgracias que me reprochais, son acaso obra mia?

—No quiera Dios que así lo piense; pero son obra del tiempo en que vivimos; os veis arrastrado como todos. Escuchad, señor, escuchad los aplausos del teatro al oír la menor alusion contra el trono: ved por la noche los alegres y bulliciosos grupos, descendiendo las pequeñas gradas de los entresuelos con gran algazara, mientras la magnífica escalera de mármol está sombría y desierta. El pueblo y los cortesanos, señor, se han proporcionado diversiones separadas de las nuestras, y no solo se divierten sin nosotros, sino que se entristecen cuando alguna vez nos presentamos en ellas. Ay de mí prosiguió la princesa con adorable melancolía, ay de mí pobres graciosos manebos! pobres encantadoras vírgenes! amad!.. cantad!.. olvidad!.. sed felices!... Aquí os incomedaba, mientras allí os serviré: aquí reprimís vuestra alegría, temiendo incomodarme; allí, allí, rogaré, ah! rogaré con todo el fervor de mi alma, por el rey, por mis hermanas, por

mis sobrinos, por el pueblo de Francia, por vosotros todos en fin, á quienes amo con la enerjia de un corazon que pasion alguna ha podido hasta ahora marchitar.

—Hija mia, dijo enternecido el rey despues de un instante de silencio, no me abandoneis en este momento al menos, os lo suplico; vuestras palabras acaban de destrozar mi corazon.

Luisa de Francia tomó la mano de su padre, y fijando con amor su vista en la noble fisonomía de Luis XV:

—No, exclamó, no, padre mio; ni una hora mas quiero permanecer en este palacio. No, ya es tiempo de consagrarme á la oracion, me encuentro con fuerza suficiente para redimir con mis lágrimas todos los placeres á que aspirais, vos todavia jóven, vos tan buen padre, vos que sabeis perdonar.

—Permanece con nosotros, Luisa, permanece con nosotros, dijo el rey estrechando á su hija en sus brazos.

—Mi reino no es de este mundo, contestó Luisa de Francia balanceando tristemente su cabeza, y desprendiéndose de los

brazos del rey. Adios, padre mio: hoy os he dicho cosas que hace diez años me oprimian el corazon. Su peso me ahogaba. Adios, ya estoy contenta. Veis como sonrío? Hoy principio á ser dichosa, y nada echo de menos al retirarme del mundo.

—Ni aun á mí mismo, hija mia?

—Ay! os echaria de menos si no debiera volver á veros; pero vendreis algunas veces á San-Dionisio; no me olvidareis de un todo.

—Oh!.... jamás, jamás!

—No os enternezcais, señor, no demostremos que nuestra separacion es duradera. Mis hermanas, al menos así lo creo, nada saben todavía, y solo mis camaristas conocen este secreto. Hace ocho dias estoy haciendo mis preparativos, y deseo ardientemente que el ruido de mi partida no resuene sino despues del de las pesadas puertas de San-Dionisio.

El rey leyó en los ojos de su hija que su designio era irrevocable. Prefería por otra parte que fuese ignorada de todos su partida, pues si Madama Luisa queria evitar el llanto que pudiera ocasionar su

resolucion, él temia mucho mas por su salud.

Además, pensaba ir á Marly, y el demasiado quebranto en Versailles, debia precisamente detener aquel viaje.

En fin, calculaba que no volveria á encontrarse al salir de sus orjias, indignas á la vez de un rey y de un padre, aquel rostro grave y triste que le parecia como una reprobacion de su indolente y perezosa existencia.

—Hágase segun desees, hija mia, dijo; pero recibe antes la bendicion de tu padre que fué siempre dichoso á tu lado.

—Permitidme solamente bese vuesira mano, señor, y dadme mentalmente esa grata bendicion.

Para todos los que estaban instruidos de su resolucion, era un espectáculo grande y solemne, el que presentaba esta noble princesa, que á cada paso que daba, avanzaba hacia sus antepásados, cuyos retratos, desde el fondo de sus marcos de oro, parecian manifestarle su reconocimiento por venir á sepultarse viva en su sepulcros.

Acompañó Luis XV á su hija hasta la puerta, y despues de haberla saludado, volvió sin pronunciar ni una palabra.

Sus cortesanos le siguieron, observando la etiqueta.

CAPÍTULO XXVIII.

Loque, Chiffe, y Graille.

Dirijióse el rey hacia el gabinete de los equipajes, donde tenia costumbre, antes de alguna caceria ó paseo, detenerse algunos momentos para dar sus órdenes particulares, segun la clase de servicio que necesitaba para el resto del dia.

Hizo al llegar al fin de la galeria, una seña á sus cortesanos, manifestando que deseaba permanecer solo.

Luego que lo hubo conseguido, siguió adelante por un corredor que comunicaba con las habitaciones de sus hijas, y habiendo llegado ante la puerta de estas, que ocultaba una mampara, se detuvo un instante meneando la cabeza.

—Solo habia una buena, murmuró

entre dientes, y acaba de marcharse.

Estrepitosas voces contestaron á este axioma nada agradable para las que quedaban: abriose la mampara, y Luis XV se oyó saludar por estas palabras que le dirijió en coro un trino furioso.

—Gracias, padre mio.

Y el rey se encontró rodeado de sus tres hijas.

—Ah! eres tu, Loque, dijo dirijiéndose á la mayor, es decir, á Madama Adelaide. Ah! cómo ha de ser! Tanto si te incomodas, como si no, he dicho la verdad.

—A fè mia, contestó Madama Victoria, que no nos sorprende lo que acabais de decir, señor, pues no ignoramos que siempre habeis preferido á Luisa.

—No lo negaré, Chiffie, acabas de decir una gran verdad.

—Y por qué habeis de preferir á Luisa? preguntó Madama Sofia con voz destemplada.

—Porque nunca me atormenta, contestó con aquella afabilidad de que en sus momentos de egoismo Luis XV ofrecía un tipo tan perfecto.

—Oh! descuidad, padre mio, tambien os atormentará, añadió Madama Sofia con tan irritado tono, que se atrajo particularmente la atencion del monarca.

—Por qué decís eso, Graille? Luisa te ha confiado acaso sus secretos al partir? Mucho me admiraria, pues te ama bien poco.

—Ah! Bah! estamos pagadas, contestó Sofia.

—Muy bien! continuó el rey: aborreceos, detestaos, despedazaos, poco me importa, con tal que no vengais nunca á molestarte para restablecer el orden en el reino de las amazonas. Pero desearia que me dijéseis en qué debe incomodarme la pobre Luisa.

—La pobre Luisa! repitieron juntas Victoria, y Adelaida, alargando de distinto modo ambas sus labios.

—En qué debe incomodaros? Voy á decíroslo, padre mio.

Recostose Luis en un gran sillón colocado junto á la puerta, procurando tener siempre fácil la retirada.

—Porque Madama Luisa, contestó So-

fia, está algo atormentada del mismo demonio que inquietaba á la Abadesa de Chelles, y se retira al convento para hacer ensayos.

—Ea, ea, dijo Luis XV, hacedme el favor de no venirme con equívocos, tratando de la virtud de vuestra hermana. Nada han tenido nunca que decir de ella los estraños, á pesar de lo mucho que hablan; conque no empeceis *vos*.

—Yo?

—Sí, *vos*.

—Oh! yo no me meto con su virtud, contestó Sofía muy ofendida de la acentuacion particular que diera su padre á la palabra *vos*, y de su afectada repeticion; solo he dicho que hará ensayos.

—Y bien! aun cuando se meta á alquimista, haga armas y ruedas para sillones, y anduviera tocando la gaita y el tamboril, qué daño habria en todo eso?

—Quise decir, que ha ido á charlar de política.

Estremeciose el rey al oír estas palabras.

—Estudiar filosofía, teología, y continuar los comentarios sobre la bula *unigenitus*; de manera que cercadas por sus teorías gubernativas, por sus sistemas metafísicos y por su teología, pareceremos las inútiles de la familia....

—Si por esa vía se salva vuestra hermana, qué mal encontráis en eso? replicó Luis XV bastante admirado, á pesar de la conexión que existía entre la acusación de Graille y la diatriba política de Madama Luisa al despedirse. Envidiais su beatitud?

—No por cierto, contestó Victoria: la dejo ir donde quiera, y no pienso acompañarla.

—Ni yo tampoco, contestaron á una voz Adelaida y Sofia.

—Y luego, ella nos aborrecía, dijo Madama Victoria.

—A vosotras? preguntó Luis XV.

—Si, á nosotras, á nosotras, contestaron las otras dos hermanas.

—Vais á ver, dijo Luis XV, cómo esa pobre Luisa ha elegido el cielo para no encontrarse con su familia.

Riéronse de esta agudeza á grandes carcajadas las tres hermanas; y la primogénita Madama Adelaida, reuniendo toda su lójica:

—Señoras, dijo con el tono satirico que le era particular al despojarse de la indolencia que le habia hecho merecer el epíteto de Loque; señoras, es que no habeis encontrado, ó que no os habeis atrevido á decir al rey la verdadera causa que ha motivado la partida de Madama Luisa.

—Vaya! otra acusacion? dijo el rey. Vamos, Loque, callaos.

—Oh! señor, replicó esta, conozco bien que tal vez os vaya á desagradar.

—Decid mejor, que lo deseais.

Mordióse Madama Adelaida los labios, y continuó:

—Pero diré la verdad.

—Bueno! esto vá cada vez mejor. La verdad! Guardaos de decir tales cosas. La verdad! La digo yo acaso nunca? y sin embargo, á Dios gracias, estoy bueno y sano, dijo el monarca encojiéndose de hombros.

—Vamos, hablad, hermana mia, hablad, dijeron con ahinco las otras dos prin-

cesas, impacientes por saber lo que debía ofender tanto al rey.

—Qué tiernos corazoncitos! murmuró Luis XV; ved como aman á su padre!

Pero se consoló al pensar que nada le quedaban á deber.

—Digo, continuó Madama Adelaida, que lo que mas temia nuestra hermana Luisa, ella tan afecta á la etiqueta, era...

—Era... repitió Luis XV, vamos, concluid al menos, ya que os habeis insinuado.

—Pues bien, señor, era la intrusion de caras nuevas....

—La intrusion, decis? interrumpió el rey, descontento de aquel principio, conociendo de antemano la idea de su hija. Hay acaso intrusos en mi casa? Me obligan tal vez á recibir los que no quiero?

Era sin duda bastante á propósito este medio para mudar enteramente el sentido de la conversacion; pero madama Adelaida era demasiado astuta y maliciosa para perder tan fácilmente la pista cuando se habia propuesto decir alguna cosa desagradable.

—Me he equivocado, señor, me he equivocado, no es el término propio. En vez de intrusión yo debía haber dicho introducción...

—Ah! ah! dijo el rey, aquí hay mejora: confieso que me disgustaba la otra palabra: prefiero introducción.

—Y sin embargo, señor, continuó Madama Victoria, creo que tampoco es ese el verdadero nombre que debe emplearse.

—Pues cual? veamos!

—Es.... presentación.

—Ah! sí! gritaron las otras hermanas uniéndose á la mayor, ya creo que le hemos encontrado.

—Lo creéis así? preguntó el rey mordiéndose los labios.

—Sí, replicó Adelaida. Decía yo, que mi hermana temía mucho las nuevas presentaciones.

—Y bien! dijo el rey deseando terminar aquella conversacion, acabad!

—Y bien, padre mio, habrá temido sin duda ver introducida en la corte á Mme. la condesa Dubarry.

—Vamos! gritó el rey con irresistible

movimiento de despecho: vamos! Por Cristo! decid pronto esa palabra, y no deis tantos rodeos. Me teneis ya fastidiado con vuestras verdades.

—Señor, replicó Madama Adelaida, si he tardado tanto en decir á Vuestra Majestad lo que ya he manifestado, es porque me contuvo el respeto, y sobre semejante asunto, no hubiera abierto la boca á no habérmelo vos mismo ordenado.

—Sin duda! Siempre la teneis cerrada, nunca bostezais, hablais ni mordeis!...

—Lo cierto es, señor, continuó madama Adelaida, que segun creo, he dado con el verdadero motivo que ha ocasionado la separacion de mi hermana.

—Os equivocais.

—Oh! señor, repitieron á una voz y meneando de arriba abajo la cabeza Victoria y Sofia; oh! señor, estamos ciertas.

—Bah! interrumpió Luis XV imitando á un padre de Molière, hola! hola! tengo conspiradores en mi familia: por eso, segun creo, no ha podido verificarse esta

presentacion: por eso estas señoras no están en su casa cuando vienen á visitarlas: por eso no contestan cuando les dirijen memoriales ó les piden audiencia.

—A qué memoriales? á qué audiencias? preguntó Madama Adelaida.

—Cómo! dijo Madama Sofía, no lo sabeis? á los memoriales de la señorita Juana Vaubernier.

—No, á la peticion de audiencia de la señorita Lanjes, interrumpió Madama Victoria.

Incorporose furioso el rey; su mirada tan apacible y dulce de ordinario, brilló de una manera que debia inspirar poca confianza á las tres hermanas; pero como no habia en aquel trio rejio ninguna heroína capaz de arrostrar la cólera paternal, todas bajaron azoradas su vista.

—Esto es para probarme, que me equivocaba al decir, que la mejor de las cuatro se habia ido.

—Señor, dijo Madama Adelaida, Vuestra Majestad nos trata peor que á perros.

—Y con razon, pues ellos al menos me acarician al verme. Los perros! esos

si son verdaderos amigos! Conque, adios, señoras. Voy á ver á Charlotte, Belle-fille y Gredinet. Pobres animales! sí; los quiero y los querré siempre, porque al menos, ellos no ladran la verdad.

Y el rey salió furioso; pero apenas habia dado tres pasos en la antecámara, cuando oyó á sus tres hijas, que cantaban en coro:

En París, ciudad de fama,
Muy tiernos de corazon
Son todos sin escepcion,
Y siempre están suspirando.
Ay! ay! ay!

Tendida en su pobre lecho
Está de Blas la querida,
Y el infeliz se fatiga,
Mas no logra consolarla.
Ay! ay! ay!

—Esta era la primera copla de un sainete contra Mme. Dubarry, que era conocida en todas partes con el título de *la bella Borbonesa*.

Estuvo á punto de retroceder Luis XV, y no lo hubieran tal vez pasado muy bien sus tres hijas; pero se contuvo y siguió adelante, gritando para no oírlas:

—Hola! señor capitán de galgos, eh! señor capitán de galgos!

El oficial á quien habian condecorado con tan extraño título, acudió al momento.

—Que abran el cuarto de los perros, dijo el rey.

—Oh! señor, exclamó el oficial interceptando el paso á Luis XV; que Vuestra Majestad no siga adelante.

—Cómo! qué hay? veamos, dijo el rey deteniéndose en el umbral de la puerta, por bajo de la cual pasaban silbando los alientos de los perros que olían á su amo.

—Señor, añadió el oficial, perdonadme; pero no puedo consentir que Vuestra Majestad entre donde están los perros.

—Ah! sí! dijo el rey, ya entiendo; el gabinete no está en órden.... ea bien! dejad salir á Gredinet.

—Ay, señor! balbuceó el oficial con muestras de una viva consternacion: hace dos dias que no ha comido ni bebido

nada, y se teme esté rabioso.

—No hay remedio, exclamó Luis XV, soy el mas desgraciado de los hombres.... Gredinet rabioso! Esto faltaba para colmo de mis pesares!

El oficial de galgos creyó sería indispensable derramar una lágrima para animar la escena.

Volviose Luis XV, y se retiró á su gabinete, donde le aguardaba su ayuda de cámara, quien al ver el rostro desconcertado del rey, se ocultó en el alfeizar de una ventana.

—Ah! bien lo veo, murmuró Luis XV sin fijar la atención en aquel fiel servidor que no era un hombre para él; ah! bien lo veo; Mr. de Choiseul se mofa de mí; el príncipe se cree ya medio soberano, y se imagina serlo del todo, luego que logre sentar á su austriaca en el trono. Luisa me ama, pero con demasiada dureza, pues me predica moral, y se marcha: mis otras tres hijas, cantan canciones, en las que me nombran Blas: el conde de Provenza, traduce *Lucrecia*: el de Artois, anda cortejando: mis perros

están rabiosos y quieren morderme. Decididamente, nadie me ama á escepcion de esa pobre condesa. Cargue el diablo con los que quieren ocasionarle sinsabores.

Y sentándose con desesperada resolución junto á la misma mesa sobre la que Luis XIV daba su firma, y que habia recibido el peso de los últimos tratados, y de las gloriosas cartas del gran rey.

—Ya conozco el motivo por que todos tratan de apresurar la llegada de la princesa, dijo. Creen que al punto que se presente me volveré su esclavo, ó seré dominado por su familia. Ah bah! no me faltará tiempo para ver á mi querida nuera, y mucho mas si su llegada debe ocasionarme nuevas inquietudes. Vivamos pues en paz: si, en paz todo el tiempo que sea posible; y para lograrlo, entorpecemos su marcha. Debia pasar por Reims y Noyon sin detenerse hasta llegar á Compiègnes: sostengamos el primer ceremonial: tres dias de recibo en Reims, y uno.... no, dos.... tampoco: tres dias de funciones en Noyon, y de este modo ganaré seis, si, seis hermosos dias.

Y tomando la pluma, dirigió él mismo á Mr. de Staniville la orden de detenerse tres dias en Reims, otros tres en Novon: y llamando luego al correo de servicio: —A todo escape, dijo, hasta remitir esta orden á quien vá dirigida.

Y despues con la misma pluma, escribió la siguiente carta.

«Querida Condesa: hoy instalamos á Zamora en su gobierno, y parto para Marly. Iré esta noche á deciros en Luciennes lo que pienso en este momento.»

«LA FRANCIA»

—Toma, Lebel, añadió, entrega esta carta á la condesa, y procura ponerte bien con ella: es un consejo que te doy.

Hizo el ayuda de cámara una reverencia y salió.

CAPÍTULO XXIX.

La señora de Béarn.

La causa primera de todos aquellos furros, la piedra de todos aquellos escándalos deseados ó temidos en la corte,

la Señora condesa de Béarn viajaba rápidamente hacia Paris, según había anunciado Chon á su hermano.

Este viaje era el resultado de una de las maravillosas ideas que venían en auxilio del vizconde Dubarry en sus mayores apuros.

No pudiendo encontrar entre las señoras de la corte aquella madrina tan deseada como indispensable, pues sin ella no podía efectuarse la presentación de Madama Dubarry, había tendido su vista sobre la provincia, examinado su estado, y rejistrando ciudades, descubrió lo que buscaba sobre las orillas de la *Meuse* en una casa, que aunque completamente gótica, estaba elegantemente amueblada.

Lo que con tanto empeño trataba de encontrar era una vieja litiganta, que siguiese algún antiguo pleito.

La condesa de Bearn llenaba ambos requisitos.

Mr. de Maupeu se había recientemente unido á Mme. Dubarry, llamándola prima por haber descubierto un grado de paren-

tesco ignorado hasta entonces. Tenia además por su favorita todo el fervor de una amistad de la vispera, amistad que le habia valido el título de Vice-Canciller.

Mme. de Bearn, era efectivamente una vieja litiganta muy parecida á la condesa de Escarbagnas y á Mme. de Pimbeche, escelentes tipos de aquella época, llevando además, como ya hemos visto, un nombre de los mas retumbantes.

Ágil, delgada, angulosa, siempre alerta, y fijando sus ojos de gato azorado, que brillaban bajo sus canosas cejas, Mme. de Bearn, no habia querido desamparar el ropaje de las jóvenes de su tiempo, y como á pesar de sus caprichos, la moda consiente tal cual vez en ser racional, aquel vestido de las jóvenes de 1740, podia fácilmente pasar por un traje de vieja en 1770.

Anchas blondas, manteleta de encajes, cofia de enorme magnitud, inmensas faltriqueras, amplio bolso, y corbata de raso bordado, tal era el traje con el que Chon, hermana querida y fiel confidente de la condesa Dubarry, encontró á Mme.

de Bearn al presentarse en su casa con el nombre de señorita Flajeot, es decir, como hija de su abogado.

La condesa vestia de aquel modo, tanto por capricho como por economía, pues no era de esas personas que se avergüenzan de su pobreza. El único sentimiento que esta le ocasionara, era que no podia dejar un caudal digno de su nombre á su hijo, jóven provincial, tan tímido como una doncella, y mas afecto al regalo de la vida material, que á los honores y ventajas que produce la fama.

Quedábale en último caso el recurso de decir *mis tierras*, á las que su abogado disputaba contra los Saluces; pero como era mujer de bastante intelijencia, conocia que si trataba de pedir prestado sobre aquellas tierras, ningun usurero, aun cuando los habia en Francia muy osados en aquella época, le prestaría con sola aquella garantia, ni le adelantaria la menor cantidad sobre aquella restitucion.

Reducida por tanto á la renta de sus tierras y tributos no empeñados en aquel pleito, la condesa de Bearn, con mil es-

cudos de renta poco mas ó menos, huía de la corte, donde se gastaban doce libras diarias, solo en el alquiler del carruaje que necesitaba para ir á solicitar la proteccion de los señores jueces, é instruir á los señores abogados.

Habíase tambien visto comprometida á vivir en aquel retiro, por haber perdido las esperanzas de que llegase su turno antes de cuatro ó cinco años, y poder sacar sus legajos. Escesivamente duran en el dia los pleitos; pero en fin, sin vivir la edad de un patriarca, el que se decide á emprender alguno, puede hacerlo esperando verle finalizar, mientras en otros tiempos duraba dos ó tres generaciones, y semejante á esas plantas fabulosas de las *Mil y una Noches*, no comenzaba á florecer hasta despues de doscientos á trescientos años.

Mme. de Bearn no queria, pues, consumir el resto de su patrimonio, para recuperar las diez duodécimas partes empeñadas. Era, como ya dijimos, una mujer sagaz, prudente, fuerte, avara, y hubiera podido seguramente emplazar,

defender y ejecutar, mejor que cualquier procurador ú abogado; pero se llamaba Bearn, y este nombre le servia de obstáculo para muchas cosas.

Hé aquí por que, devorada de sentimientos, angustias, y semejante al divino Aquiles, que retirado en su tienda, sufría mil muertes cada vez que el sonido del clarín heria sus oídos, Mme. de Bearn, pasaba los dias en descifrar, con sus espejuelos en la nariz, antiguos pergaminos; y sus noches, envuelta en un traje de persiana y con su cana cabellera al aire, en defender ante su almohada, la causa de aquella sucesion, reclamada por los Saluces, causa que siempre ganaba con una elocuencia de que quedaba tan satisfecha, que en semejante circunstancia, hubiera deseado con ahinco que su abogado pudiese poseerla.

Calcúlese qué dulce sorpresa no causaría á Mme. de Bearn la llegada de Chon, presentándose con el nombre de Señorita Flajeot.

El jóven conde se hallaba á la sazón en el ejército.

Prontamente se cree lo que se desea; así es, que la señora de Bearn se dejó fácilmente engañar por la narracion de aquella jóven.

La condesa hubiera sin embargo podido caer en sospecha, pues hacia ya veinte años que conocia á Mr. Flajeot, y le habia ido doscientas veces á visitar á su casa calle *Petit-Lion-Saint-Sauveur*, sin haberle conocido familia alguna.

Pero nuestra litiganta, lejos de pensar en hacer la menor observacion, ni en recorrer su memoria, creyó de buena fé todo cuanto á la supuesta señorita Flajeot se le antojó decirle.

Además, era casada, y por ultimo, para no dar ocasion al menor pensamiento de malicia, no venia espresamente á Verdun, pues iba á reunirse con su marido á Strasburgo.

Tal vez debiera Mme. de Bearn exigir de la señorita Flajeot una carta que certificara aquel aviso; pero si un padre no puede enviar á su propia hija sin carta, á quién podria entonces encargar una mision de confianza? Y por otra parte,

¿á qué venian aquellos temores? por qué tales sospechas? Con qué fin caminar sesenta leguas para hacer semejante relacion?

Si hubiese sido rica, si como la mujer de un banquero, asentista ó partidario, tuviera que llevar consigo algun lujoso equipaje, con vajilla y diamantes, tal vez padiera temer fuese alguna invencion de ladrones; pero Mme. de Bearn, se reia con razon cuando pensaba á veces en el solemne chasco que llevarian, si desgraciadamente para ellos, trataban de ir á robarla.

Asi es, que no bien hubo Chon desaparecido en el pobre calesin, tirado por un solo caballo que habia tomado en la última posta, donde dejó su coche, cuando Mme. de Bearn, convencida de que era llegada la hora de hacer un gran sacrificio, subió en un antiguo carruaje, dando tanta prisa á los postillones, que pasó por la Chaussée una hora antes que la princesa, y llegó á la barrera de San-Dionisio cinco ó seis horas despues que la señorita Dubarry.

Deseando llegar cuanto antes para los informes, Mme. de Bearn, cuyo equipaje era sumamente reducido, mandó detener su coche en la calle del Leon, ante la puerta de Mr. Flajeot.

Esto no pudo verificarse sin que un buen número de curiosos se detuviese á contemplar aquel venerable faeton, que parecia haber salido de las caballerizas de Henrique IV, cuyo predilecto vehiculo representaba, por su solidez, monumental arquitectura y cortinas de cuero arrugado, corriendo con furiosos rechinos sobre una varilla de cobre verdoso.

Siendo bastante estrecha la calle del Leon, Mme. de Bearn la obstruyó majestuosamente, mandando á los postillones, despues de haberles pagado, que condujesen su coche á la posada donde acostumbraba alojarse, es decir, al *Gallo Cantador*, calle San Jermin de los Prados.

Subió despues la oscura escalera de Mr. Flajeot, agarrándose á la grasienta sogá que servia de pasamano, y percibiendo el fresco ambiente que allí reinaba, que no desagradó á nuestra vieja.

cansada de la rapidez y del ardor del camino.

Al oír el licenciado Flajeot anunciar por su criada Margarita á Mme. la condesa de Bearn, acudió con diligencia á sujetarse las calzas, que con motivo del calor tenia bastante caídas; encasquetose con prontitud su peluca, de que estaba tambien despojado, y envolviéndose en una bata de bombasí, avanzó sonriendo hacia la puerta, no sin manifestar en su semblante tan marcada admiracion, que al verle la litiganta, exclamó con estrañeza:

—Y bien! Soy yo! mi querido Mr. Flajeot. Soy yo!!..

—Sí, sí, contestó el abogado, ya lo veo, señora condesa.

Y cruzando entonces cástamente su bata, el curial condujo á la vieja hácia un sillón de cuero, que se encontraba en el ángulo mas alumbrado del gabinete, alejándola asi, por prudencia, de los papeles de su bufete, temiendo su curiosidad.

—Ahora, señora, dijo el licenciado con galanteria, permitireis que me con-

gratule por tan agradable sorpresa.

Mme. de Bearn, recostada ya en su sillón, alzaba en aquel instante sus pies, á fin de dejar entre el suelo y sus zapatos bordados, el intervalo necesario para dar paso á un cojín de cuero que Margarita colocaba en el suelo.

—Cómo sorpresa? replicó incorporándose con prontitud, y calzándose en la nariz sus antiparras que habia sacado del estuche para ver mejor á Mr. Flajeot.

—Sin duda, me figuraba estaríais en vuestras *posesiones*, replicó el abogado, usando de esta amable lisonja para calificar las cuatro fanegas de tierra sembradas de hortaliza, que poseia Mme. de Bearn.

—Teneis razon, en ellas estaba; pero al primer aviso vuestro, me he apresurado á venir.

—A mi primer aviso? repitió atónito el abogado.

—A vuestro primer aviso, á vuestra primera señal, á vuestra primera cita, como os agrade.

Abrió Mr. Flajeot unos ojos tan gran-

des como los espejuelos de la condesa.

—He venido pronto, eh? debeis estar satisfecho.

—Como siempre, señora; pero permitidme os diga que ignoro lo que debo hacer en este caso.

—Cómo! dijo la condesa, lo que debeis hacer?... Todo, ó mas bien, ya lo habreis hecho.

—Yo?

—Sin duda, vos.... Cómo! ha habido alguna novedad?

—Oh! sí señora: dicen que el rey medita un golpe de estado contra el parlamento. Pero, señora, quereis tomar alguna cosa?

—Qué me importa á mí el rey? qué me importan sus golpes de estado?

—Pues entonces, señora....

—Mi pleito, mi pleito, y refiriéndome á él, os preguntaba si habia alguna novedad.

—Oh! en cuanto á eso, dijo Mr. Flajeot meneando tristemente la cabeza, nada, señora, absolutamente nada.

—Querreis decir, nada....

—No, nada.

—Nada, desde que vuestra señora hija vino á hablarme. Así es, que como hablé antes de ayer con ella, no es extraño que nada haya habido de nuevo desde entonces.

—Señora, mi hija?...

—Sí.

—Habeis dicho que mi hija?

—Sin duda, vuestra hija, la que habeis enviado á verme.

—Dispensadme, señora, dijo Mr. Flajeot; pero es imposible que os haya enviado mi hija.

—Imposible!

—Por una causa muy sencilla, y es que no la tengo.

—Estais cierto? dijo la condesa.

—Señora, contestó Mr. Flajeot, tengo el honor de ser soltero.

—Cómo! dijo la condesa.

Inquieto el curial, llamó á Margarita para que trajese el refresco que habia ofrecido á la condesa, y para que la vijilase.

—Pobre mujer, dijo para sí, se ha vuelto loca.

—Cómo! insistió Mme. de Bearn, no tenéis una hija?...

—No, señora.

—Casada en Strasburgo?...

—No, señora, no, mil veces no.

—Y no la habeis encargado, continuó la condesa, de anunciarme al pasar por Verdun, que el pleito debia verse?

—No.

Ajitose la condesa en su sillón, dándose con despecho sobre sus rodillas dos fuertes palmadas.

—Bebed un trago, señora condesa, puede que os haga provecho.

E hizo al mismo tiempo una seña á Margarita, que le aproximó dos vasos de cerveza en una batea; pero la vieja, que ya no tenia sed, la rechazó con tanta violencia, que la criada, que al parecer gozaba de ciertos privilejios en la casa, se resintió vivamente de aquel desaire.

—Vamos, vamos, dijo la condesa mirando á Mr. Flajeot por debajo de sus antiparras; esplicadme, si os place, lo que esto significa.

—Convengo, contestó el curial; que—

daos, Margarita, puede que esta señora quiera beber despues; espliquémonos.

—Sí, espliquémonos, pues hoy estais incomprendible, querido Mr. Flajeot; y por todos los santos, que parece habeis perdido el juicio con estos calores.

—No os irriteis, señora, repuso el abogado desviando hacia atrás su sillón para alejarse de la condesa; no os irriteis: hablemos.

—Sí, hablemos. Conque decís que no teneis hija alguna, eh? Mr. Flajeot?

—Si señora, y lo siento infinito, pues conozco que os hubiérais alegrado, aunque....

—Aunque? repitió la condesa.

—Aunque por mi parte, prefiero los varones, porque tienen mejor salida, ó por mejor decir, no toman tan mal jiro como las hembras en estos tiempos.

—Cómo! dijo Mme. de Bearn cruzando sus manos con una profunda inquietud, no me habeis mandado llamar por una hermana.... sobrina.... prima....

—No he pensado en tal cosa, señora,

pues conozco cuán costoso es vivir en Paris.

—Y mi asunto?

—Siempre pensé teneros al corriente de cuanto ocurriese, tan luego como hubiera alguna novedad.

—Cómo, cuando hubiera alguna novedad?

—Sí señora.

—Es decir, que no la hay?

—Que yo sepa, no señora.

—No han señalado día, para la vista?

—No señora.

—Y no hay esperanzas de que lo hagan?

—Señora, no! Dios mio, no!

—Entonces, gritó la vieja levantándose, entonces se han burlado, si, indignamente burlado de mí.

—Así lo creo, señora, balbuceó Mr. Flajeot izando su peluca hasta lo alto de la frente.

—Señor Flajeot! exclamó la condesa.

Este dió un brinco poniéndose en defensa, é hizo una seña a Margarita que se preparó á defender su amo.

—Señor Flajeot, continuó la condesa, de ningún modo toleraré semejante humillación. Voy á hablar con el subdelegado de policía, para que busquen á esa chacharera que ha osado insultarme de este modo.

—Bah! eso es muy dudoso! contestó Mr. Flajeot.

—Y luego que la encuentren, prosiguió Mme. de Bearn arrebatada de cólera, entablaré demanda contra ella.

—Nuevo pleito! dijo tristemente el abogado.

Al oír estas palabras, el furor de la litiganta, se desvaneció.

—Ay! exclamó, venia tan contenta!

—Pero que os dijo esa mujer, señora?

—En primer lugar que vos la habíais enviado.

—Qué intriganta!

—Y me anunció de parte vuestra la avocacion de mi pleito; conocí que debia venir con la mayor prontitud, pues por mucha prisa que me diese nunca sería demasiada.

—Ay de mi; Señora! dijo entonces

Mr. Flajeot; qué lejos está esa avocacion!

—Nos han olvidado, es verdad?

—Olvidado, sepultado, enterrado, señora; solo un milagro nos puede salvar, y los milagros son tan raros....

—Oh! sin duda, murmuró suspirando la condesa.

El abogado contestó con otro suspiro arreglado al tono del de su cliente.

—Quereis, Mr. Flajeot, que os diga una cosa?

—Decidla, señora.

—Que no podré sobrevivir á este golpe.

—Mal hecho.

—Dios mio! Dios mio! exclamó la pobre condesa, si estan ya agotadas mis fuerzas!

—Animaos, señora, animaos, dijo Flajeot.

—Pero no teneis consejo alguno que darme?

—Si señora: que regreseis á vuestra casa, y no creais en adelante á nadie que se presente de mi parte, sin llevar una esquila mia.

—Preciso será que así lo haga.

—Es lo mas prudente.

—Pero creedme, Mr. Flajeot, dijo tristemente la condesa; no nos volveremos á ver mas, al menos en este mundo.

—No digais eso, señora!

—Ay! que enemigos tan crueles tengo!

—Eso ha de ser obra de los Saluces.

—Bien, bien se portan conmigo.

—En efecto, son muy mezquinos, añadió Mr. Flajeot.

—Oh! la justicia! la justicia! amigo mio es el antro de Caco.

—Porque? repuso Flajeot, porque ya no es la que era, porque incomodan al parlamento y porque Mr. de Maupeou ha querido ascender á Canciller, en vez de ser presidente?

—Vamos, Mr. Flajeot, ahora beberia con gusto.

—Margarita! gritó este.

La criada que habia salido al ver el jiro pacífico que tomaba la conversacion, entró con la batea y vasos de cerveza que se habia llevado. Mme. de Bearn bebió lentamente el suyo, no sin brindar

antes á la salud de su abogado, y se dirigió hacia la antesala despues de haber hecho una triste reverencia, acompañada de una despedida aun mas triste.

Siguióla Mr. de Flajeot con su peluca en la mano.

Ya habia llegado la condesa á la meseta, y alargaba su brazo para apoyarse en la soga, cuando una mano se colocó sobre la suya, y una cabeza tropezó contra su pecho.

Pertenecian una y otra á un escribiente, que subia cuatro á cuatro las rápidas gradas de la escalera.

Arreglóse su saya la vieja refunfuñando y renegando, y siguió bajando, mientras que el amanuense, llegado á la meseta, empujaba la puerta gritando con la voz franca y alegre de los curiales de todos los tiempos, mostrando un papel.

—Tomad, Mr. Flajeot, es sobre el negocio de Bearn.

Retroceder al oír este nombre, empujar al amanuense, arrojarse sobre Mr. Flajeot y arrancarle el papel, hé aquí lo que la vieja condesa ejecutó antes que

el escribiente recibiera dos bofetadas que Margarita le aplicaba, ó finjia aplicarle, en cambio de otros tantos besos.

—Vamos! exclamó la vieja, qué he oido decir aquí? qué dice ese papel?

—Aun lo ignoro, señora condesa, pero podré decíroslo, si teneis á bien devolvérmelo.

—Es verdad, mi querido Mr. Flajeot, leed, leed pronto.

—Es de nuestro procurador Mr. Guildou, dijo el licenciado luego que hubo examinado la firma.

—Ay! Dios mio!

—Y me invita, continuó Mr. Flajeot cada vez mas admirado, á prepararme para hacer la defensa el martes, porque han señalado este dia para la vista.

—Para la vista! gritó la condesa saltando de alegría. Para la vista.... Ay! miradlo bien, Mr. Flajeot, no chanceemos esta vez, porque moriría del disgusto.

—Señora, repuso el curial aturdido con tan inesperada noticia; si alguno se chancea, solo puede ser Mr. Guildou, y lo haria por primera vez en su vida.

—Ved si es efectivamente suya la es-
quela.

—Está firmada por él, dijo el licen-
ciado: vedlo.

—No hay duda! señalado esta ma-
ñana, y para la defensa el martes! Ay,
señor licenciado! Ya veo que la señora
que me dió el aviso, no era una intriganta.

—Asi parece.

—Pero estais seguro que no fue en-
viada por vos!

—Sin duda, pardiez.

—Pues entonces, por quién?

—Eso es lo que yo tambien deseo
saber.

—Porque al fin, alguno la enviaria.

—Yo me vuelvo loco.

—Ay! permitid que vuelva á leer;
asi es: está escrito: se verá ante el pre-
sidente Maupeou.

—Diablos! Dice eso?

—Sin duda.

—Mucho lo siento.

—Por qué?

—Porque el presidente Maupeou es
intimo amigo de los Saluces.

—Estais cierto?

—No sale de su casa.

—Válgame Dios! cuán grande es mi desgracia! Ahora estamos peor que antes.

—Y sin embargo, añadió el letrado, es preciso ir á verle.

—Pero me recibirá mal?

—Es probable.

—Dios mio! qué me decis, Mr. Flajeot?

—La verdad, señora.

—Cómo! no solo os desanimais, sino que me haceis perder á mí tambien las esperanzas?

—Nada bueno podemos esperar ante Mr. de Maupeou.

—Y os acobardais tanto, vos que sois un Ciceron.

—Ciceron, hubiera perdido la causa de los Esgarios, si la hubiese defendido ante Verres, y no ante el César, contestó el licenciado Flajeot, que no encontró contestacion mas modesta para rechazar el insigne honor que acababa de hacerle su cliente.

—Luego, no sois de opinion que vaya á visitarle?

—No permita Dios, señora, que os aconseje semejante irregularidad; pero si me compadezco, de que os veais precisada á esa entrevista.

—Hablais, Mr. Flajeot, como un soldado que pretende abandonar su puesto. No parece sino que temeis encargaros del asunto.

—Señora, contestó el licenciado, algunos he perdido, llevando probabilidad de escapar mejor que en el vuestro.

Exaló un suspiro la condesa; pero reuniendo toda su fuerza de ánimo:

—Apuraré todos los recursos, añadió con una enerjía que contrastaba en gran manera con la grotesca fisonomía de aquella conferencia, y nunca se dirá que estando de mi parte el derecho, he retrocedido ante una pandilla. Perderé el pleito tal vez; pero tendré la satisfaccion de haber mostrado á esos prevaricadores la frente de una mujer de clase, como hay muy pocas hoy dia en la corte. Quereis darme el brazo, Mr. Flajeot, para acompañarme á casa de vuestro Vice-Canciller?

—Señora, repuso el letrado reuniendo tambien toda su dignidad, señora, nosotros, miembros opositores del parlamento de París, hemos jurado no tener relaciones fuera de las audiencias con los que le abandonaron en el asunto de Mr. d'Aiguillon. La union constituye la fuerza, y como Mr. de Maupeou entendi6 en este negocio, dándonos motivo de queja, permaneceremos en nuestro campamento hasta que enarbole una bandera.

—En mala ocasion se presenta mi pleito, segun veo, dijo suspirando la condesa; los abogados, enemistados con sus jueces; los jueces, con las partes. No importa, me mantendr6 firme, á pesar de todo.

—Que Dios os ayude, señora, repuso el licenciado, colocando sobre el brazo izquierdo su bata, como hubiera hecho con su toga un senador romano.

—Poco vale este abogado, murmur6 entre dientes la condesa. Ya estoy viendo que voy á ser menos afortunada con él ante el parlamento, que lo era yo en mi casa ante la almohada.

Y alzando despues la voz, y aparentando una sonrisa, con la que trataba de disimular su inquietud:

—Adios, señor Flajeot, continuó, estudiad bien la causa, quién sabe lo que sucederá!

—Ah! bah! contestó este, no es la defensa la que temo, será hermosa, os lo aseguro, y tanto mas, cuanto que estoy decidido á hacer en ella unas alusiones tan terribles....

—Contra quién, señor, contra quién?

—Contra la corrupcion de Jerusalem, comparándola con las ciudades malditas é invocando contra ella la ira de Dios. Os aseguro, señora, que nadie ignorará que Jerusalem es Versailles.

—Ay! Mr. Flajeot! exclamó la vieja, no os comprometais por Dios, ó por mejor decir, no comprometais mi pleito.

—Pero, señora, ya os dije que está perdido ante Mr. de Maupeou. Solo debemos esforzarnos en ganarlo ante nuestros contemporáneos, y puesto que no nos hacen justicia, escandalicemos.

—Señor Flajeot....

—Seamos filósofos. Señora.... descarguemos nuestra ira!

—El diablo la descargue en ti! refunfuñó la vieja, ignorante maldito, que no llevas mas interés que el de adornarte con esa andrajosa túnica filosófica. Veamos ahora á Mr. de Maupeou: él no es filósofo, y podré sacar tal vez mejor partido que contigo.

Dicho esto, la vieja condesa se separó de Mr. Flajeot, y se alejó de la calle de *Petit-Lion* habiendo recorrido en el espacio de dos dias todas las gradas de la escala de las esperanzas y de los desengaños.

CAPÍTULO XXX.

El Vice-Canciller.

Nuestra condesa temblaba como una azogada al dirigirse á casa del Canciller.

Una idea capaz de tranquilizarla algun tanto, se le habia sin embargo ocurrido en el camino. Tenia probabilidad que en hora tan avanzada, no la recibiese Mr. de Maupeou, en cuyo caso se contentaría

con avisar al portero de su próxima visita.

En efecto, aun cuando no habia todavia enteramente anochecido, ya serian sin embargo sobre las siete de la tarde, y la costumbre de comer á las cuatro, admitida ya por toda la nobleza, interrumpia jeneralmente todos los negocios desde aquella hora hasta el siguiente dia.

A pesar del ardiente deseo de Mme. de Bearn por ver al Vice-Canciller, la idea de que no la recibirian, le sirvió sin embargo de consuelo. Hé aquí una de esas contradicciones tan frecuentes en el hombre, que serán siempre comprendidas y nunca esplicadas.

Presentose por tanto la condesa, con la certeza de que el portero le prohibiria la entrada, y llevando de antemano preparado un escudo de tres libras para amansar aquel Cerbero, esperando por medio de aquella gratificacion, inscribiese su nombre en la lista de los que solicitaban audiencia.

Al llegar frente á la casa, divisó al portero hablando con un ujier, de quien

al parecer recibia una orden. Detúvose entonces por discrecion á cierta distancia, presumiendo que si se acercaba interrumpiría á los interlocutores; mas el ujier se retiró al punto que la vió llegar en su coche de alquiler, y el portero aproximándose inmediatamente al carruaje, preguntó el nombre de la solicitante.

—Ah! contestó esta, ya sé que no obtendré probablemente el honor de hablar con S. E.

—No importa, señora, continuó el portero, podeis sin embargo hacerme el honor de decir vuestro nombre.

—Soy la condesa de Bearn, contestó.

—S. E. está en casa, replicó el portero.

—Qué habeis dicho? dijo la señora de Bearn llena de admiracion.

—Que S. E. está en casa, repitió este.

—Pero no recibe á esta hora sin duda?

—Os recibirá á vos, señora condesa.

Bajose esta del coche creyendo que soñaba, y el portero tirando de un cordón dió dos campanadas. Al punto apareció un ujier, y el portero hizo seña á la con-

desa que entrase.

—Deseais hablar con S. E., señora? preguntó el ujier.

—Deseaba ese honor, sin atreverme à esperar me fuese concedido.

—Tened la bondad de seguirme, señora condesa.

—Tan mal como hablan de este magistrado, decia para sí la condesa mientras iba siguiendo al ujier, y sin embargo tiene una cualidad muy apreciable; tener franca su puerta à todas horas. Un Canciller!... es muy extraño!...

Pero temblaba sin embargo, figurándose encontrar un hombre tanto mas intratable é indigesto, cuanto que habia merecido este privilejio por su asiduidad en el cumplimiento de su obligacion.

Sepultada su cabeza con una amplia peluca, y vestido de terciopelo negro, Mr. de Maupeou, trabajaba en un gabinete, cuyas puertas estaban enteramente abiertas.

Dirijió al entrar la condesa una rápida ojeada à su alrededor, y quedó sorprendida al ver que estaba sola, y que

su rostro, y el del pálido y aterrado canceller se reflejaban únicamente en los espejos.

Al anunciar el ujier á la señora condesa de Bearn, levantóse Mr. de Maupeou con prontitud, quedando de espaldas á su chimenea.

Hizo entonces Mme. de Bearn las tres reverencias de costumbre, y balbuceó con bastante turbacion el breve cumplimiento que seguia, diciendo que no esperaba tener el honor de.... que no sabia como un ministro tan lleno de ocupaciones, tuviese valor para ocupar sus horas de descanso....

Mr. de Maupeou, replicó, que el tiempo no era menos precioso para los súbditos de Su Majestad que para sus ministros: pero que sin embargo atendia á las personas que tenian asuntos urgentes, y por consiguiente sacrificaba sus horas de descanso por las que merecian esta distincion.

Nuevas reverencias por parte de la condesa, á las que se siguió una silenciosa turbacion, pues concluidas las cortesias,

debían comenzar las demandas.

El magistrado, pasándose la mano por la barba, aguardaba la relación de Mme. de Bearn.

—Monseñor, dijo esta por último; he solicitado el honor de hablar con V. E. para referirle humildemente un asunto grave, del cual depende toda mi suerte.

Hizo el ministro una leve seña con la cabeza, como diciendo:

—Hablad.

—En efecto, monseñor, continuó, sabéis que todos mis bienes, ó por mejor decir, los de mi hijo, penden del pleito que en la actualidad estoy siguiendo con los Saluces.

El Vice-Canciller seguía entretanto acariciándose la barba.

—Pero monseñor, estoy tan convencida de vuestra equidad, que á pesar de estar enterada del interés, ó mejor dicho, del afecto que V. E. profesa á mi parte contraria, no he titubeado un instante en decidirme á venir á solicitar esta conferencia.

No pudo menos de sonreírse el mi-

nistro cuando oyó alabar su equidad, muy parecida á las virtudes apostólicas de Dubois, á quien cincuenta años antes elogiaban también por ellas.

—Teneis razon, señora condesa, contestó el canciller, en decir que soy amigo de los Saluces; pero tampoco os equivocais al afirmar que al recibir los sellos, me he desentendido de toda amistad, y por tanto, voy á contestaros prescindiendo de toda preocupacion particular, como está obligado el soberano jefe de la justicia.

—Oh! Dios os bendiga, monseñor! exclamó la anciana.

—Voy, pues, á examinar vuestro negocio como simple jurisconsulto, prosiguió el canciller.

—Quedaré sumamente reconocida á V. E., tan ilustrada en esta materia.

—Vuestro pleito, debe, segun creo, verse muy pronto.

—Está citado para la semana próxima.

—Y ahora, qué deseais?

—Que V. E. tome conocimiento de los antecedentes.

—Ya lo he hecho.

—Y.... preguntó temblando la condesa, qué opináis, monseñor?

—Del pleito?

—Sí.

—Soy de opinion, que sin la menor duda....

—Se gana?

—No; se pierde.

—Cómo, monseñor! se pierde?

—Indudablemente, y voy á daros un consejo.

—Cuál? preguntó la condesa, todavia con algun resto de esperanza.

—Que si teneis que hacer algun pago para cuando se sentencie el pleito....

—Qué?

—Que tengais vuestros fondos dispuestos.

—Ay, monseñor! Quedamos arruinados!

—Ah! no ignorareis, señora, que la justicia no puede hacerse cargo de esa clase de consideraciones.

—Pero, monseñor, junto á la justicia está la compasion.

—Hé ahí el motivo por que nos re-

presentan á la justicia ciega.

—Pero, sin embargo, V. E. no me rehusará un consejo.

—Pedidle. De qué clase le quereis?

—No queda medio alguno de transaccion, y alcanzar una sentencia menos cruel?

—Conoceis alguno de los jueces que la han de fallar?

—Ninguno.

—Es sensible, porque los Saluces están en relaciones con las tres cuartas partes del parlamento.

Estremeciose la condesa.

—No obstante, os advierto, prosiguió el vice-canciller, que esto es de poca importancia; pues un juez nunca se deja llevar de influencias particulares.

Tan cierto era esto, como la equidad del canciller y las decantadas virtudes apostólicas de Dubois.

La condesa estuvo á punto de caer desmayada.

—Pero, en fin, añadió el ministro, sin faltar á la integridad, el juez se acuerda mejor del amigo que del desconocido; y

no falta á la justicia, cuando la demanda de aquel á quien dá la preferencia, es tambien justa. Siendo, pues, justo que perdais el pleito, bien podrán esmerarse en orijinaros las mas desagradables consecuencias.

—Pero es terrible cuanto V. E. hace el honor de decirme.

—Por mi parte, señora, me abstendré de mezclarme en nada; no tengo recomendacion alguna que hacer á los jueces, y como no he de ser yo mismo quien falle, puedo hablaros con claridad.

—Ay! monseñor! ya me habia yo figurado una cosa.

Los ojillos pardos del presidente, se fijaron en la litiganta al oír estas palabras.

—Y es, que viviendo en Paris los Saluces, estarian relacionados con todos los jueces, y serian omnipotentes.

—En primer lugar, porque tienen derecho.

—Oh! Es muy cruel, monseñor, oír esas palabras en boca de un hombre tan infalible como V. E.

—Concedo; pero al hablar de este

modo, añadió M. de Maupeou con fingida franqueza, os juro que desearia servirlos en algo.

Estremeciose la condesa; parecia entrever cierta confusion, si no en las palabras, al menos en las ideas del vice-presidente, y esperaba que si estas se aclaraban, descubriria tal vez alguna cosa favorable para ella.

—Además, continuó Maupeou, vuestro nombre, que es uno de los mas esclarecidos de Francia, os recomienda singularmente.

—Pero no impedirá que pierda yo mi pleito.

—Cómo ha de ser! Eso no depende de mí.

—Ay, monseñor! monseñor! dijo Mme. de Bearn balanceando la cabeza, cómo están en el dia las cosas!

—Conque creéis, señora, que en nuestros tiempos marchaban mejor.

—Sin duda, monseñor, ó al menos así lo creo. Ah! con cuánta alegría me acuerdo del tiempo en que simple abogado, pronunciábais en el parlamento

aquellos sorprendentes discursos, que iba yo, jóven todavía, á aplaudir con entusiasmo. Qué elocuencia! Qué virtud! Ay! En aquella época, aun no habia intrigas ni protecciones; entonces si que habria yo ganado mi pleito.

—Aunque teníamos entonces á Mma. de Phalaris, que procuraba reñinar en los momentos en que se descuidaba el re-jente, y á la Souris, que se introducía en todas partes, por ver si podia también sacar raja.

—Ya, pero la una era señora tan principal, y la otra tan buena muchacha!

—Que era imposible rehusarles cosa alguna.

—Puesto que ellas nada podían rehusar.

—Ay! señora condesa, esclamó el canceller riendo al parecer tan franca y naturalmente, que la vieja litiganta no pudo menos de admirarse; no hagais que desacredite mi administracion, por amor á mi juventud.

—Pero V. E. no podrá prohibirme sin embargo, que llore mis bienes per-

didós, y mi casa para siempre arruinada.

—Hé aquí las consecuencias de no ser del día, condesa, sacrificad á los ídolos del siglo, sacrificad.

—Ay! por desgracia, monseñor, esos ídolos no hacen caso alguno de los que van á adorarles con las manos vacías.

—Como afirmáis eso?

—Yo?

—Sin duda; según creo, no habeis hecho aun la prueba.

—Ah! monseñor, sois tan amable, que me habláis como un amigo.

—Pues no somos de la misma edad, condesa?

—Ojalá tuviera yo veinte años, y fuérais todavía simple abogado; vos me defenderíais, monseñor, y nada podrían contra nosotros los Saluces.

—Desgraciadamente no es como deseais, condesa, dijo el canciller suspirando con galantería; es, pues, indispensable acudir á los que los tienen; pues vos misma habeis confesado que es la edad de la influencia.... No conocéis á nadie en la corte?

—Viejos hidalgos ya retirados, que se abochornarian de su antigua amiga, porque se ha quedado pobre. Si quisiera, monseñor, iría á Versalles, pues estoy autorizada para ello; pero de qué serviría? Ay! Vuelva yo á poseer mis doscientas mil libras de renta, y entonces me buscarán. Por qué no haceis ese milagro, monseñor?

El canciller aparentó no haber oido esta última frase, y continuó diciendo:

—Yo en lugar vuestro, olvidaría á los viejos, puesto que ellos os han olvidado, y me dirijiría á los jóvenes, que se esfuerzan en adquirir partidarios. Teneis algun conocimiento con las princesas?

—Ya me han olvidado.

—Tampoco pueden nada. Y con el principe?

—No.

—Además, que está demasiado ocupado con su archiduquesa, para pensar en otros asuntos. Veamos entre los favoritos.

—Ya he olvidado hasta sus nombres.

—Mr. de Alquillon?

—Mal haya él, es un charlatan de quien dicen infamias, y que se escondió en un molino mientras los demás se batían.

—Bah! dijo el canciller, nunca debe darse enteramente crédito á semejantes hablillas. Pensemos sin embargo....

—Sí, pensad monseñor, pensad.

—Y por qué nó? Si.... No.... Si....

—Que es, monseñor, que és?

—Por qué no vais á ver á la condesa misma?

—A Mma. Dubarry? preguntó la litiganta abriendo su abanico.

—Sí, tiene buenos sentimientos.

—De veras?

—Y sobre todo, es muy servicial.

—Soy de casa muy antigua para agradecerla, monseñor.

—No, creo que os equivocais, condesa; lo que ella quiere, es relacionarse con buenas familias.

—Si? dijo la vieja vacilando ya en su oposicion.

—La conocéis?

—No señor.

—Eso es lo peor, porque tiene mu-

cho influjo.

—Así es; pero nunca la he visto.

—Y á su hermana Chon?

—Tampoco.

—Ni á Buchí?

—Tampoco.

—Ni á su hermano Juan?

—Tampoco.

—Ni á su negro Zamora?

—Cómo á su negro?

—Sí, su negro, es un gran personaje.

—Quién! Ese ridículo enano que parece un doguillo disfrazado, cuyos retratos están de venta en el Puente Nuevo?

—Ese, ese mismo.

—Yo conocer á ese negro, monseñor! esclamó ofendida la condesa, y cómo queréis que le haya conocido?

—Vamos, señora, ya veo que no queréis ganar el pleito.

—Por qué?

—Porque despreciais á Zamora.

—Y de qué puede servirnos en esto?

—Puede haceros ganar el pleito.

—Cómo! ese mozambique? De qué manera?

—Diciendo á su señora que tendria gusto en que le ganáseis. Ya sabeis lo que son influjos. Su ama le dá gusto en todo, y el rey hace cuanto se le antoja á su ama.

—Conque es Zamora quien gobierna en Francia!

—Hum! murmuró el vice-canciller meneando la cabeza; mucha influencia tiene, y preferia por mi parte estar mal con.... con la princesa, por ejemplo, que con él.

—Jesus! exclamó Mme. de Bearn. Es posible que una persona tan formal como vos diga semejantes cosas!

—Y no soy el solo; todos dicen eso mismo. Y si no preguntad á los duques y pares, si cuando van á Marly ó á Luciennes, olvidan los confites para la boca ó las perlas para las orejas de Zamora. Yo mismo, que os estoy hablando, si, yo que soy el canciller de Francia, ó poco menos, cuál creéis que era mi ocupacion cuando llegásteis? Estendia para él un despacho de gobernador.

—De gobernador?

—Si; han nombrado al caballero Zamora gobernador del castillo de Luciennes.

—Con igual título premiaron al señor conde de Bearn, despues de veinte años de servicio.

—Nombrándole gobernador del castillo de Blois: es verdad?

—Qué degradacion Dios mio! esclamó la vieja; conque está completamente perdida la monarquía?

—O al menos muy enferma; mas ya sabreis que de un moribundo debe sacarse el mejor partido posible.

—Sin duda; pero para ello, es preciso poder acercarse á él.

—Sabeis de qué modo seriais bien recibida de Mma. Dubarry?

—No.

—Llevando este despacho á su negro.

—Yo!

—Admirable introduccion!

—Lo creeis asi? dijo la condesa consternada.

—Estoy cierto; pero....

—Pero.... repitió Mme. de Bearn.

—No conoceis ningun amigo suyo?

—Y vos, monseñor?

—Sí, pero yo....

—Qué?

—Sería muy difícil.

—Por último, no hay remedio, exclamó la pobre litiganta fatigada de tantas alternativas, decididamente la suerte se ha declarado contra mí. V. E. me ha recibido cuando ni aun esperaba el honor de hablarle. Hay mas: no solamente yo Bearn! me encuentro dispuesta á hacer la corte á Mme. Dubarry, sino que para llegar hasta ella, estoy pronta á ser mandadera de ese horrible negro, á quien no hubiera tal vez honrado con un puntapié si le hubiese encontrado en la calle, y ni aun puedo llegar hasta él....

Ya meditaba de nuevo Mr. de Maupeou pasándose la mano por la barba, cuando el ujier anunció:

—El señor vizconde Juan Dubarry.

Al oír esto, el canciller dió una palmada, manifestando su admiracion, y la condesa cayó sobre un sillón sin aliento y sin pulso.

—Decid ahora que os veis abando-

nada de la suerte, exclamó Mr. Maupeou. Ay! condesa, condesa, ya veis que al contrario el cielo combate por vos.

Y volviéndose al ujier sin dejar á la pobre vieja tiempo para volver en sí de su estupor:

—Hacedle entrar, dijo.

Retiróse este, volviendo á poco precediendo al vizconde, el cual entró con aire arrogante y el brazo encabrestillado.

Despues de los saludos de costumbre y cuando la condesa indecisa y trémula iba á levantarse para despedirse; pues ya el canciller la saludaba con una lijera inclinacion de cabeza, indicando por esta señal que la audiencia estaba terminada.

—Dispensadme, monseñor, dijo el vizconde: perdonad, señora, si os incomodo; permaneced señora, permaneced, os lo suplico.... Con su permiso, solo dos palabras tengo que decir á S. E.

Volvióse á sentar la condesa sin hacerse rogar; su corazon rebozaba de alegría y latia de impaciencia.

—Pero si tal vez os incomodo caballero.... balbuceó.

—Oh! no, no, solamente dos palabras tengo que decir á S. E., quitarle diez minutos de su precioso trabajo, únicamente el tiempo necesario para esponer una queja.

—Quejas decís? preguntó el canciller á M. Dubarry.

—Si, monseñor, han querido asesinar-me: ya conoceréis que no puedo pasar en silencio semejante delito: que se nos ultraje, que se nos insulte, que se nos denigre, á todo esto se sobrevive; pero que no traten de degollarnos, porque entonces, vive Cristo! la muerte segura.

—Esplicaos, dijo el canciller aparentando asombro.

—Seré breve; pero oh Dios mio! cuánto siento interrumpir la audiencia de esta señora!

—La señora condesa de Bearn, dijo el canciller presentándola al vizconde Juan Dubarry.

Este retrocedió con gracia para hacer su reverencia: la condesa le imitó, y ambos se saludaron con tanta ceremonia como si estuviesen en la corte.

—Cuando concluyais, señor vizconde.

—Señora condesa, no osaria cometer un crimen de lesa galanteria.

—Hablad, caballero, hablad, el mio es asunto de intereses, el vuestro de honor, y por tanto, debereis tener mas prisa que yo.

—Señora, dijo el vizconde, me aprovecharé de vuestra amabilidad.

Y refirió su asunto al canciller, que le escuchó con gravedad.

—Necesitais testigos, dijo M. de Maupeou despues de un momento de silencio.

—Ah! exclamó Dubarry, reconozco en vos un juez íntegro, sobre quien nada influye sino la irrevocable verdad... pues bien! os presentaré testigos.

—Monseñor, dijo la condesa, aqui tenéis uno....

—Quién es? preguntaron á la vez el vizconde y M. de Maupeou.

—Yo, contestó la litiganta.

—Vos, señora! exclamó el canciller.

—Escuchad, señor; no ha ocurrido ese acontecimiento en la villa de La Chaussée?

—Sí señora; al mudar de tiros en la casa de postas.

—Pues bien! yo soy vuestro testigo. Pasé por el sitio del atentado dos horas despues de cometido.

—De veras? preguntó el canciller.

—Ah! cuánto os lo agradezco! añadió el vizconde.

—Por señas, prosiguió la condesa, que todo el pueblo estaba refiriendo todavía el acontecimiento.

—Tened cuidado señora, dijo el vizconde, tened cuidado! pues si quereis servirme en este asunto, es muy probable que los Choiseul hallen medios de haceros arrepentir de vuestro jenéroso comportamiento.

—Sí, añadió el canciller, y les será tanto mas fácil, cuanto que la señora condesa tiene en este momento un pleito, cuyo éxito me parece bastante dudoso.

—Monseñor, monseñor, exclamó esta llevándose las manos á la frente, salgo de un abismo para entrar en otro!

—Apoyaos sobre el señor, dijo en voz baja el canciller, él os prestará un brazo fuerte.

—Sí, pero nada mas que uno, dijo Dubarry chanceándose; conozco á quien tiene dos buenos y largos, y os los ofrece.

—Ah! señor vizconde, exclamó la anciana señora, es formal este ofrecimiento?

—Señora, amor con amor se paga: acepto vuestros servicios; aceptad los míos. Estais conforme?

—Que si lo estoy!... infinitamente, y doy gracias á Dios!...

—Pues bien, señora; ahora mismo voy á visitar á mi hermana; dignaos ocupar un asiento en mi coche....

—Sin motivo ni preparativos?... No me atrevo.

—Teneis uno, señora, dijo el canciller deslizando en la mano de la condesa el despacho de Zamora.

—Señor canciller, exclamó la condesa, sois mi Dios tutelar, y vos, señor vizconde, la flor de la nobleza francesa.

—Estoy á vuestra disposicion, repitió este, mostrando el camino á la condesa, que partió con prontitud.

—Gracias por mi hermana, dijo en

voz baja Juan á M. de Maupeou; gracias, primo. He representado bien mi papel? eb!

—Perfectamente, contestó Maupeou; pero contad tambien allá cómo he representado yo el mio; sin embargo, os prevengo esteis alerta, pues la vieja es muy astuta.

En este momento se volvió la condesa, no pudiendo ver mas que la ceremoniosa reverencia que hicieron al despedirse el canciller y el vizconde.

Una magnífica carroza con réjias libreas, esperaba en la puerta. La condesa se instaló en ella, henchida de orgullo. Juan hizo una seña, y partieron.

Despues que el rey salió del cuarto de Mme. Dubarry, é hizo un recibimiento tan corto como triste á los cortesanos, segun tenia anunciado, la condesa quedó por fin sola con Chon y su hermano, el cual no se habia hecho presente desde luego, á fin que no se pudiera averiguar el estado de su herida, bastante leve en realidad.

El resultado del consejo de familia

fué que en vez de salir la duquesa para Luciennes segun habia anunciado al rey, marchó á París, donde tenia en la calle de Valois un pequeño palacio que servia de hospedaje á esta familia, continuamente errante, siempre que lo prescribian sus negocios ó sus placeres.

La condesa se instaló en su habitacion, tomó un libro y quedó en expectativa.

Mientras, preparó el vizconde sus baterias.

Es de notar, que la favorita no habia permitido atravesar París, sin asomarse de cuando en cuando á la portezuela. Es una de las propiedades de las mujeres bonitas hacerse ver, porque están convencidas que son buenas para ello. Asi lo hizo, de manera que no tardó en entenderse por la ciudad la noticia de su llegada, y que desde las dos hasta las seis recibió veinte visitas. La providencia miró por la pobre condesa, que á estar sola, se hubiese muerto de fastidio. Gracias á esta distraccion, pasó el tiempo meditando, mandando y coqueteando.

Marcaba el gran cuadrante de San Eustaquio las siete y media de la tarde cuando pasó el vizconde por delante de aquel templo, acompañando á la condesa de Bearn á casa de su hermana.

La conversacion que tuvieron en el coche, descubria toda la indecision de la condesa en aprovecharse de su buena suerte.

El vizconde, por su parte, aparentaba cierta dignidad protectora, y prorumpia en admiraciones sin número sobre la singular casualidad que habia proporcionado á Mme. de Bearn el conocimiento y relaciones de Mme. Dubarry.

Por su parte la condesa, no cesaba de elojiar la afable cortesania del vicescanciller, y durante estas recíprocas mentiras, el carruaje avanzaba con velocidad, pudiendo llegar á casa de la condesa á las ocho menos algunos minutos.

—Permitidme señora, dijo el vizconde dejándola en un salon de recibo, vaya á anunciar á Mme. Dubarry el honor que la espera.

—De ningun modo, caballero: no con-

sentiré que se la incomode.

Pero aproximándose á Zamora que por las ventanas del vestibulo habia acechado su llegada, el vizconde le dió en voz baja una órden.

—Jesus, qué negrito tan mono! exclamó la condesa: es de vuestra señora hermana?

—Sí señora; es uno de sus favoritos, replicó el vizconde.

—Le doy la enhorabuena.

Abriéronse en este instante las dos hojas de la pueria, y el lacayo introdujo á la condesa de Bearn en el gran salon, donde Mme. Dubarry daba sus audiencias.

La litiganta examinaba suspirando el lujo de aquella deliciosa morada, y durante este tiempo el vizconde fué á buscar á su hermana.

—Es ella? preguntó esta.

—En carne y hueso.

—No sospecha nada?

—Absolutamente nada.

—Y el vice-canciller?

—Perfectamente. Todo querida mia,

conspira en favor nuestro.

—Separémonos, para que no caiga en malicia.

—Teneis razon, porque segun creo, nada tiene de tonta. Y Chon?

—En Versalles, no lo sabes?

—Encárgale sobre todo que no se deje ver.

—Mucho se lo he recomendado.

—Ea, princesa, haced vuestra entrada.

Empujó Mma. Dubarry la puerta de su gabinete y se presentó en el salon.

Ni una de cuantas ceremonias de etiqueta se usaban para semejantes casos en aquella época, fué omitida por nuestras dos actrices, impelidas del deseo de agradarse reciprocamente.

Mme. Dubarry fué la que primero tomó la palabra diciendo:

—Ya, señora, he dado las gracias á mi hermano, por haberme procurado el honor de vuestra visita; ahora me toca dárosla á vos, por vuestra mucha bondad.

—Y yo, señora, repuso llena de alegria la litiganta, no sé de qué términos

valerme para manifestaros mi gratitud, por el amable recibimiento que me habeis dispensado.

—Señora, añadió la condesa con una respetuosa reverencia, estoy obligada á ponerme á la disposicion de tan distinguida persona por si puedo seros útil en alguna cosa.

Ya concluidas por ambas partes las tres reverencias, la condesa ofreció un sillón á Mme. de Bearn, y tomó asiento en otro.

CAPÍTULO XXXII.

El despacho de Zamora.

—Cuando gustéis, podeis hablar, dijo la favorita á la condesa, ya os escucho.

—Permite, hermana mia, dijo Juan que permanecia de pies, permite te diga, que esta señora no viene á solicitar, pues ni aun pensaba en venir. Solo te trae un encargo que le ha recomendado el canceller.

Dirigió Mme. de Bearn una mirada

llena de gratitud al vizconde, y presentó el despacho firmado por el vice-canciller, que erijía en castillo real á Luciennes, dando á Zamora el título de gobernador.

—Muy agradecida os quedo, señora, de este servicio, dijo la condesa pasando una rápida ojeada por el despacho, y mi mayor deseo consiste en encontrar una ocasion de pagaros....

—Oh! os será muy fácil, exclamó la litiganta con una viveza que dejó encantados á los dos hermanos.

—De qué modo, señora?

—Segun habeis manifestado, no os es desconocido mi nombre.

—Ya lo creo; una Bearn!

—Pues entonces, habreis tambien oido hablar de un pleito, en el que se disputan los bienes de mi casa.

—Contra los Saluces, segun creo.

—Ay! sí señora.

—Sí, sí, conozco ese asunto! La otra noche habló Su Majestad de él en casa, con mi primo Mr. de Maupeon.

—Su Majestad! exclamó la vieja, Su

Majestad ha hablado de mi pleito?

—Sí señora.

—Y en qué términos?

—Ay! pobre condesa! exclamó Mme. Dubarry moviendo la cabeza.

—Pleito perdido, no es así? preguntó la vieja llena de angustia.

—Si he de decir verdad, creo que sí.

—Lo dijo Su Majestad?

—Sin demostrar su opinion, porque muy prudente y delicado, Su Majestad habló como si considerase esos bienes propios ya de los Saluces.

—Ah, Dios mio! Dios mio! señora! Si Su Majestad estuviese al corriente del negocio, si supiera que se trata de una cesion procedente de una obligacion ya satisfecha, sí señora, satisfecha, pues ya tienen recibidos los doscientos mil francos. Verdad es que no tengo los recibos, pero existen pruebas morales, y si pudiese presentarme yo misma á defender mi causa ante el parlamento, manifestaría por deduccion?...

—Por deduccion? interrumpió la condesa que aunque no comprendía una

palabra de cuanto habia dicho Mme. de Bearn, aparentaba sin embargo, escuchar con la mayor atencion sus informes.

—Sí señora por deduccion.

—Ah! Pues los tribunales admiten esa clase de pruebas, dijo Juan.

—Estais cierto, señor vizconde? exclamó la vieja.

—Así lo creo, replicó este con suma gravedad.

—Pues entonces, probaré por deduccion, que esa obligacion de doscientas mil libras, que con los intereses, forma hoy un capital de mas de un millon, esa obligacion fechada en 1406 debió ser satisfecha por Guy-Gaston IV, conde de Bearn, en su última enfermedad y próximo á morir, en los años de 1447, pues en su testamento se vé escrito de su puño y letra, «En la hora de mi muerte, *no debiendo nada á los hombres, y dispuesto á comparecer ante Dios.*»

—Bueno, y qué? dijo la condesa.

—Que si no debia nada á los hombres, es porque habria satisfecho á los Saluces, pues de lo contrario, hubiera dicho:

debiendo 200,000 libras, en lugar de decir: no debiendo nada.

—Sin duda, interrumpió Juan, así lo hubiera dicho.

—Y no teneis otra prueba?

—Mas que la palabra de Gaston IV? no señora: pero es de advertir, que le apellidan el *Irreprochable*.

—Sin embargo, vuestros adversarios tienen la escritura.

—Asi es, y he ahí justamente lo que *embrolla* el pleito.

Debiera Mme. de Bearn haber dicho lo que *le aclara*, pero ella veia las cosas bajo el punto de vista que mejor le acomodaba.

—De modo, repuso el vizconde, que estais convencida de que los Saluces están ya reintegrados.

—Sí, señor vizconde, replicó la vieja con ahinco, convencidísima.

—Sabes Juan, dijo la condesa, que en mi concepto esa deduccion, como dice Mme. de Bearn, cambia de un modo terrible el aspecto del negocio?

—Muy terrible, sin duda, repuso el

vizconde.

—Terrible para mis adversarios, añadió la condesa: los términos del testamento son terminantes: *no debiendo nada á los hombres.*

—No solamente claros, sino lójicos, continuó Juan. No debia nada á los hombres; luego habia pagado lo que les debia.

—Luego habia pagado, repitió tambien Mme. Dubarry.

—Ay señora! si fuéseis mi juez! exclamó la litiganta.

—En otros tiempos, dijo el vizconde, no habrian acudido al tribunal en semejantes circunstancias, y el juicio de Dios hubiera decidido. Estoy tan convencido por mi parte de la justicia de vuestra causa, que juro, que si en el dia estuviesen en práctica esos combates, me ofrecería á ser campeón vuestro.

—Oh! caballero!...

—Sin la menor duda; bien que no haría mas de lo que hizo mi abuelo Dubarry Moore, quien tuvo el honor de aliarse á la familia real de los Estuardos,

presentándose á combatir en palenque por la jóven y hermosa Edith de Scarborough, obligando á su adversario á confesar que mentía como un bellaco: pero por desgracia, continuó el vizconde suspirando tristemente, ya no vivimos en aquellos gloriosos tiempos, y los hidalgos, cuando discuten sus derechos deben someter hoy sus causas al juicio de un hato de golillas, que ni siquiera comprenden una frase tan clara como esta. *No debiendo nada á los hombres.*

—Debes sin embargo tener presente querido hermano, se aventuró á decir Mme. Dubarry, que hace ya trescientos años, que se escribió esa frase, y es preciso tener en cuenta lo que los tribunales llaman segun creo *prescripcion*.

—No importa, no importa, repuso Juan, estoy convencido de que si Su Majestad oyese á la señora defender su pleito, como lo ha hecho delante de nosotros....

—Oh! quedaría convencido, no es verdad? estoy muy segura, señor vizconde.

—Y yo tambien.

—Ya, pero cómo lograré que me oiga?

—Para ello seria indispensable me hiciéseis el honor de visitarme un dia en Luciennes, y como Su Majestad me favorece bastante á menudo....

—Sin duda, querida mia, pero eso depende de la suerte.

—Vamos, vizconde, repuso con halagüeña sonrisa la condesa, bien sabes que me entrego con bastante confianza á ella, y que no tengo motivo alguno para quejarme.

—Ello es, que la suerte puede hacer que en ocho, quince ó veinte dias, no encuentre esta señora á Su Majestad.

—Es verdad.

—Y su pleito se verá el lunes ó martes.

—El martes, señor vizconde.

—Y ya hoy es viernes.

—Entonces, dijo la condesa como perdiendo las esperanzas, no podemos contar con eso.

—Qué haremos? dijo el vizconde su-

merjido al parecer en una profunda meditacion. Qué diablos!...

—Si solicitáramos una audiencia en Versalles.... dijo Mme. de Bearn con gran timidez.

—Qué! no se conseguiría.

—Ni con vuestra proteccion, señora?

—De nada serviría mi proteccion; Su Majestad aborrece los actos judiciales, y en este momento, solo un asunto escila su interés.

—La cuestion de los parlamentos? preguntó Mme. de Bearn.

—Nó, la de mi presentacion.

—Ah!... exclamó la vieja.

—Porque ya sabreis, señora, que á pesar de la oposicion de Mr. de Choiseul, de las intrigas de Mr. de Praslin, y de las proposiciones de Mme. de Grammont, el rey ha resuelto que yo sea presentada.

—Lo ignoraba, señora, replicó la litiganta.

—Ah! pues está enteramente resuelto, dijo Juan.

—Y cuándo se verifica esa presentacion?

—Muy pronto.

—Si, porque el rey quiere que todo esté concluido para cuando llegue la princesa, á fin de poderse llevar consigo á mi hermana á las fiestas de Compiègnes.

—Ah! ya entiendo. Es decir que esta señora, se halla en disposicion de ser presentada, repuso con cortedad la condesa.

—Sin duda, y la señora baronesa de Alogny.... conoceis á la baronesa de Alogny?

—Si ya no conozco á nadie; hace veinte años que salí de la corte.

—Pues esa señora es quien le sirve de madrina. El rey está enteramente decidido á protegerla, su marido es gentil hombre de cámara, su hijo pasa á la guardia, con promesa de obtener la primera tenencia que vaque; la baronía ha sido erijida en condado, sus créditos contra el tesoro real, han sido permutados en acciones de la Ciudad, debiendo á mas recibir veinte mil escudos al contado el dia de la presentacion. Así es, que nos están dando una prisa....



—Ya lo creo, dijo la condesa de Bearn con agradable sonrisa.

—Por vida de.... ahora que me acuerdo.... exclamó Juan.

—De qué? preguntó Mme. Dubarry.

—Qué lástima! añadió, qué lástima que yo no hubiese conocido ocho dias antes á esta señora!

—Por qué?

—Porque entonces no estábamos todavía comprometidos con la baronesa de Alogny?

—Hablas como un esfinje, querido vizconde, pero no puedo comprenderte.

—Cómo! no has caido en lo que quiero decir?

—No.

—Apuesto á que esta señora me ha entendido ya.

—Perdonad, pero en vano procuro comprender....

—Que hace ocho dias no tenias madre?

—Sin duda.

—Pues bien! la señora.... pero temo le disguste....

—Proseguid, caballero, proseguid.

—Decia yo, que la señora hubiera podido servirte, y el rey hubiera hecho por ella lo que hace por Mme. de Alogny.

—Cómo ha de ser! contestó la condesa abriendo támaños ojos y exhalando un suspiro.

—Ay! añadió Juan; si supiérais cuán tanta jenerosidad ha concedido el rey todos esos favores! No ha sido preciso pedirselos, pues se ha anticipado á todo y al punto que supo que la baronesa se brindaba á ser madrina de Juana:—Me place infinito, exclamó, ya estaba fastidiado de esas presumidas, que segun parece, ostentan mas orgullo que yo.—Me presentareis esa señora, no es así, condesa? Tiene algun pleito pendiente... deudas.... atrasos?...

Los ojos de la condesa, se dilataban cada vez mas.

—Solamente, añadió el rey, una cosa me disgusta.

—Ay! conque una cosa disgustaba á Su Majestad?

—Si, una sola. Una sola cosa me

disgusta, y es que para la presentación de Mme. Dubarry, yo hubiera preferido un nombre histórico. Y diciendo estas palabras, Su Majestad miraba el retrato de Carlos I, por Van-Dick.

—Comprendo, repuso la litiganta; Su Majestad lo diría refiriéndose á esa alianza de los Dubarry Moore con los Stuardos, de que hace poco hablásteis.

—Efectivamente.

—Y por mi parte os aseguro, añadió Mme. de Bearn con acento imposible de describir, que nunca he oído hablar de los Alogny.

—Sin embargo, repuso la condesa, es buena familia, y según creo, tienen ya hechas todas sus pruebas.

—Ah! gritó de repente Juan, haciendo grotescos movimientos en su sillón é incorporándose.

—Qué tienes? preguntó Mme. Dubarry, haciendo todos los esfuerzos posibles para contener la risa, al ver las contorsiones de su cuñado.

—Alguna punzada? preguntó con grande interés la litiganta.

—No, repuso Juan, volviéndose de nuevo à sentar; es que se me ha ocurrido una idea.

—Cuál? preguntó la condesa; mucha fuerza ha de tener, pues creí que te derribaba.

—Debe ser excelente! añadió Mme. de Bearn.

—Oh! excelente!

—Dínosla pronto.

—Sí, pero tiene una contra.

—Cuál?

—Que es imposible verificarla.

—Espicala sin embargo.

—Sentiria disgustar à cierta persona.

—No importa; habla, Juan, habla.

—Pensaba yo, que si manifestases à Mme. de Alogny la observacion que hizo el rey mirando el retrato de Carlos I...

—Oh! eso le sería muy desagradable, vizconde.

—Es verdad.

—Nada, olvida eso.

La litiganta exhaló tristemente un suspiro.

—Es sensible, prosiguió el vizconde

como hablando consigo mismo, todo estaba ya tan bien arreglado... Esta señora que tiene un nombre distinguido y es persona de talento, se ofrecia á ocupar el lugar de la baronesa de Alogny. Ganaría su pleito, su señor hijo obtendría una tenencia en la real casa, y como esta señora ha hecho grandes gastos en sus diferentes viajes á París con motivo del pleito, se la concedería una indemnización. Ah! una suerte tan grande, no se presenta dos veces en la vida!

—Ay! bien seguro que no! exclamó sin poder contenerse la condesa, sobrecojida por aquel golpe imprevisto.

Conozcamos que cualquiera que se hubiese hallado en la posición de la pobre litiganta, habría prorumpido en la misma exclamación, quedando también como ella, abismada en su sillón.

—Estás viendo, Juan, dijo la condesa con acento de profunda conmiseración, estás viendo como has aflijido á esta señora? No bastaba que yo le hubiese probado, que nada podía con el rey antes de mi presentación?

—Ay! si yo pudiese detener mi pleito

—Aunque no fueran mas de ocho dias, añadió Dubarry.

—Sí, ocho dias eran suficientes, pues para entonces ya habria podido verificarse la presentacion de vuestra hermana.

—Ya, pero el rey estará en las fiestas de Compiègnes, porque la princesa habrá ya tal vez llegado.

—Verdad es, verdad es, dijo Juan pero....

—Qué?

—Aguardad.... se me ha ocurrido otra idea.

—Veamos! decidla, señor! exclamó la litiganta.

—Paréceme.... sí, no, sí, sí, sí!

Mme. de Bearn iba pronunciando con ansiedad los monosílabos de Juan.

—Decis que sí, señor Vizconde? preguntó.

—Ya creo haber encontrado un medio que allane todas las dificultades.

—Cuál es?

—Prestadme atencion.

—Ya escuchamos.

—No es todavía un secreto para todos tu presentación?

—Sin duda, y esta señora únicamente....

—Tocante á mí, podeis estar descuidada! exclamó la litiganta.

—Conque nadie sabe que has encontrado madrina?

—Claro está; el rey quiere que esta noticia estalle como una bomba.

—Sea elhorabuena; ya hemos vencido.

—De veras, señor vizconde? preguntó Mme. de Bearn.

—Ya hemos vencido, repitió Juan acercando su sillón á los otros dos. La litiganta y su hermana prestaron oído atento, al par que sus ojos se dilataron con ansiedad.

—Luego esta señora ignora como todos, que has encontrado madrina, y vas a ser presentada?

—Si vos no me lo hubiéseis comunicado, todavía lo ignoraría.

—No revelando á nadie esta entre-

vista, y suponiendo que nada sabeis, presentais á pedir audiencia al rey.

—Ya, pero vuestra señora hermana pretende que no la concederá Su Majestad.

—Pedireis audiencia al rey, ofreciendoos á ser madrina de mi hermana. Estamos? Supongo que ignorais si la ha encontrado. Decia yo, que pedireis audiencia, ofreciendo ser madrina de mi hermana. Este ofrecimiento, hecho por una persona de vuestra categoría, debe agradar mucho al rey. Os recibe, os dá las gracias, os pregunta en qué puede ser útil. Entonces hablais de vuestro pleito, dais valor á vuestras deducciones: Su Majestad se hace cargo de todo, os recomienda, y ganais el pleito que ya contais perdido.

Fijó Mme. Dubarry sus ardientes miradas en la condesa, quien conociendo probablemente el lazo que la estaba tendiendo, exclamó con prontitud:

—Cómo! yo, pobre criatura! Queréis que Su Majestad....

—Basta. Ya creo que he hecho bas

ante por serviros en este apuro, contes-
to Juan.

—Si tratais de servirme únicamente...
añadió balbuceando la condesa.

—No es otra la intencion, repuso son-
riendo Mme. Dubarry; pero tal vez re-
pugnen á esta señora semejantes super-
cherias, aun para ganar su pleito.

—Supercherias! exclamó Juan. Va-
mos! pensais que ha de saberlo nadie?

—Tiene razon Mme. Dubarry, dijo
la condesa, procurando salir por este me-
dio de aquella dificultad; mas desearia
prestarla un servicio verdadero, para
conciliarme realmente su amistad.

—Sois en extremo bondadosa, repuso
Mme. Dubarry con cierta ironia, que no
se ocultó á la vieja litiganta.

—Pues todavia tengo otro medio, con-
tinuó Juan.

—Otro medio?

—Si.

—De prestar ese servicio verdadero?

—Cuidado, hermano! dijo Mme. Du-
barry; te vas volviendo poeta? No sería
mas fecunda en recursos la imaginacion

de Mr. de Beaumarchais.

La vieja aguardaba impaciente la manifestacion del medio anunciado.

—Dejemos esas bromas, dijo Juan. Vamos á ver, hermanita: no estas íntimamente relacionada con Mme. de Alogny?

—Ya lo creo!... no lo sabes tu?

—Y se ofenderia si no te presentase?

—Bien podria ser.

—Supónese que no irás á contarla de sopetón lo que el rey ha manifestado sobre su nobleza, y como eres mujer de talento, sabrás prepararla....

—Bien! y qué?

—Que cederia á esta señora la ocasion de servirte y hacer fortuna.

Tembló la vieja al oír la proposicion del vizconde, conociendo que aquel ataque tan directo, no admitiria respuestas evasivas.

Una encontró sin embargo.

—Sentiria en el alma indisponerme con esa señora, dijo, las personas de nuestra clase se deben mútuas atenciones....

Hizo Mme. Dubarry un movimiento

de despecho, que su hermano calmó con una seña.

—Tened presente, señora, que nada os propongo. Teneis un pleito pendiente, á cualquiera le sucede; deseais ganarle, es muy natural. Se presenta mal, y estais desesperada; aparezco yo en medio de vuestra desesperacion; me inspirais simpatias, me intereso en vuestro asunto, busco medios de que salga bien, cuando ya están perdidas sus tres cuartas partes. Si he hecho mal, lo siento, y punto concluido, dijo Juan levantándose.

—Ay señor vizconde! exclamó la vieja con el corazon oprimido, temiendo que los Dubarry, indiferentes hasta entonces, se ligasen en adelante contra su pleito.—Ay! muy al contrario, señor vizconde, yo reconozco y admiro vuestra mucha bondad!

—Porque ya nabreis conocido, continuó Juan aparentando la mas completa indiferencia, que á mí me importa muy poco, que mi hermana sea presentada por Mme. de Alogny, de Polastron ó de Bearn.

—Asi es, señor vizconde.

—Aunque, sí, confieso estaba irritado, temiendo que los beneficios del rey recayesen en algún mal corazón, que incitado por un sórdido interés, capitulase con nuestro poder, conociendo la imposibilidad de combatirle.

—Y eso es lo que probablemente sucedería, añadió Mme. Dubarry.

—Mientras esta señora, á quien no se ha solicitado, y que apenas conocemos, se brinda jenerosamente me parece mas digna de aprovecharse de las ventajas de esta posicion.

Ya iba tal vez la litiganta á protestar contra aquel jeneroso ofrecimiento de que habia hablado el vizconde; pero Mme. Dubarry no le dió tiempo para ello.

—Lo que me parece indudable, es que semejante comportamiento seria sumamente agradable al rey, y nada podria negar á la persona que asi procediera.

—Que nada podria el rey negarle, habeis dicho?

—Tanto, que se anticiparia á los deseos de esa persona, y por vuestros pro-

...os oídos le oiríais decir al vice-canciller: quiero que se sirva á Mme. de Bearn; lo entendeis Mr. de Maupeou? Mas como Mme. de Bearn encuentra mil obstáculos, para ello, concluyo. Lo único que pretendo sin embargo, añadió inclinándose el vizconde, es que esta señora quede convencida de mis buenas intenciones.

—Ah! exclamó la vieja, estoy penetrada de gratitud.

—Cuánto desinterés! exclamó con galantería el vizconde.

—Pero....

—Cómo?

—Que Mme. de Alogny no consentiría en ceder sus derechos, dijo la litiganta.

—Volvemos á lo que dijimos al principio. No por eso tendrá mas mérito vuestro ofrecimiento, ni Su Majestad quedará menos agradecido.

—Pero suponiendo que Mme. de Alogny se conformase, añadió Mme. de Bearn poniéndose en lo peor, no por eso perderá las ventajas....

—La bondad del rey es inagotable para conmigo, contestó la favorita.

—Oh! qué golpe tan terrible sería este para los Saluces á quienes detestol

—Si os ofreciera mis servicios, señora, añadió la vieja cada vez mas impelida tanto por el interes, como por la ridicula comedia que estaban representando con ella, no por eso esperaríá ganar mi pleito, pues al fin, si todo el mundo le considerara hoy perdido, difícilmente podría ganarse mañana.

—Y si el rey quisiera, quién se opondría? contestó el vizconde apresurándose á desvanecer aquel nuevo temor.

—Pues yo, dijo la favorita, soy de la misma opinion que esta señora.

—Cómo! exclamó el vizconde abriendo desmesuradamente sus ojos.

—Me parece muy decoroso para una persona que lleva tan ilustre nombre, dejar que su pleito siga los trámites legales, aunque esto no impide que la voluntad del rey sea absoluta, ni su munificencia inagotable. Y si Su Majestad quiere sobre todo en la posicion en que se encuentra con sus parlamentos, entorpecer el curso de la justicia, no por es

dejará de poder ofrecer á esta señora una indemnizacion.

—Honrosa, añadió con prontitud el vizconde. Ah! en ese caso soy tambien de tu parecer.

—Pero ay! exclamó tristemente la ligante, cómo ha de indemnizarme de la pérdida de un pleito que asciende a veinte mil libras?

—En primer lugar, contestó Mme. Dubarry, con un regalo rejio de cien mil, por ejemplo.

—Miraron los dos hermanos ávidamente á su victima.

—Tengo un hijo, añadió esta.

—Mejor, será un defensor mas para el estado, y un partidario mas para el rey.

—Y creéis, señora, que harán algo por él?

—Respondo, contestó Juan, que lo menos que han de concederle es, una tenencia de jendarmes.

—Teneis mas parientes? preguntó la favorita.

—Un sobrinito.

—Tambien se inventará algo para él

—Y te damos el encargo, vizconde, pues hace poco nos probastes cuán fértil eres en invenciones, dijo riendo la favorita.

—Veamos, señora, qué os parecería el rey, si hiciese cuanto hemos dicho? añadió el vizconde que, siguiendo el precepto de Horacio, apresuraba el desenlace.

—Me parecería jeneroso sobre todo encarecimiento, y quedaria enteramente agradecida á esta señora, convencida de que á ella se lo debía todo.

—Hablais de veras, señora? preguntó la favorita.

—Y muy de veras, contestó la litigante perdiendo el color al pensar en la obligacion que iba á contraer.

—Conque permitis que hable á S. Majestad de vos?

—Hacedme ese honor, contestó suspirando Mme. de Bearn.

—Todo quedará arreglado esta misma noche, dijo Mme. Dubarry dejando su asiento. Espero, señora, poder contar desde ahora con vuestra amistad.

—La vuestra es para mí tan aprecia-

le, replicó la litiganta dando principio a sus reverencias, que me parece hallarme bajo el influjo de un sueño.

—Ea, recapitulemos, dijo Juan procurando dar al espíritu de la condesa toda la firmeza necesaria para la ejecución de aquella empresa material. En primer lugar, cien mil libras, por vía de indemnización, de los gastos ocasionados por el pleito, viajes, honorarios de abogados, etc. etc. etc.

—Si señor.

—Una tenencia para vuestro señor hijo.

—Oh! que buen principio de carrera!

—Y alguna cosa para un sobrino.

—Alguna cosa?

—Si, yo me encargo de encontrarla.

—Y cuándo tendré el honor de volver á veros, señora condesa? preguntó la vieja.

—Por la mañana os enviaré mi carruaje, para que vayais á Luciennes, donde estará el rey. Para las diez habré cumplido mi palabra. Su Majestad estará ya avisado, y no tendreis que esperar.

—Permitid que os acompañe, señora condesa, dijo Juan ofreciéndola el brazo.

—De ningún modo lo consentiré, contestó esta, os suplico señor, no paseis de aquí.

—Siquiera hasta la escalera, insistió Juan.

—Ya que os empeñais.... contestó la vieja tomando el brazo del vizconde.

—Zamora! gritó la condesa.

El negro acudió.

—Que alumbren á la señora y acerquen el carruaje de mi hermano.

Partió Zamora corriendo, para obedecer la orden de su ama.

—Me confunden vuestras atenciones, señora, dijo Mme. de Bearn.

Y entrambas condesas hicieron la última reverencia.

Llegados á la escalera, abandonó el vizconde el brazo de Mme. de Bearn, para volver con su hermana, mientras bajaba majestuosamente la litiganta.

Zamora marchaba delante seguido de dos lacayos con luces, y detrás venía Mme. de Bearn, cuya cola, algo corta

llevaba otro lacayo.

Asonáronse ambos hermanos á la ventana, procurando seguir con su vista hasta llegar al carruaje, aquella apreciable madrina, con tanto cuidado buscada, y hallada con tanta dificultad.

Ya llegaba Mme. de Bearn al peristilo, cuando una silla de posta entró en el patio, de la cual se apeó una jóven.

—Ay! la señorita Chon! gritó Zamora abriendo desmesuradamente sus abultados labios; buenas noches, señorita Chon!

Quedose Mme. de Bearn con un pie en el áire; habia reconocido en la recién llegada á la supuesta hija del licenciado Flajeot.

Habiendo Dubarry abierto precipitadamente su ventana, hacia desde ella multitud de señas á su hermana, que no le veia.

—Está aqui ese tonto de Jilberto? preguntó Chon á los lacayos sin ver á la condesa.

—No señora; contestó uno, no le hemos visto.

Alzó entonces su vista hacia la venta-

na, y advirtió las señas de Juan.

Siguió entonces la direccion de su mano, que estaba invenciblemente tendida hacia Mme. de Bearn.

Al reconocerla Chon, dió un grito, calóse su cofia, y se ocultó en el vestibulo.

Sin manifestar que habia reparado en aquella pantomima, la vieja subió al carruaje, dió las señas de su casa al cochero y partió al punto.

CAPÍTULO XXXII.

El Rey se aburre.

El rey, que segun tenia anunciado habia partido para Marly, mandó sobre las tres de la tarde que le condujeran a Luciennes.

Debia suponer que tan pronto como hubiese Mme. Dubarry recibido su esquila, saldria inmediatamente tambien de Versalles, é iria á esperarle en el delicioso palacio que se habia mandado edificar, y que ya habia el rey visitado dos ó tres veces, aunque sin haber nunca

pernoctado, bajo el pretesto de no ser castillo real.

Así es que no fué poca su sorpresa, cuando al llegar vió á Zamora, que poco envanecido por su nuevo título de gobernador, se entretenía en arrancar plumas á la cotorra, que procuraba defenderse á picotazos.

Los dos favoritos eran rivales, como Mr. de Choiseul y la condesa Dubarry.

Instalóse el rey en el salon y despidió su comitiva.

Aun cuando era el caballero mas curioso de su reino, nunca acostumbraba interrogar á criados ni lacayos, pero Zamora no debia considerarse en esta clase, pues ocupaba su rango entre el titi y la cotorra.

El rey, pues, interrogó á Zamora.

—Está en el jardin la señora condesa?

—No, mi amo, contestó.

Con este tratamiento se reemplazaba el título de Majestad, de que la favorita habia despojado al monarca en Luciennes, por uno de sus innumerables caprichos.

—Ha ido al estanque de las carpas?

A fuerza de gasto, habíase abierto un lago en medio de la montaña, que se surtía con las aguas del acueducto, y había trasladado á él las carpas mas hermosas de Versalles.

—Tampoco, mi amo, repitió Zamora.

—Pues donde esta?

—En París.

—Cómo en París!... No ha venido la condesa á Luciennes?

—No, mi amo, pero ha enviado á Zamora.

—Con qué fin?

—Para que reciba al rey.

—Cómo! exclamó el rey: te encargan á tí el cuidado de recibirme? A fé mia que es agradable la compañía de Zamora. Lo agradezco, condesa, lo agradezco, repitió el monarca levantándose lleno de despecho.

—No, mi amo, repuso el negrillo, el rey no tendrá la sociedad de Zamora.

—Por qué?

—Porque se marcha.

—Y dónde vas?

—A París.

—Entonces, me quedo solo. Esto vá cada vez peor. Qué vas á hacer en París?

—Buscar á mi ama Barry, para decirle que el rey está en Luciennes.

—Ah! conque la condesa te ha encargado que me digas eso?

—Si, mi amo.

—Y no te ha dicho lo que debo hacer mientras vuelves?

—Me dijo que durmieras.

—En fin, dijo consigo mismo el rey; esto será que no debe tardar, y quiere darme alguna sorpresa.

Y luego alzando la voz añadió:

—Marcha corriendo, y tráeme á la condesa.... Pero.... dime, en qué te vas?

—En el gran caballo blanco, con la mantilla encarnada.

—Cuánto tiempo necesitas para llegar á París en ese caballo?

—No sé, contestó el negro, pero es muy ligero, muy ligero. A Zamora le gusta correr mucho.

—Vamos, no es eso lo peor, dijo Luis XV asomándose á la ventana para verle partir.

Un lacayo le ayudó á encaramarse en el caballo, y con esa feliz ignorancia de peligro, propia de la infancia, el negrilla partió á escape sobre su gigantesca cabalgadura.

Habiendo quedado solo el rey, preguntó al criado si habia algo nuevo que ver en Luciennes.

—Ahí está, contestó el criado, Mr. Boucher pintando en el gran gabinete de la condesa.

—Ah! Boucher! El buen Boucher está aquí! exclamó Luis XV con cierta satisfacción; dónde dices que está?

—En el gabinete del pabellon. Deseará Su Majestad que le acompañe?

—No, contestó el rey, prefiero ir á ver las carpas. Trae un cuchillo.

—Un cuchillo señor?

—Si, y un pan grande.

Obedeció el lacayo, y trajo en un plato del Japon, un pan grande y redondo, en el cual habia clavado un cuchillo largo y cortante.

Hizo entonces seña Luis XV al lacayo para que le acompañara, y se d

rrijó alegre hacia el estanque.

Era como tradicion de familia, la costumbre de echar de comer á las carpas. El gran rey no la omitió un solo dia.

Sentose Luis XV en un banco de césped, desde donde se descubria un delicioso paisaje.

Veíase en primer lugar, el estanque cercado de césped; y luego, la aldea edificada entre dos colinas, una de las cuales, parecida á la alfombrada Roca de Virjilio, se eleva al Oeste, y sostiene las chozas techadas de paja, semejantes á una caja de juguetes cubiertos de helecho.

Mas allá, aparecian las torrecillas de San-Jerman, sus gigantescas gradas, y las innumerables copas de los arbustos de su azotea; algo mas distante, las azuladas laderas de Saunois y de Cormeilles, y en el fondo, en fin, el cielo matizado de rosa, cercándolo todo, como una cúpula de brillante metal.

El tiempo estaba tempestuoso, y el follaje se destacaba oscuro sobre las verdes praderas; el agua, inmóbil y lisa como una vasta superficie de aceite, se

agujereaba á veces, cuando de su centro verdegay saltaba algun pez brillante y plateado, para cojer la mosca de los estanques, que arrastraba voloz sus largas patas sobre el agua.

Señalábanse entonces en el lago círculos que se dilataban progresivamente, surcando la superficie del agua, con negras y blancas vetas.

Veíanse tambien aparecer en la orilla los enormes hocicos de algunos peces silenciosos, que seguros de nunca tropezar con el anzuelo ni la red, venian á chupar los pendientes treboles, y á fijar sus ojos, al parecer sin vista, en los lagartos y ranas que jugueteaban al través de los juncos.

Luego que hubo el rey detenidamente contemplado todos los ángulos del paisaje, como hombre experimentado en la manera de pasar el tiempo, y despues de haber contado las casas de la aldea mas cercana y las poblaciones que alcanzaba con la vista, tomó el pan del plato que junto á él estaba, y se puso á cortarle en gruesas rebanadas.

Oyeron las carpas rechinar el acero en la corteza, y acostumbradas á aquel ruido que les anunciaba la comida, acudieron presurosas á presentarse, acercándose cuanto les fué posible á S. M. para que se sirviera suministrarles su alimento cotidiano. Lo mismo hubieran hecho por el último lacayo; pero el monarca creyó sencillamente que solo con él usaban de aquellas atenciones.

Comenzó, pues, á arrojar consecutivamente los pedazos de pan, que sumergiéndose al pronto, salían despues sobre la superficie del estanque, eran durante algunos instantes disputados, y desmigajándose despues disueltos por el agua, desaparecian de repente.

Era, en efecto, no poco divertido y curioso ver aquellas migajas ajitándose sobre el agua, impelidas por innumerables é invisibles bocas, hasta que se hundian, desapareciendo para siempre.

Al cabo de media hora, Su Majestad, que habia tenido la paciencia de cortar unas cien rebanadas, gozaba tambien de la satisfaccion de no ver sobrenadar

ni una sola; aburriose, y recordando que Mr. Boucher podria proporcionarle una disraccion secundaria, aun quando fuese menos divertida que la de las carpas, se hizo cargo que en el campo es preciso conformarse con lo que se encuentra.

Encaminose por tanto hacia el pabellon; y Boucher, que ya estaba avisado, le seguia con la vista, sin dejar de pintar, ó mas bien, aparentando que pintaba. Quando estuvo cierto que el monarca venia á visitarle, arregló enajenado de gozo su guiriadola, y subió á la escalera, pues le habian especialmente recomendado de finjir que ignoraba la presencia del rey en Luciennes. Quando oyó crujir el pavimento bajo los pasos del amo, comenzó á bosquejar un mofletudo amor, hurtando una rosa á una pastorcita vestida de un traje de raso azul, y cubierta con un sombrerillo de paja.

Temblaba su mano, y el corazon le latia con violencia.

Luis XV se detuvo en la puerta, y dijo:

—Hola! Mr. Boucher! cómo oleis á

trementina!

Y siguió adelante.

El pobre pintor, que á pesar de lo poco artista que era el rey, esperaba otra cosa, estuvo á pique de caer de su escalera.

Bajose y se marchó con los ojos llenos de lágrimas, sin raspar su paleta ni lavar sus pinceles, cosa que nunca omitía al concluir su tarea.

Su Majestad miró el reloj: eran las siete.

Volvió al castillo, hizo rabiarse al momento, hablar á la cotorra, y sacó uno por uno, todos los objetos de china que encerraban los armarios.

Habiendo anochecido entretanto, el rey, á quien no le gustaba la oscuridad, mandó que encendieran; y en fin, cada vez mas aburrido, pues tampoco queria estar solo:

—Que estén listos mis caballos para dentro de un cuarto de hora, gritó.

Y luego añadió, hablando consigo mismo:

—Sí, un cuarto de hora la espero

todavía.... pero ni un minuto más.

Y se recostó en el sofá frente á la chimenea, imponiéndose la obligacion de aguardar que los quince minutos, ó sean novecientos segundos, fuesen trascurridos.

A la cuatro-centésima vibracion de la péndola del reloj que representaba un elefante azul, montado por una sultana color de rosa, Su Majestad dormia.

Como es de suponer, el lacayo que entró para anunciarle que estaba enganchado el coche, no se atrevió á despertarle. De este respeto al augusto sueño, resultó que al despertar el rey, se encontró frente á frente con Mme. Dubarry, que le miraba con los ojos desmesuradamente abiertos. Zamora aguardaba órdenes junto á la puerta.

—Hola, condesa! estais aqui? dijo el rey sin levantarse, pero tomando una posicion vertical.

—Sí señor, aquí estoy hace ya mucho tiempo.

—Cómo! cómo! mucho tiempo....

—Lo menos hace una hora. Jesus! cuanto duerme Vuestra Majestad!....

—Qué quereis que hiciera, condesa? Sumamente aburrido por no hallaros aquí, y ademas como duermo tan mal de noche... pero sabeis que me iba?

—Sí, ví enganehados los caballos de Vuestra Majestad.

—Son las diez y media! exclamó el rey mirando el reloj, he dormido cerca de tres horas!

—Asi es, señor; luego direis que no se duerme bien en Luciennes.

—No por cierto: pero qué veo ahí? añadió Luis XV divisando á Zamora.

—El gobernador de Luciennes.

—Poco á poco, aun no lo es, repuso riendo el monarca. Por qué gasta ese turno el uniforme antes de ser nombrado? Tanta confianza tiene en mi palabra?

—Es sagrada, señor, y todos debemos confiar en ella. Os haré sin embargo observar, que ya tiene tambien su despacho.

—Cómo!

—Vedle, el vice-canciller me lo ha enviado. El único requisito que ahora le falta para su instalacion, es el juramento.

Permitid que le haga al momento, y desde luego quedará obligado á custodiarnos.

—Acercaos, señor gobernador, dijo el rey.

Avanzó Zamora con paso firme y compasado: vestía una casaca con cuello bordado, calzon corto, media de seda, capa larga y charreteras de capitán. Completaba su uniforme un sombrero de tres picos de exajerada magnitud, que llevaba debajo del brazo.

—Sabrás siquiera jurar? preguntó Luis XV.

—Sí señor, haced la prueba.

—Veamos! continuó el rey mirando con curiosidad aquel bronceado muñeco.

—De rodillas, dijo la condesa.

—Prestad juramento, añadió Luis XV.

Puso el negro una mano sobre su corazón, la otra sobre las del rey, dijo:

—Juro fé y homenaje á mis amos: jur defender hasta morir el castillo cuya guardia se me confía, y comer hasta el último tarro de conserva antes de entregarme si me atacan.

Prorumpió el rey en una carcajada, tanto por la ridícula fórmula del juramento, como por la gravedad con que le había pronunciado Zamora.

—En cambio de ese juramento, contestó revistiéndose de la dignidad oportuna, os confiero, señor gobernador, el derecho soberano de alta y baja justicia sobre cuantos habitan el aire, la tierra, el fuego y el agua de este palacio.

—Gracias, mi amo, replicó alzándose el negro.

—Ahora, añadió el rey, anda á lucir tu hermoso uniforme en las cocinas, y déjanos en paz.

Obedeció Zamora, y mientras salía por una puerta, Chon entraba por otra.

—Hola! eres tú mi Chon? buenos dias, dijo el rey sentándola en sus rodillas y abrazándola. Vamos á ver si tu me quieres decir la verdad.

—A mala parte venis, contestó la hermana de la favorita. La verdad! la he dicho yo acaso alguna vez en mi vida? Debiérais dirijiros mas bien á mi hermana que no sabe mentir.

—Es cierto eso, condesa?

—Chon ha formado demasiado buen concepto de mi: el ejemplo me ha perdido; estoy decidida á mentir de aquí en adelante, como una verdadera condesa, pues he conocido que casi siempre amarga la verdad.

—Me parece, repuso el rey, que Chon me oculta alguna cosa.

—No por cierto.

—Algún duque, marqués ó vizconde á quien habrá tal vez ido á ver.

—Creo que nó, replicó la condesa.

—Contesta Chon.

—Creemos que nó, señor.

—Será preciso que procure informarme de la policia?

—De la de Mr. Sartines, ó de la mia?

—De la de Mr. Sartines.

—Cuánto le pagareis?

—No regatearé si me refiere cosas curiosas.

—Entonces dadme la preferencia, admitid mis informes. Os serviré... respetuosamente.

—Cómo os vendereis á vos misma?

—Por qué nó, si me pagan bien el secreto.

—Está bien! Oigamos tu informe; pero cuidado con mentir.

—Me insultais, Francia.

—Sin rodeos, quise decir.

—Pues aprontad el dinero: aqui teneis los informes.

—Ya está, repuso el rey ajitando algunas monedas de oro en su bolsillo.

—Comienzo, señor. En primer lugar que han visto en Paris á la condesa Dubarry á las dos de la tarde.

—Ya lo sé, continuad.

—En la calle Valois.

—Tampoco lo niego.

—A las seis fué Zamora á buscarla.

—Tambien lo creo; pero adonde iba Mme. Dubarry por la calle Valois?

—Iba á su casa.

—Ya entiendo, pero para qué iba á su casa?

—Para esperar su madrina.

—Su madrina! repitió el rey sin poder ocultar un jesto de depecho. Se vá tal vez á bautizar?

—Si señor, en las pilas de Versailles.

—Hace muy mal, la sentaba tan bien el paganismo....

—Cómo ha de ser, señor! Ya sabe el refran: *Siempre se quiere lo que no tiene.*

—Conque ella quiere una madrina?

—Y la tiene.

Encojióse de hombros Luis XV lleno de admiracion.

—Mucho me agrada ese movimiento señor; pues me prueba que Vuestra Majestad sentiria en el alma la derrota de las Grammont, Guemenée, y de todas las mojigatas de la corte.

—Cómo decís!...

—Si señor, estais ligado con todos ellos.

—Ligado?... Sabed, condesa, que el rey nunca se liga sino con otros reyes.

—Verdad es; pero ellos son todos amigos de Mr. de Choiseul.

—Condesa, volvamos á vuestra madrina.

—Mejor será.

—Conque habeis logrado fabricaros una?

—La he encontrado muy hábilmente fabricada; es nada menos que una condesa de Bearn; familia que ha ocupado tronos. No creo que podrá nunca deshonorar á una aliada de los aliados de los Estuardos.

—Condesa de Bearn! exclamó el rey con sorpresa: solo conozco una que debe vivir hacia Verdun.

—La misma es; ha venido espresamente.

—Y os dará la mano?

—Las dos.

—Cuando?

—Mañana á las once tendrá el honor de ser recibida por mí en audiencia secreta; y al mismo tiempo, dado que no la tacháran de indiscreta, pedirá al rey se sirva fijar dia, y el rey le fijará lo mas pronto posible, no es verdad, señor Francia?

—Por supuesto, por supuesto, contestó Luis XV besando la mano, de la condesa.

Mas de repente, exclamó:

—Mañana á las once!

—Si, á la hora de almorzar.

—Es imposible, querida amiga.

—Cómo imposible!

—Me voy esta noche misma, y no almorzaré aquí.

—Pues me gusta! exclamó Mme. Dubarry sintiendo helársele el corazón. ¿Qué os vais habeis dicho?...

—Es preciso, condesa; tengo dada cita á Sartines para un asunto muy urgente.

—Como gustéis, señor, pero al menos cenareis aquí.

—Si, tal vez.... cene.... En efecto, tengo hambre, cenaré.

—Que pongan la mesa, Chon, dijo la condesa á su hermana haciéndola una seña particular que tenia sin duda relacion con algun convenio arreglado de antemano.

Chon salió.

El rey habia visto la seña en un espejo, y aunque no pudo comprenderla, conoció que le armaban una celada.

—Por vida de.... dijo; tampoco puedo quedarme á cenar, tengo que mar-

charme ahora mismo para firmar; es sábado.

—Como gustéis, entonces mandaré que enganchen los caballos.

—Si, querida mia.

—Chon!

Se presentó esta.

—Los caballos del rey, dijo la condesa.

—Está bien! repuso Chon con una sonrisa, y salió segunda vez.

Un momento despues, se oyó su voz que gritaba en la antesala:

—Los caballos de Su Majestad.

CAPÍTULO XXXIII.

El rey se divierte.

Dirijiose Luis XV hacia la puerta, muy satisfecho de aquel acto de autoridad, que castigaba á la condesa por haberle hecho esperar, y le evitaba al mismo tiempo la molestia de la presentacion.

En este momento entró Chon.

—Habeis visto mi servidumbre?

—Ni un solo criado de Vuestra Majestad he podido encontrar en las antecámaras.

—Mi servidumbre! gritó entonces Luis XV saliendo hasta la puerta.

Nadie contestó: habriase dicho que aun eco tenia aquel silencioso palacio:

—Quién diablos creeria, dijo volviendo al salon, que soy nieto del que dijo *Tuve casi que esperar!*

Encaminose entonces hacia la ventana, pero la esplanada estaba tan desierta como las antecámaras: ni caballos, ni cocheros, ni guardias. Solo la noche ofrecia á los ojos y al alma con su silenciosa majestad, iluminada por una hermosa luna, que mostraba trémulas como las olas agitadas, las copas de los árboles del bosque de Chalon, haciendo brotar millares de luminosas lentejuelas al Sena, serpiente gigantesca y perezosa, cuyas ondulaciones pueden seguirse desde Boujival hasta Maisons, es decir durante cuatro ó cinco leguas de vueltas y revueltas.

Además; entre las ramas de un árbol un ruiseñor improvisaba uno de esos melodiosos cantos, que solo se oyen en el mes de mayo, como si sus alegres notas, no pudiesen hallar una naturaleza digna, sino en esos primeros días de primavera, que vemos alejarse tan luego como aparecen.

Toda aquella armonía pasó desapercibida para Luis XV, rey poco contemplador, poco poeta, poco artista, pero muy material.

—Vamos condesa, dijo despechado, tened la bondad de dar órdenes. Qué diablos! basta ya de chanzas.

—Señor, repuso esta con aquel tono amable que casi siempre la reconciliaba con Luis XV, yo no mando aquí.

—Ni yo tampoco; ya veis qué modo tienen de obedecerme.

—Ni vos tampoco, señor?

—Pues quien? Sois vos, Chon?

—Yo! replicó esta sentada al otro extremo del aposento en un sillón, harto me cuesta obedecer, para tomarme el trabajo de mandar.

—Quién es el amo entonces?

—Quién quereis que sea? El señor gobernador.

—Zamora?

—Si.

—Es cierto, llamad.

Alargó la condesa su mano con adorable negligencia, y tiró un cordon de seda que terminaba en una bellota de perlas.

Un lacayo, instruido sin duda de antemano, se presentó.

—Y el gobernador? preguntó el rey.

—El gobernador, contestó respetuosamente el criado, vela por la interesante vida de Vuestra Majestad.

—Donde está?

—Rondando

—Rondando? repitió Luis XV.

—Con cuatro oficiales, añadió el lacayo.

—Lo mismo que Mambrúc eselamó la condesa.

Bueno está el lance, dijo el rey sin poder contener una sonrisa; pero esto no quita que enganchen.

—El señor gobernador ha mandado cerrar las caballerizas, para que no pueda ocultarse en ella ningun malhechor.

—Donde están mis cocheros?

—En las habitaciones de la servidumbre.

—Qué hacen?

—Están durmiente.

—Cómo! durmiendo?

—Tienen esa orden.

—Quién la ha dado?

—El señor gobernador.

—Y las puertas? preguntó el rey.

—Qué puertas, señor?

—Las del castillo.

—Están cerradas.

—Bien! pero podrán buscarse las llaves.

—El señor gobernador las lleva colgadas de su cintura.

—Vaya un castillo bien guardado! dijo el rey. Diablos; qué orden!...

El lacayo salió, viendo que el rey no le dirigía ninguna otra pregunta.

La condesa, recostada en un sillón, mordía una rosa, á cuyo lado sus labios

parecian de coral.

—Vamos, señor, dijo con la sonrisa lánguida que le era particular; me complacezco de Vuestra Majestad. Tomad mi brazo, é iremos á buscarlos. Alúmbrenos Chon.

Esta salió delante formando la vanguardia, pronta á dar aviso de cualquier peligro que pudiera presentarse.

Al llegar al primer ángulo del corredor, el rey percibió un perfume capaz de escitar el apetito del mas delicado gastrónomo.

—Ah! ah! qué olor es este, condesa! dijo deteniéndose.

—El de la cena, señor. Esperaba que me hubiéseis hecho el honor de cenar conmigo en Luciennes, y tomé mis medidas.

Aspiró repetidas veces Luis XV el apetitoso perfume, y reflexionando al mismo tiempo que su estómago le estaba dando señales de existencia; que se necesitaria media hora al menos para que despertasen sus cocheros; un cuarto de hora para enganchar; diez minutos para llegar

á Marly; que en Marly no le esperaban, y solo encontraria algunas prevenciones por si acaso; respiró segunda vez el halagüeño olorcillo, y se detuvo en la puerta del comedor, donde se veian dos cubiertos sobre una mesa espléndidamente alumbrada, y suntuosamente servida.

—Diantre! dijo Luis XV, qué buen cocinero teneis, condesa!

—Este era precisamente su primer ensayo, y el pobre diablo se habia esmerado para merecer la aprobacion de Vuestra Majestad. Es capaz de suicidarse como el pobre Vatel.

—De veras? dijo Luis XV.

—Hay principalmente una tortilla de huevos de faisán, con la cual esperaba....

—Qué lástima!

—Pues bien! condesa, no desairemos vuestro cocinero, dijo el rey sonriendo, y puede que mientras cenamos vuelva Zamora de su ronda.

—Esceleste idea! exclamó la condesa sin poder disimular su alegría al ver que se realizaban sus deseos. Entrad, entrad.

—Pero quién nos servirá? preguntó

el rey buscando inútilmente algún lacayo.

—Tan malo os parece el café cuando yo misma os lo presento?

—No, condesa; y aun diré que me gusta mucho mas, cuando sois vos quien lo hace.

—Pues entonces, acercaos.

—No veo mas que dos cubiertos! dijo el rey. No cena Chon?

—Sin la orden espresa de Vuestra Majestad no habriamos osado....

—Qué disparate! dijo el rey llevando él mismo un cubierto á la mesa, ven querida Chon, ponte ahí, frente á nosotros.

—Señor.... dijo Chon.

—Si, échala de humilde y obediente vasalla: hipócrita! Colocaos aqui, condesa, junto á mí.

—Qué perfil tan bellissimo teneis!

—Hasta ahora no lo habíais reparado señor Francia?

—Como tengo la costumbre de miraros siempre de frente! No hay remedio, vuestro cocinero es hombre que lo entiende. Qué pepitoria!

—Conque hice bien en despedir al otro?

—Sin duda.

—Entonces, por qué no seguís mi ejemplo? saldríais también ventajoso....

—No os entiendo.

—Que he despedido á mi Choiseul, despedid el vuestro.

—Nada de política, condesa, servidme Madera, dijo Luis XV alargando su vaso.

La condesa tomó una botella y sirvió á Luis XV.

La presión puso blancos los dedos, y sonrosadas las uñas de la graciosa copera.

—Seguid echando, condesa, así; con tiento, dijo el rey.

—Para no enturbiar el licor?

—No, para estar mucho tiempo viendo vuestra mano.

—Está visto! Vuestra Majestad se ha empeñado esta noche, en hacer descubrimientos.

—Si hasta creo, repuso el rey volviendo á su acostumbrada alegría, que estoy ya á punto de descubrir...

—Otro mundo? preguntó la favorita.

—No! no soy tan ambicioso, me basta

con un reino: pero.... una isla, algun rinconcito de tierra, algun cerro encantado, con un palacio cuya Armida fuese una hermosa amiga mia, y cuya puerta, quedase custodiada por monstruos de todas clases, cuando se me antojara olvidarlo todo.

—Justamente! repuso la condesa presentando una garrafa de vino de Champagne helado, aquí teneis una invencion que Vuestra Majestad aun no conoce. Esta es agua cojida en el Leteo.

—En el Leteo! de veras, condesa?

—Si señor; ese pobre Juan me la trajo de los infiernos, donde ha estado á pi- que de quedar para siempre.

—Vaya por su feliz resurreccion! condesa, dijo el rey elevando su vaso; per repito que nada de política.

—No tengo nada que decir entonces pero si Vuestra Majestad que se luce tanto contando cuentos, quisiera referirne uno....

—No; pero voy á recitaros unos versos.

—Unos versos! exclamó la favorita.

—Sí unos versos.... Qué encontra

de extraño en eso?

—Que nunca le han gustado á Vuestra Majestad.

—Ya lo creo! Si de cien mil que se fabrican, los noventa mil son contra mí.

—Y los que Vuestra Majestad vá á recitarme, pertenecen á los diez mil que no han podido alcanzar su perdon para los otros noventa mil?

—No, condesa, los que voy á recitaros están dirigidos á vos.

—A mí?

—Si, condesa.

—Por quién?

—Por Mr. de Voltaire.

—Y ha encargado á Vuestra Majestad....

—No, no; los enviaba directamente á Vuestra Alteza.

—Sin carta?

—Al contrario, venian acompañados de una carta muy espresiva.

—Ah! ya entiendo: Vuestra Majestad habrá estado trabajando esta mañana con su director de correos.

—Justamente.

—Veamos, señor, esa composición de Mr. de Voltaire.

—Desdobló Luis XV un papelito, y leyó:

Oh madre de las gracias! Diosa de los placeres
A las fiestas de Paphos, por qué quieres mezclar,
Atroces amarguras, crueles padeceres,
De un héroe la ruina furiosa meditar?

Ulises de su patria, es el orgullo, Diosa;
El es el firme apoyo del fuerte Agamenon,
Y de su altivo jenio la fuerza prodijosa
Enfrena los valientes que guardan à Ilión.

Los Dioses del Olimpo sométanse à tu imperio,
Reine Venus do quiera poderosa, sin par;
Tu célica sonrisa en el alto hemisferio
Haga cual bellas flores los placeres brillar.

Tan férvidas plegarias no escuches con desvío,
Haz de su fiero enojo à Neptuno ceder.

A Ulises no persigas con tu furor impío,
El hará con su gloria à Troya perecer.

Ese insigne caudillo que tú Venus humillas,
Y que al peso se agovia de tu enojo feroz,
Adora las beldades, y escucha de rodillas
Las dulces vibraciones de su sonora voz.

—Está visto! dijo la condesa mas
ofendida que agradecida del poético obse-
quio, está visto que Mr. de Voltaire pre-
tende reconciliarse con Vuestra Majestad.

—Si así es, se empeña en valde, con-
testó Luis XV, porque es tan tramollon que
me lo revolveria todo si entrase en Pa-
ris. Que se vaya con mi primo Federico
2.º que es amigo suyo. Bastante nos dá
que hacer Mr. Rousseau: pero guardad
estos versos, condesa, y meditadoslos bien.

Tomó el papel la condesa, lo enrolló,
y colocó junto à su plato.

El rey la miraba mientras tanto.

—Vamos, señor, dijo Chon, un poco
de Jockey.

—Viene de las bodegas de Su Majestad el emperador de Austria, dijo la condesa: bebedle con confianza.

—Cómo! de las bodegas del emperador! dijo el rey, solo yo lo tengo de allí.

—Ya, pero me le ha dado vuestro despensero.

—Lo habeis seducido?

—No, se lo hé mandado.

—Bien contestado: el rey es un necio.

—Ah! si, pero el señor Francia.....

—El señor Francia tiene al menos la sencillez de amaros con todo su corazon.

—Ah! ojalá fuéreis siempre el señor Francia y nada mas.

—Condesa, que no trateis de política

—Quiere Vuestra Majestad café? preguntó Chon.

—Sin duda.

—Y lo hará Vuestra Majestad arde como de costumbre? preguntó la condesa

—Si no se opone á ello la señora de castillo....

La condesa se levantó.

—Qué haceis?

—Voy á servir á Vuestra Majestad

—Vamos, dijo el rey, recostándose en su silla, como hombre que ha cenado perfectamente, y cuyos humores ha puesto en completo equilibrio una buena comida: vamos condesa, no puedo hacer cosa mejor que dejaros obrar como gustéis.

Trajo la favorita sobre una estufilla de plata una cafetera que contenia el humeante Moca; y luego presentó al rey en un plato, una taza de plata sobredorada, junto á la cual dejó un papel enrollado en forma de pajuela.

Calculó Luis XV su azúcar con la profunda atención que de costumbre prestaba á esta operación, midió después el café, y echando lentamente el ron, para que el alcohol sobrenadase, cojió el papelito que encendió en la bujía, y comunicó la llama al licor inflamable arrojándole inmediatamente en la estufilla, donde acabó de consumirse.

Cinco minutos después, saboreaba su café con toda la voluptuosidad de un gastrónomo consumado.

Nada dijo durante este tiempo la favorita; pero luego que hubo apurado la

última gota exclamó:

—Qué lástima, señor! habeis encendido vuestro café con los versos de Mr. de Voltaire. Qué desgracia para los Choiseul.

—Me equivocaba, contestó Luis XV riéndose, cuando os tenía por una hada ya veo que sois un demonio.

—Señor, si quereis, dijo la favorita levantándose, preguntaré si ha vuelto el gobernador.

—Quién, Zamora? Psi.... y para qué.

—No pensais ir á Marly.

—Es cierto, contestó el rey, haciendo un esfuerzc para alejar de sí, aquel dulce encanto, bien condesa, veamos si ha vuelto.

Hizo Mme. Dubarry una seña á Choiseul y esta desapareció.

Volvió de nuevo Luis XV á emprender su investigacion, aunque en una situacion de espíritu muy diferente del que habia precedido al principio de su pesquisa. Los filósofos han dicho, que la manera triste ó alegre con que el hombre mira las cosas, depende casi siempre del estado de su estómago.

Y como tienen los reyes el estómago de hombres, menos buenos en general que los de sus súbditos, pero que comunican su bien ó mal estar al resto del cuerpo exactamente como los demas, mostrábase el rey de tan buen humor, cuanto le pueden tener los reyes.

Apenas habia Luis XV dado diez pasos por el corredor, cuando un nuevo perfume salió á su encuentro.

Acabábase de abrir la puerta de una magnífica pieza, colgada toda de raso azul, recamado de flores naturales, pudiéndose descubrir alumbrada por una luz misteriosa, la alcoba hacia la cual, hacia ya dos horas que la linda encantadora procuraba llevar á Luis XV.

—Continuamos encerrados, dijo aquella, pues segun parece no ha vuelto todavía Zamora, y á menos que nos escapemos del castillo por las ventanas.

—Con las sábanas de la cama? preguntó el rey.

—Señor, dijo la favorita con adorable sonrisa, se puede usar sin abusar.

—Abrió el rey los brazos riéndose,

y la condesa dejó caer la linda rosa, que se deshojó rodando sobre la alfombra.

CAPÍTULO XXXIV.

Voltaire y Rousseau.

La alcoba de Luciennes, era una maravilla, tanto por su construccion, como en su adorno.

Situada hacia la parte de Oriente estaba tan herméticamente cerrada con persianas doradas, y cortinas de raso, que jamás podia penetrar la luz, sin obtener antes permiso como un cortesano.

Ventiladores invisibles ajitaban durante el estio un aire cernido, semejante al que pudieran producir miles de abanicos.

Eran las diez, cuando salió el rey de la cámara azul, y hacia ya una hora que sus carruajes le aguardaban en el patio principal.

Zamora, con los brazos cruzados, daba ó finjía dar órdenes.

El rey se asomó á la ventana, y v

todos estos preparativos de viaje.

—Qué es esto, condesa? preguntó: no almorzamos? Quereis tal vez despedirme en ayunas?

—No por cierto, señor, repuso la favorita; pero como creia que Vuestra Majestad tenia cita en Marly con Mr. de Sartines. . .

—Si, pero me parece seria mejor avisarle que viniese aquí: está tan cerca!

—Vuestra Majestad me hará el honor de creer, dijo la condesa sonriendo, que no es el primero á quien le ha ocurrido esa idea.

—Y además, la mañana está demasiado hermosa para trabajar: almorcemos.

—Espero sin embargo, me concedais algunas firmas.

—Para Mme. de Bearn?

—Justamente; y señaleis dia.

—Para qué?

—Y hora.

—Qué hora?

—El dia y la hora de mi presentacion.

—No puedo negar que la habeis ganado bien, condesa! Fijad vos misma el dia.

—Cuanto mas próximo, sería mejor.

—Conque todo está ya corriente?

—Sí.

—Habeis aprendido á hacer las tres reverencias?

—Ya lo creo! Un año há que las estoy estudiando.

—Teneis traje?

—En veinte y cuatro horas está hecho.

—Y madrina?

—La espero dentro de una hora.

—Bien! pues hagamos un trato.

—Cuál?

—Que no volvereis á hablarme del lance del vizconde con el baron de Taverney.

—Conque sacrificamos á mi pobre hermano?

—Es preciso, condesa.

—Pues bien, me conformo.... Señalad ahora el dia.

—Pasado mañana.

—A qué hora?

—A las diez de la noche, como es costumbre.

—Tratado?

—Tratado.

—Palabra de rey?

—A fé de caballero.

—Esos cinco, Francia, dijo la favorita presentando su mano á Luis XV, quien dejó caer sobre ella la suya.

Todo Luciennes participó aquella mañana de la alegría del rey. Habia cedido en un punto sobre el cual ya hacia tiempo estaba resuelto á ceder, ganando sin embargo infinitamente en otro. Daria cien mil libras á Juan, con condicion de que fuese á jugarlas á los baños de los Pirineos ó de Auvornia; y esto pasaria por un destierro á los ojos de los Choiseul. Hubo luises de oro para los pobres, bizcochos para las carpas, y eloijos para las pinturas de Boucher.

Sin embargo de haber perfectamente cenado la víspera, Su Majestad almorzó con gran apetito.

Entretanto dieron las once y la condesa miraba sin cesar el reloj que segun sus deseos, caminaba con demasiada lentitud. El rey mismo se habia tomado la molestia de decir, que cuando llegara Mme. de Bearn, se la introdujese en el comedor.

Pero contra las esperanzas de la favorita se hizo el café, y se bebió con mucho sosiego, sin que su madrina llegase.

Resonó á las once y cuarto, el galope de un caballo en el patio.

Asomóse presurosa la condesa, mientras un emisario del vizconde se apeaba de un caballo empapado en sudor.

La favorita se puso á temblar llena de inquietud; pero como para conservar al rey en sus buenas intenciones, era preciso que no conociese su turbacion, volvió á sentarse inmediatamente á su lado.

A poco, se presentó Chon con una esquila en la mano.

No habia medio de retroceder; era indispensable leerla.

—Qué es eso, querida? preguntó el rey, alguna carta amorosa?

—Justamente, señor.

—Y de quién és?

—Del pobre vizconde.

—De veras?

—Vedlo si nó.

Efectivamente el rey, reconoció la letra, y temiendo que tal vez se tratase en aquella carta de la aventura de La-Chaussée:

—Basta, basta, dijo apartándola, quedo satisfecho.

La condesa estaba en ascuas.

—Es para mí? preguntó.

—Si, hermana.

—Permite Vuestra Majestad?...

—Sin duda, leed. Chon me contará un cuento mientras tanto, repuso Luis XV sentándola sobre sus rodillas, y cantando con la voz mas disonante de su reino, como decia Juan Jacobo:

*Mi servidor he perdido
y con él toda mi dicha...*

.

Retiróse la favorita al hueco de una ventana y leyó:

—«No aguardes á la pícara vieja, «pues dice que no puede salir, pretestando haberse quemado anoche un pie. A «Chon puedes agradecer este contratiempo, por su oportuna visita de ayer: la

«maldita bruja la conoció, y por eso nos «dá este chasco.

«Bien puede dar gracias á Dios ese «pelon de Jilberto, que de todo tiene la «culpa; si no se hubiese perdido, ya le «hubiera yo retorcido el pescuezo; pero «que esté alerta, pues vá á llevar una «buena felpa si le encuentro.

«En fin, ven pronto á París, ó per- «demos cuanto hemos hecho.

«Juan.»

—Qué es eso? preguntó el rey que sorprendió la súbita palidez de la condesa.

—Nada, señor; un boletín de la salud de mi cuñado.

—Y sigue mejor?

—Cada vez mejor, replicó la favorita. Tantas gracias. Pero oigo un coche que entra en el patio?

—Será tal vez la condesa?

—No señor, es Mr. de Sartines.

—Adonde vais? preguntó Luis XV viendo que Mme. Dubarry se encaminaba hacia la puerta.

—Paso á mi tocador, para dejaros solo con él.

—Y Mme. de Bearn?

—Tan luego como llegue, tendré el honor de avisar á Vuestra Majestad, repuso la condesa estregando la carta en el fondo del bolsillo de su blusa.

—Conque me abandonais, condesa? preguntó Luis XV con un melancólico suspiro.

—Hoy es domingo, repuso la favorita, esas firmas! esas firmas!...

Y presentó al rey sus sonrosadas mejillas, en cada una de las cuales estampó aquel un beso.

En seguida salió del comedor.

—Cargue el diablo con las firmas, dijo Luis XV, y con los que vienen á buscarlas! Quién habrá inventado los ministros, las carteras, y el papel sellado!

Apenas habia el rey concluido esta maldicion, cuando al mismo tiempo entraron el ministro y la cartera, por la puerta opuesta á la que diera salida á la condesa.

Arrojó el monarca otro suspiro, mas melancólico aun que el primero.

—Hola! Ya estais aquí Sartines? qué esacto sois!

Pronunció de tal modo esta frase, que difficilmente habriase podido conocer, si contenia un elogio, ó una reconvencion.

Abrió el ministro su cartera, apresetándose á sacar los papeles, cuando se oyó rodar un carruaje sobre la arena de la alameda.

—Aguardaos, Sartines, dijo Luis XV encaminándose presuroso hacia la ventana.—Qué veo! añadió con admiracion, se marcha la condesa?

—Si señor, repuso el ministro.

—Creí que esperaba á Mme. de Bearn.

—Me inclino á creer, señor, que cansada ya de aguardar, irá en persona á buscarla.

—Ya, pero como habia quedado en venir esta mañana....

—Estoy casi seguro que no vendrá.

—Cómo, Sartines! vos tambien sabiais eso?

—Es preciso que sepa un poco de todo para tener contento á Vuestra Majestad.

—Pues qué ha sucedido? Contádmelo Sartines.

—A la vieja?

—Si.

—Lo que siempre sucede: que se han encontrado dificultades.

—Pero, en fin, vendrá ó no vendrá?

—Hum! hum! Mas bien le hubiera podido asegurar eso ayer que hoy.

—Pobre condesa! exclamó Luis XV sin poder sin embargo ocultar un rayo de alegría que brilló en sus ojos.

—Ah! señor. El pacto de familia y la cuádruple alianza, eran bien poco, comparados con esta presentacion.

—Pobre condesa! repitió moviendo la cabeza el monarca. Nunca llegarán á realizarse sus planes.

—Mucho lo temo, como Vuestra Majestad no se enfade.

—Ya creia haberlo logrado!...

—Y lo peor, continuó el ministro, es que si no la presentan antes que llegue la princesa, es muy probable que nunca la presenten.

—Teneis razon, Sartines, es mas que

probable. Dicen que mi nuera es muy devota y muy severa. Pobre condesa!

—Convengo en que Mme. Dubarry tendrá un sentimiento muy grande si no la presentan, pero tambien es verdad que Vuestra Majestad se ahorrará no pocos disgustos.

—Por qué?

—Porque no se dará ese pretesto de murmurar, á los envidiosos, á los maldicientes, á los copleros, á los aduladores y á las gacetas. Si la condesa es presentada, tendremos que gastar cien mil francos mas, en policia secreta.

—De veras, Sartines? Pobre condesa! Tiene tanto empeño!

—Si Vuestra Majestad lo manda, se cumplirán sus deseos.

—Qué habeis dicho! exclamó Luis XV. Puedo yo acaso mezclarme de buena fé en esos asuntos? Puedo yo firmar una orden, para que hagan favor á la condesa? Y sois vos, Sartines, vos el hombre de talento quien me propone dar un golpe de estado para satisfacer caprichos de una mujer?

—Oh! no por cierto, señor. Me contentaré diciendo como Vuestra Majestad. Pobre condesa!

—Ademas, añadió el monarca, que aun no está todo perdido, y vos Sartines mirais las cosas bajo su peor aspecto. Quién dice que Mme. de Bearn no mudará de parecer? Quién asegura que la princesa llegará tan pronto? Faltan aun cuatro dias antes que entre en Compiègnes, y en cuatro dias se puede hacer mucho....

—Conque trabajaremos hasta mañana, Sartines?

—No hay mas que tres firmas, contestó el subdelegado sacando un papel de su cartera.

—Ah! exclamó el rey, es un auto de prision?

—Sí señor.

—Contra quién?

—Véalo Vuestra Majestad.

—Contra el señor Rousseau? Quien es este Rousseau, Sartines? qué ha hecho?

—El *Contrato Social*, señor.

—Ah! ah! conque es contra Juan Jacobo? y quereis encerrarle en la Bastilla?

—Señor, anda escandalizando....

—Y en qué quereis que se entretenga?

—En fin, yo tampoco pretendo encerrarle ahora.

—Pues para qué quereis esa orden?

—Para que esté pronta para cuando se ofrezca.

—No creais tal vez que me intereso por esos filósofos, añadió Luis XV.

—Sobrada razon tiene Vuestra Majestad para no hacerlo, repuso Sartines.

—Pero es preciso tener presente que podrán alzar el grito; ademas, yo creí que estaba en Paris con autorizacion.

—En efecto, señor, pero con la condicion de que no se presentaría en público.

—Y se presenta?

—A cada instante.

—Con su traje de armario?

—Oh! no señor, le hemos prohibido usarlo.

—Y ha obedecido?

—Sí, pero protestando contra esta órden.

—Como viste ahora?

—Como todos, señor.

—Entonces no me parece grande el escándalo.

—Que no? Sabeis señor donde concurrir diariamente ese hombre, à quien se le ha prohibido presentarse en público?

—A casa del mariscal de Luxemburgo.... de Mr. de Alembert.... de Mme. de Epinay?...

—No señor, al café de la Rejencia!... donde juega todas las noches al ajedrez, por obstinacion únicamente, porque siempre pierde. Yo necesito una brigada solo para observar los grupos que se forman alrededor de la casa!

—Ya veo, exclamó el rey, que los parisienses son aun mas estúpidos de lo que yo me figuraba. Dejadlos en paz, Sartines, y que se entretengan jugando; ese tiempo menos murmurán contra la miseria.

—Ya, pero y si se le antoja cualquier dia pronunciar discursos por el estilo de los de Lóndres?

—Ah! entonces, habria delito, y delito público, en cuyo caso no sería necesario el mandamiento de arresto. Esta-

mos, Sartines?

Conoció el ministro que el rey no queria aceptar la responsabilidad de la prision de Rousseau, y no insistió mas sobre este asunto.

—Entonces, señor, continuó el subdelegado, tratemos de otro filósofo.

—De otro? repitió el rey como disgustado: no lograremos acabar nunca con ellos?

—Ay señor! ellos son los que no pararán hasta acabar con nosotros.

—Y de quién se trata?

—De Mr. de Voltaire.

—Tambien ha vuelto á Francia?

—No señor, y mas valdria tal vez que asi fuera, porque siquiera, podriamos vijilarle.

—Y qué ha hecho?

—Él nada; pero sus partidarios, tratan nada menos que de erijirle una estatua.

—Ecuestre?

—No señor, aunque es un famoso conquistador.

Luis XV se encojió de hombros.

—No he visto otro semejante á él desde Poliorcete, continuó Mr. de Sartines, tiene espías en todas partes, y en todas partes entra; las personas mas ilustres de vuestro reino se dedican al contrabando para introducir sus obras. Hace unos cuantos dias que embarqué ocho cajas llenas, y dos venian dirigidas á Mr. de Choiseul.

—Oh! es un autor muy divertido.

—Ya, pero mientras tanto, observe Vuestra Majestad que hacen por él lo que por los reyes: le votan estátuas.

—A los reyes nadie se las vota, Sartines, sino ellos mismos. Y quién está encargado de tan linda obra?

—El escultor Pigale, que ha marchado á Ferney para hacer el modelo, y mientras tanto, llueven las suscripciones. Ya tienen seis mil escudos, debiéndose tener presente, que solo los literatos tienen derecho á suscribirse. El mismo Mr. Rousseau ha contribuido con dos luises.

—Y qué quereis que hagamos? preguntó Luis XV. Yo no soy literato, y no debo mezclarme en eso.

—Yo habia pensado, contestó Mr. de Sartines, proponer á Vuestra Majestad, prohibiese esas demostraciones.

—Qué disparate, Sartines! La votarían entonces de oro en vez de bronce. Dejadlos: mas feo ha de estar todavia en bronce, que en carne y hueso.

—Luego Vuestra Majestad desea que el proyecto siga adelante?

—Desear?... Entendamos, Sartines, esa no es la palabra conveniente. Sería muy natural que yo procurase evitarlo todo; pero conozco que es imposible. Pasaron los tiempos en que los reyes podían decir al espíritu filosófico, como Dios al Occéano: «No pasarás de aquí;» gritar sin resultado, amenazar sin herir, sería manifestar nuestra impotencia. Apartemos la vista, Sartines, y finjamos que no vemos.

El subdelegado contestó lanzando tristemente un suspiro:

—Una vez, señor, que no castigamos á los hombres, destruyamos al menos sus obras. Hé aqui una lista de las que es preciso denunciar: unas atacan al trono,

y otras la Iglesia, las unas son rebeldes, y sacrílegas las otras.

Tomó el monarca la lista, y leyó con voz apagada: El Sagrado Contájio, ó Historia natural de la supersticion: Sistema de la naturaleza, ó Leyes del mundo físico y moral: Dios y los Hombres, ó Discursos sobre los milagros de Jesucristo: Instrucciones del Capuchino de Ragusa á Fray Peduicloso, al partir para la Tierra-Santa....

Aun no habia llegado Luis XV á la cuarta parte de la lista, cuando soltó el papel; sus facciones, serenas de ordinario, tomaron una singular espresion de tristeza y desaliento, y permaneció, durante algunos instantes, pensativo, absorto y como anonadado.

—Sería preciso renovar el mundo, Sartines, murmuró; que hagan otros la prueba.

Mirábale el subdelegado con esa inteligencia que tanto gustaba á Luis XV encontrar en sus ministros, porque se ahorraba el trabajo de pensar y ejecutar.

—Tranquilidad, no es así, señor?

tranquilidad, no es eso lo que el rey desea?

Este balanceó de arriba abajo su cabeza, y dijo:

—Pero, Dios mio! pretendo yo acaso otra cosa de esa turba de filósofos, enciclopedistas, taumaturgos, iluminados, poetas, economistas y folletistas, que saliendo de no sé donde, bulle, escribe, grazna, calumnia, calcula y predica? Que los coronen, que les erijan estatuas y les edifiquen templos; pero que me dejen descansar en paz.

Levantose Sartines, saludó al rey, y salió murmurando entredientes:

—Por fortuna, nuestra moneda dice: *Domine, salvum fac regem.*

Habiéndose quedado solo Luis XV, tomó una pluma, y escribió al príncipe las siguientes líneas:

«Me habeis pedido que acelere el viaje de la princesa, y voy á complaceros.

«He mandado que no se detenga en Noyon, debiendo llegar, por consiguiente, el martes por la mañana á Compiègnes.

«Yo mismo estaré allí á las diez en

«punto, es decir, un cuarto de hora antes que ella.»

—Y de este modo, prosiguió hablando consigo mismo, me verá libre de esa maldita presentacion, que me tiene mas fastidiado que Voltaire, Rousseau, y todos los filósofos habidos y por haber. La cuestion será entonces entre la pobre condesa, el príncipe y la princesa. Ya es tiempo, pardiez, que recaigan los disgustos, los odios y las venganzas, sobre personas jóvenes que tienen fuerza para luchar. Aprendan á sufrir los niños, que así se forma la juventud.

Y alegre por haber vencido de aquel modo todas las dificultades, y seguro además de que nadie podría acusarle de haber favorecido ó estorbado la presentacion, de que todo el mundo hablaba en Paris, montó en su coche, y partió para Marly, donde le aguardaba toda su corte.

CAPÍTULO XXXV.

Madrina y Abijada

La pobre condesa! (conservemos el epíteto que la diera el rey, pues le merecía ciertamente en aquel momento) corría como alma en pena por condición á Paris.

Chon tan aterrada como su hermana ocultaba con el penúltimo párrafo de la carta de Juan en Luciennes su dolor é inquietud, maldiciendo la fatal idea que la hiciera recojer á Jilberto en el camino real,

Al llegar la favorita al puente de Antin construido en el albañal que desembocaba en el rio, rodeando á Paris desde el Sena hasta la Roqueta, encontró un carruaje que la estaba aguardando.

Dentro estaba el vizconde acompañado de un procurador, con el cual al parecer sostenía una disputa acalorada.

Al punto que divisó á la condesa, el vizconde se separó del procurador, y se apeó haciendo seña al cochero de su hermana de que parase:

—Prontito hermano! gritó, sube pron-

to en un carruaje, y corre á la calle de San-Germain-des-Prés.

—Conque se burla de nosotros la vieja? dijo Mme. Dubarry cambiando de coche mientras hacía lo mismo el procurador obedeciendo un ademan del vizeconde.

—Así lo creo, condesa, querrá tal vez pagarnos con igual moneda.

—Pero qué ha sucedido?

—Esto, en dos palabras. Me quedé en Paris porque siempre desconfío, y ya ves que con razon. Al dar las nueve me puse en acecho frente á la posada del Gallo Cantante sin advertir el menor movimiento ni la menor visita capaz de alarmarme; de consiguiente, creí poder retirarme y dormir. Me marchó y me acuesto.

Despierto hoy al rayar el dia, llamo á Patricio, y le mando que vaya á ponerse de centinela en la esquina.

A las nueve, (ya ves que era una hora antes de la prefijada) fuí allá en coche: nada habia visto Patricio, subo pues la escalera bastante confiado. En la puerta me detiene una criada y me dice que la condesa no puede salir hoy y acaso ni

en una semana.

Confieso que iba preparado para cualquier desgracia, menos para esta.

—Cómo que no sale! exclamé; pues qué tiene?

—Está enferma.

—Enferma? No es posible! Si ayer estaba tan buena.

—Cierto es: pero la señora acostumbra hacerse ella misma el chocolate y esta mañana, cuando ya hervía, se lo dejó caer sobre un pie, y se le abrazó todo. Acudí á los gritos que daba, y la encontré casi sin conocimiento. La llevé á su cama, y ahora creo que está durmiendo.

Me puse palido como tu encaje, condesa y grité:

—Eso es mentira!

—No, mi querido señor Dubarry, contestó con triste y doliente voz la condesa, no es mentira; ay! sufro horriblemente.

—Precipítome hacia el lugar donde salía la voz pasando al través de una vidriera que no quería abrirse, y me veo á la vieja que estaba efectivamente metida en su cama.

—Ay! Señora.... exclamé.

—No pude articular mas palabras: estaba desesperado, y la hubiera de buena gana allí mismo ahogado.

—Ahí teneis señor vizconde, me dijo señalando un tiesto que habia tiradō en el suelo, ahí teneis la cafetera que ha causado todo el daño.

—Esta? dije saltando á piés juntillas sobre ella, por vida de.... que no ha de hacer mas chocolate.

—Qué lástima! exclamó la vieja con voz dolorida. Mme. de Alogny tendrá sin remedio que presentar á vuestra señora hermana. Este es el destino! como dicen los Orientales.

—Ah! Juan: yo pierdo todas las esperanzas.

—Pues yo no, si te presentas á ella, y para eso he venido á buscarte.

—Y en qué confias?

—En que puedes lo que yo no puedo: en que eres mujer y mandándola quitar la venda del pié, se descubre la impostura. Amenazándola entonces de que su hijo será un pelon toda su vida, y de

que nunca percibirá un cuarto de la herencia de los Saluces, podrás representar las imprecaciones de Camila, con más verosimilitud, que yo los furores de Orestes.

—Y ahora gastas chanzas? preguntó la favorita.

—Bien sabe Dios que no estoy para ellas.

—Dónde vive nuestra Sibila?

—No lo sabes? En el *Gallo Cantante* calle San-Germain-des-Près, en un oscuro caseron que tiene un gallo enorme pintado en una muestra de cobre. Cuando rechina el cobre, el gallo canta.

—Va á ser una escena terrible.

—Es preciso; soy de opinion que debemos arrostrarla. Quiéres que te acompañe?

—No por cierto, lo echarias á perder todo.

—Oye para que te sirva de gobierno lo que me ha dicho nuestro procurador á quien acabo de consultar. Pegar á una persona en su casa, se castiga con multa y cárcel. Pegarle fuera...

—Con nada; mejor lo sabes tú que nadie.

—Hizo el vizconde un jesto, que podía pasar por una sonrisa.

—Ay! las deudas que se pagan tarde, devengan muchos intereses; si algun dia encuentro ese hombre....

—Hablemos ahora de esa mujer, vizconde.

—Nada mas tengo que decirte; adios y vete!

Juan se apartó para dejar pasar el coche.

—Donde me aguardas?

—En la misma posada: pediré una botella de vino, y si necesitas auxilio, subiré.

—Arrea, cochero! gritó la condesa.

—Calle San-Germain-des-Pres, posada del Gallo Cantante, añadió el vizconde.

El coche partió con rapidez, cruzando los campos Eliseos.

Un cuarto de hora despues se paraba junto á la calle Abbatiale, y el mercado de Santa Margarita.

Apeóse la favorita temiendo que el ruido del carruaje pusiese sobre aviso á la

astuta vieja, que estaría indudablemente en acecho, y pudiese ocultándose tras alguna cortina ver á su visitante, con tiempo suficiente para no verse precisada á recibirla.

En consecuencia, la condesa entró sola con un lacayo que la iba siguiendo en la estrecha calle Abbatiale, que solo tenía tres casas. En la de en medio estaba la posada.

Entró Mme. Dubarry en aquel portal, que mas bien parecía la boca de una cueva.

Nadie la vió entrar; mas se encontró con la posadera al llegar al pié de la escalera.

—Mme. de Bearn? preguntó la favorita.

—Está muy enferma, y no puede recibir.

—Qué está enferma! repitió la condesa; justamente venía á informarme del estado de su salud.

Y tan lijera como un pájaro subió la escalera en menos de un segundo.

—Señora, señora, gritó la posadera, que van á forzar vuestra puerta.

—Quién? preguntó la litiganta desde el interior de su aposento.

—Yó, contestó la favorita presentándose repentinamente en el umbral, con una fisonomía perfectamente adecuada á las circunstancias, pues espresaba la sonrisa de política, juntamente con la contracción propia del sentimiento.

—Vos aquí! señora condesa, exclamó la vieja pálida de espanto.

—Si amiga mia; vengo á manifestaros el dolor que me ha causado vuestro accidente, del cual me han informado ahora mismo. Cómo ha sucedido? Contádmelo.

—Ay! ni aun me atrevo á ofrecer os un asiento en este zaquizamí.

—Ya sé que teneis un castillo en Turrena, y me hago cargo de lo que es parar en posada.

La favorita se sentó; y la vieja conoció que no era para poco tiempo.

—Os duele mucho? preguntó Mme. Dubarry.

—Horriblemente.

—Y es la pierna derecha? Válgame Dios! cómo os la habeis quemado?

—Del modo mas sencillo: tenía agarrada la cafetera, se me resbaló el man-

go de la mano, y un cuartillo de agua que contenía, cayó hirviendo sobre mi pié.

—Qué dolor!....

—¡Ay! sí, repuso exalando un suspiro la vieja; pero cómo ha de ser! siempre vienen juntas las desgracias.

—Sabeis que os estuvo aguardando el rey esta mañana?

—Jesus! cuánto lo siento, señora....

—Y que se resintió de que hubiéseis faltado?

—Pienso, tan luego como pueda, presentarme á Su Majestad y disculparme con mis padecimientos.

—Cuidado que no digo esto para apesadumbraros, añadió la favorita advirtiendo la sequedad de la vieja, sino para manifestaros lo mucho que Su Majestad apreciaba y agradecía vuestra visita.

—Ya veis mi posición, señora.

—Sin duda; pero quereis que os diga una cosa?

—Decidla, señora; tendré mucho gusto en oirla.

—Pues opino, y es muy probable, que esa desgracia ha de provenir de al-

guna fuerte emoción que habreis experimentado.

—No diré que nó, replicó la litiganta haciendo una reverencia con la parte superior del cuerpo: me causó mucha sensación, el honor que me hicisteis de recibirme con tanta amabilidad.

—Me figuro que aun ha de haber otro motivo.

—Otro? Que yo sepa, no señora.

—Vamos, si, cierto encuentro.....

—Mio?

—Si, al salir de casa.

—Señora, iba en el coche de vuestro señor hermano y á nadie encontré.

—Antes de subir á él.

La litiganta demostró, quedando pensativa, que procuraba recordar.

—Cuando bajábais los últimos escalones.

La vieja finjió mayor atencion.

—Si; continuó la favorita con sonrisa mezclada de impaciencia: cuando saliais, no entró una persona en casa?

—Disimulad, señora; estoy desmemoriada.... no recuerdo....

—Una mujer.... Ahora si que habeis caido.

—Soy tan corta de vista señora, que estais á dos pasos, y no os distinggo. Conque por ahí podeis juzgar.

—Está visto, puede mas que yo, dijo entre sí la condesa. Dejémonos de astucias, porque me vencería.

—Una vez que no habeis visto á esa señora, continuó en voz alta, voy á deciros quien era.

—Cuál? la que entró cuando yo salia?

—Justamente. Era mi cuñada, la señorita Dubarry.

—Ah! sea enhorabuena; pero como yo no tenia el honor de conocerla....

—Si; porque la habiais ya visto otra vez.

—Yo?

—Si, y tratado.

—A la señorita Dubarry?

—Si; á la señorita Dubarry: pero aquel dia se llamaba la señorita Flajeot.

—Ah! exclamó la vieja con una acriitud que no pudo disimular. Ah! conque la finjida señorita Flajeot, que vino á ver-

me y me hizo emprender el viaje, era vuestra cuñada?

—En persona.

—¿Iba enviada?...

—Por mí.

—Para chasquearme?

—No, para serviros, y para que me sirviéscis.

—Me figuro, dijo la vieja arrugando sus pobladas y cenicientas cejas, que no ha de serme muy provechosa esa visita.

—Os recibió tal vez mal Mr. de Maupeou?

—Nada... es un bendito.

—Me parece que he tenido también el honor de haceros algunas proposiciones bastante ventajosas.

—El hombre propone y Dios dispone.

—Quereis, señora, que hablemos formalmente? dijo Mme. Dubarry.

—Ya escucho.

—Os habeis quemado el pié?

—Viéndolo estais.

—Gravemente?

—De un modo espantoso.

—Y no podeis á pesar de esa herí-

da, que indudablemente será dolorosa, pero que no pueda ofrecer peligro, no podeis hacer un esfuerzo, soportar el movimiento del carruaje hasta llegar á Lu-ciennes, y estar de pié un segundo en mi gabinete delante del rey?

—No es posible señora, solo al pensar en levantarme, desfallezco.

—Tan terrible es esa quemadura?

—Terrible, si señora.

—Y quien os cura, os visita y asiste.

—Conservo, como toda persona que ha tenido casa, recetas para quemaduras, y me aplico un bálsamo que yo misma he compuesto.

—Y se puede, sin indiscrecion, ver ese específico.

—En ese frasco que veis sobre la mesa está.

—Hipócrita! dijo entre si la favorita, hasta que extremo ha llevado el disimulo! mucho se sostiene pero esperemos el desenlace.

—Yo tambien, añadió en voz alta, tengo un aceite admirable para esas heridas; mas no se puede aplicar sin exami-

narse, antes de qué clase es la quemadura.

—Como?

—Hay llagas, ampollas, y desolladuras, no sé medicina; pero quien no se ha quemado alguna vez en su vida?

—Señora, lo que yo tengo es desolladura, dijo la litiganta.

—Cuanto debe doleros, Dios mio! Quereis que os aplique mi aceite?

—Con mucho gusto, señora. Le traeis?

—No; pero le enviaré....

—Ah! tantas gracias.

—Ya! pero será indispensable que yo examine la gravedad de la herida.

Hizo la vieja un ademan de sorpresa y exclamó:

—Oh!... no señora, no quiero ofrecer á vuestra vista semejante espectáculo.

—Hola! pensó la favorita, ya la tengo cojida!

—Nada temais, continuó en voz alta, estoy familiarizada con las heridas.

—Sin embargo, señora, las leyes del decoro me prohiben....

—Cuando se trata de socorrer al prójimo, deben olvidarse esos miramientos.

Y diciendo esto, alargó precipitadamente su mano hacia la pierna que tenia la condesa apoyada en su sillón.

No la habia tocado aun, cuando un terrible y doloroso grito se escapó del pecho de la vieja.

—Muy bien representado, murmuró Mme. Dubarry, estudiando crispacion por crispacion, el descompuesto rostro de Mme. de Bearn.

—Me muero! gritaba esta. Ay, señora! qué susto he pasado!

Y cual si fuera á desmayarse, cayó hacia atrás, con la vista apagada y cubiertas de mortal palidez sus mejillas.

—Puedo continuar, señora? preguntó la favorita?

—Como gustéis, contestó con melancólico acento la litiganta.

La condesa quitó, sin perder tiempo, el alfiler que sujetaba los primeros paños que envolvian la pierna, y desató rápidamente la venda.

Concluyó con gran sorpresa su operacion, al ver que la vieja no oponia resistencia alguna.

—Aguarda tal vez que llegue al cabezal, para lanzar nuevos gritos, dijo entre sí la condesa; pero primero la ahogo, que dejar de verla la pierna.

Y prosiguió su operacion.

La litiganta continuaba quejándose; mas no hizo el menor movimiento,

Alzado el cabezal, una verdadera llaga se presentó á los ojos de Mme. Durberry: allí no habia ficcion. La quemadura, livida y sanguinolenta, hablaba elocuentemente. Bien podia Mme. de Bearn haber visto y conocido á Chon; pero entonces se elevaba á la altura de Porcia y Mucio Scevola.

Tal fué la admiracion de la favorita, que no le permiti6 pronunciar ni una sola palabra.

Vuelta en sí la vieja, gozaba plenamente de su victoria, clavando triunfante sus pardos ojos en la condesa, arrodillada á sus piés.

Volvió esta á colocar el cabezal, con el delicado esmero, propio de las mujeres, cuya mano es tan lijera para un herido; y poniendo de nuevo sobre el al-

mohadon la pierna de la litiganta, dijo, sentándose á su lado:

—Ya veo señora, que sois mas fuerte de lo que yo pensaba, y os suplico me perdoneis, de no haber entrado desde luego en la cuestion, como convenia á una mujer de vuestro mérito. Decid vuestras condiciones.

Chispearon los ojos de la vieja; pero aquel brillo pasajero como el del relámpago, desapareció al momento.

—Manifestad con claridad vuestros deseos, contestó, y veré en qué puedo complaceros.

—Quiero, repuso la condesa, que me presenteis en Versalles, aun cuando os cueste una hora, de los terribles tormentos, que habeis sufrido esta mañana.

Mme. Bearne escuchó sin pestañear.

—Y que mas?

—Nada: hablad vos ahora.

—Y yo quisiera, replicó la litiganta con una firmeza que probó claramente á la condesa que trataba de potencia á potencia, yo quisiera que se me asegurasen las doscientas mil libras de mi pleito.

—Pero si le ganais, serán cuatrocientas mil.

—No, porque cuento como mias, las doscientas mil que me disputan los Saluces. Las otras serán como un regalo agregado al honor de haberos conocido.

—Bien! se os daran esas doscientas mil libras. Qué mas, señora?

—Tengo un hijo á quien amo con ternura. Los Bearn han llevado siempre honrosamente la espada, y nacidos para mandar, son, como debeis conocer, malos soldados. Quiero en el acto una compañía para mi hijo, y un despacho de coronel para el año que viene.

—Pero quién sostendrá ese regimiento, señora?

—El rey, porque si gasto en él las doscientas mil libras de mi beneficio, me quedaré mañana tan pobre como hoy.

—De modo que ya eso asciende á seiscientas mil.

—Cuatrocientas mil, suponiendo que el rejimiento valga doscientas mil, que es apreciarle muy caro.

—Corriente, quedaréis servida.

—Tengo tambien que pedir al rey la restitucion de mi viña de Turena: cuatro fanegas de tierra, que los injenieros reales me quitaron para el canal, hace dos años.

—Os las pagarian.

—Sí, pero lo que opinaron los peritos, y justamente las tasaba yo en el doble que ellos.

—Conforme, os la pagarán segunda vez. Queda algo?

—Sí señora. Como es de suponer, estoy ahora bastante atrasada, y tengo con Mr. Flajeot una cuentecita pendiente, que importa nueve mil libras.

—Nueve mil libras!

—Oh! esto es indispensable! Mr. Flajeot es un escelente consejero.

—Ya lo creo, dijo la favorita. Bien, pagaré esa deuda de mi propio peculio. Creo que he sido bastante complaciente.

—Ah! sois en extremo bondadosa; por mi parte creo haberos probado tambien mi buena voluntad.

—Si supiérais cuánto siento esa quemadura! dijo sonriendo Mme. Dubarry.

—Pues yo nó, replicó la litiganta,

porque á pesar de ella , esperó que mi afecto me dará fuerzas, para servirlos como si nada hubiese sucedido.

—Reasumamos, dijo la favorita.—

—Poco   poco.

—Habeis olvidado algo?

—Una menudencia.

—Veamos.

—Nunca esper  presentarme   nuestro gran soberano. Ay de mí! ya hace largo tiempo que Versailles y sus esplendores han cesado de serme familiares; de suerte que estoy sin traje.

—Habia previsto ese caso, señora, y tan luego como nos separamos ayer , se principi  un vestido de presentacion para vos, cuidando de encargarle   otra modista distinta de la mia, para que tenga menos trabajo. Para mañana   medio dia, quedar  concluido.

—Tampoco tengo alhajas.

—Los señores B mer y Bossange, os darán mañana, por orden mia, un aderezo de doscientas diez mil libras, que recibirán pasado mañana por doscientas mil. De este modo, vuestra indemniza-

cion quedará satisfecha.

—Muy bien, señora: nada mas tengo que desear.

—Yo me alegro mucho.

—Y el despacho de mi hijo?

—Su Majestad mismo os lo entregará.

—Y la promesa de los gastos para la adquisicion del rejimiento?

—En el despacho irá incluida.

—Perfectamente. Solo nos resta tratar ahora de mis viñas.

—En cuanto apreciáis esas cuatro fanegas, señora?

—En seis mil libras cada una. Son tierras sobresalientes.

—Voy á firmar una obligacion de doce mil libras, que con las doce mil que ya habeis recibido, forman justamente las veinte y cuatro mil.

—Ahi teneis recado de escribir, señora, dijo la litiganta señalando con el dedo.

—Tendré el honor de llevárosle, repuso Mme. Dubarry.

—A mi?

—Sí.

—Para qué?

—Para que os digneis escribir á Su Majestad la carta que voy á tener el honor de dictaros. *Toma y daca.*

—Es justo.

—Escribid si os place.

Arrimó la vieja la mesa á su sillón, preparó el papel, tomó la pluma, y esperó.

La favorita dictó lo siguiente:

«Señor: la dicha que experimento al ver aceptada por Vuestra Majestad la oferta que he hecho de ser madrina de mi querida amiga la condesa Dubarry...

Crispó la vieja sus labios, é hizo escupir su pluma.

—Esa pluma está mala, condesa, dijo la favorita, tomad otra.

—No es preciso, señora, ya se acostumbra.

—Lo creéis?

—Sí.

Mme. Dubarry continuó:

«Me alienta á suplicar á Vuestra Majestad, se sirva mirarme con ojos propicios, cuando mañana me presente en

«Versalles, pues os dignais permitirlo.
 «Me atrevo á esperar señor, que Vuestra
 «Majestad me honrará con una buena aco-
 «jida, siendo de una familia cuyos gefes,
 «han derramado su sangre, en servicio de
 «los príncipes de vuestra augusta estirpe.»

—Firmad ahora.

La condesa firmó:

«Anastasia-Eugenia-Rodolfina, Con-
 «desa de Bearn.»

Escribió con pulso firme la vieja: los caracteres eran del tamaño de media pulgada, é iban salpicadas sus palabras de una numerosa y aristocracia cantidad de faltas de ortografía.

Sujetó la vieja con una mano su carta luego que la hubo firmado, y con la otra presentó tintero, papel y pluma á la condesa Dubarry quien en renglones derechos y razgueados estendió una obligacion de veinte y un mil francos; doce mil para indemnizar la pérdida de las viñas, y nueve mil para pagar los honorarios del licenciado Flajeot.

Escribió en seguida una esquila á los señores Bømer y Bossange, joyeros de la

corona, suplicándoles que entregasen al portador el aderezo de diamantes y esmeraldas llamado *Luisa* porque procedía de la princesa tía del joven Luis-Augusto príncipe heredero, que lo había vendido para sus limosnas.

Hecho esto madrina y ahijada, se entregaron reciprocamente sus papeles.

—Ahora, dijo la favorita, dadme una prueba de vuestra amistad, querida condesa.

—Con todo mi corazón, señora.

—Estoy segura, que si consentis en instalaros en mi casa, Trochin os curará en menos de tres días. Venid, y al mismo tiempo probareis mi aceite que es prodijioso.

—Dispensadme, señora, dijo la prudente vieja, aun tengo que despachar aquí varios asuntos.

—Me desairais?

—Al contrario, señora, acepto vuestra oferta, pero no ahora. La una acaba de dar en la Abadía; concededme hasta las tres, y á las cinco en punto estaré en Luciennes.

—Permitís que á las tres venga á buscaros mi hermano en su coche?

—Con mucho gusto.

—Bien, cuidaos hasta entonces

—Nada temais, os he dado mi palabra, y aun cuando me hubiese de costar la vida, estaré mañana en Versailles.

—Hasta la vista, querida madrina!

—A mas ver, adorable ahijada!

Y se separaron, continuando la vieja acostada con una pierna sobre los cojines, una mano en sus papeles, y la favorita mucho mas lijera que á su llegada, pero con el corazon algun tanto oprimido por haber sido meaos fuerte que una vieja; ella que con tanta facilidad vencía siempre al rey de Francia.

Al pasar por la puerta del salon, vió á Juan que para no infundir sospechas sobre su detencion, acababa de atacar la segunda botella.

Al ver á su cuñada, saltó de su silla y corrió hacia ella.

—Qué hay? gritó.

—Recuerda cuando el mariscal de Sajonia dió á Su Majestad mostrándole

el campo de batalla de Fontenoy:

«Señor, por este espectáculo conoceis cuán cara y dolorosa es una victoria.»

—Pero hemos vencido? preguntó Juan.

—Escucha otra sentencia de la antigüedad:

«Otra victoria como esta, y quedamos arruinados.»

—Pero tenemos madrina?

—Sí, pero nos cuesta cerca de un millon!

—Cáspita! exclamó Juan haciendo una horrible mueca.

—Qué quieres hijo? Se vale de la ocasion.

—Eso clama al cielo!

—Y hemos de estar calladitos, porque podria suceder si chistamos que nos quedáramos sin madrina ó nos costase el doble.

—Voto á brios! qué mujer!

—Es una romana.

—Dí mas bien una griega.

—Sea lo que quiera, prepárate para ir por ella á las tres y conducirla á Lu-

ciennes. No podré menos de estar inquieta hasta tenerla bajo llave.

—De aquí no me muevo, dijo Juan.

—Y yo voy á prepararlo todo, repuso la favorita.

Y lanzándose en su coche:

—A Luciennes, gritó, y mañana á Marly.

—A fé mia, murmuró Juan siguiendo con su vista al carruaje, que costamos carillos á la Francia... pero esto honra á los Dubarry.

CAPÍTULO XXXVI.

Quinta conspiracion del mariscal de Richelieu.

Ya habia el rey vuelto á Marly, donde tenia costumbre de recibir su corte.

Menos esclavo de la etiqueta que Luis XIV deseoso siempre de encontrar en las reuniones de la corte ocasiones de ensayar su poder, Luis XV por el contrario, concurría únicamente á ellas para adquirir noticias que escuchaba con inte-

res, ó para mirar detenidamente la variedad de fisonomias, distraccion que preferia á todas, principalmente cuando en ellas aparecia retratada la alegría.

En la noche misma de la entrevista que ya referimos, y dos horas despues de instalarse Mme. de Bearn en el gabinete de la condesa Dubarry, Luis XV sentado en el salon azul, jugaba acompañado de la duquesa de Ayen, y de la princesa de Guemenée.

Su Majestad estaba al parecer muy pensativo, y á causa de esta distraccion perdió ochocientos luises. Predispuesto con esta pérdida á tratar de asuntos graves, porque Luis XV digno descendiente de Henrique IV, queria como él ganar siempre, se levantó á las nueve para ir á hablar en el alfeizar de una ventana con Mr. de Malesherbes, hijo del ex-canciller; mientras Mr. de Maupeou, que estaba platicando con Mr. de Choiseul en otra ventana que habia enfrente, observaba la conversacion con miradas llenas de inquietud.

Luego que se hubo levantado el rey.

formóse un corro junto á la chimenea, compuesto de las princesas Adelaida, Sofía y Victoria, que volvian de dar un paseo por los jardines, acompañadas de sus damas de honor y jentiles-hombres.

Ocupado sin duda de asuntos del mayor interés el rey, pues era notoria la austeridad de Mr. de Malesherbes, y como en torno suyo habia una multitud de oficiales de tierra y mar, y grandes dignatarios, retenidos discretamente por el respeto, la pequeña corte de la Chimenea, bastándose á si misma, preludiaba ya una conversacion mas animada, con algunas escaramuzas, que solo podrian considerarse como lances de vanguardia.

Las principales damas que componian aquella reunion eran, ademas de las tres hijas de Luis XV, las señoras de Grammont, Guemenée, Choiseul, Mirepoix y Polastron.

En el momento en que nos acercamos á este grupo, Mme. Adelaida referia la historia de cierto obispo encerrado en la penitenciaría de la diócesis. Nos absten-dremos de repetir todas las circunstan-

cias de esta narracion, que era bastante escandalosa, y particularmente en boca de una princesa real: pero la época que pretendemos describir, no estaba, como es sabido, bajo la advocacion de la diosa Vesta.

—Pues, sin embargo, señores, dijo Victoria, ese obispo ha estado aquí, apenas hace un mes.

—A peor encuentro estaríamos espuestos en el palacio de Su Majestad, repuso Mme. de Grammont, si se admitiese á los que solicitan entrar aunque nunca han entrado aquí.

Desde las primeras palabras de la duquesa, todos conocieron por el tono en que fueron pronunciadas, de quién quería hablar, y sobre qué terreno iba á plantearse la conversacion.

—Por fortuna, hay mucha diferencia entre *querer* y *poder*, no es verdad duquesa? dijo mezclándose en la conversacion un personaje de pequeña estatura que aunque habia cumplido setenta y cuatro años, representaba apenas cincuenta, si se atiende á su elegante talle,

perfecta formacion de su pierna, viveza de sus ojos, blanco cutis y hermosa mano.

—Hola! exclamó la duquesa, aqui tenemos á Mr. de Richelieu lanzándose á la escala como en Mahon, y tomando nuestra pobre conversacion por asalto. Siempre, querido duque, aparecerá en vos algo del talento militar.

—Algo! me agraviais, duquesa; decid mucho.

—Conque es verdad lo que yo estaba diciendo?

—Cuando?

—Ahora mismo.

—Qué deciais?

—Que las puertas del rey no se violentan....

—Como cortinas de alcoba? Cabalmente, duquesa: soy ahora como siempre, de vuestra misma opinion.

Esta respuesta, hizo ocultar algunos rostros tras los abanicos; pero produjo efecto, por mas que los detractores de todo lo antiguo, supusieran que la gracia del duque habia ya caducado.

Sonrojose la duquesa de Grammont, pues á ella iba principalmente dirijido el epigrama.

—Señoras, prosiguió, si el duque sigue diciéndonos semejantes cosas, no concluiré mi historia, y á fé que perdereis mucho, como no pidais al mariscal que os cuente otra.

—Yo! exclamó este, interrumpiros cuando vais probablemente á hablar mal de algun amigo mio! Dios me libre! escucharé por el contrario, con todo el oido que me resta.

Estrechose el corro en torno de la duquesa, quien lanzó una ojeada hacia la ventana, para cerciorarse si el rey continuaba allí. En efecto, allí estaba; pero aunque hablando con Mr. de Malesherbes, no perdia de vista el grupo, y su mirada se cruzó con la de Mme. de Grammont.

Algo intimidada quedó esta con la expresion que á su parecer leyó en los ojos del rey; pero habia comenzado y no podia volver atrás.

—Ya sabeis, continuó dirijiéndose

principalmente á las tres princesas, que una señora (el nombre no hace al caso, es verdad?) deseó últimamente vernos, á nosotras las elejidas del Señor, en el trono de nuestra gloria, cuyos rayos la matan de envidia.

—Vernos! dónde? preguntó el duque.

—En Versalles.... Marly.... Fontainebleau....

—Vamos! vamos!

—La pobre criatura, no habia logrado ver nuestras reuniones, sino en los banquetes del rey á que son admitidos los papanatas tras las cortinas, para mirar comer á Su Majestad y sus convidados, desfilando por supuesto, bajo la varita del ujier de servicio.

Mr. de Richelieu tomó estrepitosamente en este momento un polvo, de una caja de porcelana de Cevres.

—Pero para vernos en Versalles, en Marly ó en Fontainebleau, es preciso ser presentado, repuso el duque.

—Es claro; y la señora de quien se trata, solicitó su presentacion.

—Apuesto cualquier cosa, á que le

fué concedida, dijo el duque: es tan bueno el rey!

—Sí, pero desgraciadamente no basta el permiso de Su Majestad; se necesita además una persona que presente.

—Cierto, repuso Mme. de Guemenée; como si dijésemos una madrina....

—Ya! pero todos no la tienen, añadió Mme. de Mirepoix; testigo la bella borbonesa por ejemplo, que la anda buscando y no la encuentra.

Y se puso á cantar:

La bella borbonesa

Está muy astijida....

—Vamos! mariscala, mariscala, interrumpió el duque de Richelieu, dejad todo el honor de su relacion á la señora duquesa.

—Sí, continuad, duquesa, añadió Mme. Victoria, no nos váyais á dejar á media miel, despues de habernos metido en gana.

—Nada de eso; tengo mucho gusto en referir mi historia hasta el fin.—Como no tenia madrina, trató de buscarla. «Buscad y encontrareis,» dice el Evanje-

lio; y buscó con tanto afán, que logró encontrarla; pero qué madrina! Dios mío! Una buena mujer del campo, muy sencilla, muy cándida. La sacaron de su palomar, la mimaron, la regalaron y la adornaron.

—Qué escándalo! exclamó Mme. de Guemenée.

—Pero hé aquí que de repente, cuando la pobre provinciana estaba tan mimada, regalada y lujosa, baja rodando la escalera de su casa....

—Y qué? preguntó Mr. de Choiseul.

Una pierna se rompió.

Já! já! já! já!

dijo la duquesa, añadiendo un verso de circunstancias á los dos de la mariscal de Mirepoix.

—De suerte, preguntó Mme. de Guemenée, que ya no hay presentacion?

—Ni sombra, querida.

—Lo que es la providencia! exclamó el mariscal levantando las manos al cielo.

—Pues yo, repuso Mme. Victoria, compadezco mucho á esa pobre provinciana.

—Mal hecho, señora, dijo la duquesa; debeis darla el parabien, pues de dos males, ha elejido el menor.

Interrumpiose de repente la condesa: acababa de encontrarse con otra mirada del rey.

—Y quién es esa señora? preguntó el mariscal como queriendo averiguar la persona de quien se trataba.

—No han dicho el nombre.

—Qué lástima!

—Haced lo que yo, que he tenido el trabajo de acertarlo.

—Si las señoras ya presentadas, fuesen fieles á los principios de honor de la antigua nobleza de Francia, dijo Mme. de Guemenée con ironía, irian todas á dejar sus nombres en casa de esa provinciana que ha tenido el sublime pensamiento de romperse una pierna.

—Efectivamente, dijo Mr. de Richelieu, apruebo la idea; pero convendria conocer el nombre de esa honrada señora que nos salva de tan gran peligro; porque ya no deberemos temer nada; no es verdad, querida duquesa?

—Absolutamente nada; la pobre señora está en cama con la pierna empaquetada, é incapaz de dar un solo paso.

—Y si esa mujer, dijo Mme. de Gueménée, encontrase otra madrina? Es tan traviesa!...

—Bah! no hay que tener miedo: no la encontrará tan fácilmente.

—Sin duda, añadió el mariscal llevándose á la boca una de las milagrosas pastillas, que segun se decia, conservaban su eterna juventud.

Hizo el rey en este instante un movimiento para acerearse, y todos callaron.

Su voz, tan conocida y clara, resonó en el salon.

—Adios, señoras: buenas noches, caballeros.

Levantáronse todos al punto; pero no bien hubo dado el monarca algunos pasos hácia la galeria, cuando, volviéndose, añadió:

—Ahora que me acuerdo, mañana habrá presentacion en Versalles.

Estas palabras, cayeron como un rayo sobre la asamblea. El rey paseó su

vista sobre aquel grupo de mujeres que se miraban unas á otras, pálidas como la cera, y salió sin añadir la menor palabra.

Mas apenas cruzó el umbral del salon con su numerosa comitiva, cuando estalló la mina entre las princesas y demás personas que permanecieron despues de su partida.

—Una presentacion! balbuceó la duquesa de Grammont con rostro lívido. Qué es lo que ha querido decir Su Majestad?

—Será tal vez la vuestra, duquesa? dijo el mariscal con una de aquellas sonrisas que no le perdonaban sus mejores amigos.

Las hijas de Luis XV se mordian con despecho los labios.

—Cómo! es imposible, repetia sordamente Mme. de Grammont.

—Ya, pero en el dia, añadió el mariscal, se componen muy bien las piernas.

Aproximose á su hermana Mr. de Choiseul, y la apretó el brazo para contenerla; mas esta estaba demasiado irritada y ofendida, para obedecer aquella seña.

—Sería una infamia! exclamó.

—Sí, una infamia! repitió Mme. de Guemenée.

Retirose Mr. de Choiseul, conociendo que serian inútiles todas sus observaciones.

—Ay, señoras! exclamó la duquesa dirijiéndose á las hijas del rey, vosotras sois nuestro único recurso. Cómo es posible que siendo las primeras del reino, tolereis que nos veamos espuestas á encontrar en el inviolable asilo de las personas de nuestra clase, una compañera que despreciarian nuestras camaristas?

Las princesas, lejos de contestar, bajaron tristemente la cabeza.

—Señoras, en nombre del cielo! repitió Mme. de Guemenée.

—El rey es el amo, contestó Adelaida suspirando.

—Y me parece justo, repuso el duque de Richelieu.

—Pero toda la corte de Francia está comprometida! exclamó la condesa. Ah! caballeros, qué poco os interesais por el honor de vuestras familias!

—Señoras, interrumpió Mr. de Choiseul procurando sonreirse, como esto huele á conspiracion, no llevareis á mal que me retire acompañado de Mr. de Sartines. Venís, duque? continuó dirijiéndose al mariscal.

—Nó, me gustan mucho las conspiraciones, y me quedo.

Mr. de Choiseul se retiró, llevándose á Mr. de Sartines. Los pocos caballeros que estaban presentes, siguieron su ejemplo.

Unicamente quedaron en compañía de las princesas, las señoras de Grammoat, Guemenée, Ayen, Mirepoix, Polastron y otras ocho ó diez que habian abrazado con fervor la causa contra la presentacion.

Mr. de Richelieu era el único hombre que allí habia, y le miraban las señoras con tanta inquietud, como á un troyano en el campamento de los griegos.

—Hablad sin recelo, dijo el duque, yo represento á mi hija la condesa de Egmont.

—Hay, señoras, dijo la duquesa de Grammont, un medio de protestar con-

tra la infamia que tratan de imponer—nos, y por mi parte estoy decidida á emplearle.

—Cuál es? preguntaron á la vez todas las mujeres.

—Nos han dicho «el rey es el amo.»

—Y yo he contestado, «me parece «justo que lo sea,» dijo el duque.

—El rey es amo en su casa, no lo niego; pero en la nuestra lo somos nosotras; luego, quién puede impedirme que diga esta noche á mi cochero; á Chanteloup, en lugar de decirle, á Versailles?

—Cierto es, repuso Mr. de Richelieu; pero aunque protesteis, qué resultará, duquesa?

—Que se reflexionará.

—Y se reflexionaría mucho mas, exclamó Mme. de Guemenée, si todas os imitasen.

—Y por qué no hemos de imitar todas á la duquesa? preguntó la mariscalda de Mirepoix.

—Ah! señoras, continuó entonces Mme. de Grammont dirijiéndose de nue-

vo á las hijas del rey: que gran ejemplo podriais dar á la corte!

—Se ofenderia Su Majestad? preguntó Mme. Sofia.

—No, no, pueden estar seguras Vuestas Altezas, exclamó la rencorosa duquesa: Su Majestad tiene un tacto tan exquisito, que os lo agradeceria mucho; porque, creedme, el rey no violenta á nadie.

—Muy al contrario, dijo el duque de Richelieu aludiendo por segunda ó tercera vez á una invasion que Mme. de Grammont habia hecho una noche en la cámara del rey; á él sí, que le violentan; á él sí que le toman por asalto.

Estas palabras produjeron en aquel círculo, un movimiento semejante al que se observa en una compañía de granaderos, cuando rebienta una bomba.

Pero á los pocos segundos se recobraron todas de aquella momentánea impresion.

—Es verdad que nada ha dicho Su Majestad viendonos cerrar nuestra puerta á la condesa, dijo Mme. Victoria es-

timulada por el bullicio de la asamblea; pero podria suceder que en una ocasion tan solemne....

—Sin duda, insistió Mme. de Grammont; pero para eso era preciso que vosotras fuéseis las únicas que os reveláseis; pero cuando se vea que todas hemos desertado? .

—Todas? exclamaron las mujeres.

—Todas! repitió el viejo mariscal.

—Segun veo sois tambien del complot; dijo Mme. Adelaida.

—Quién lo duda? y aun por eso pido la palabra.

—Hablad, duque, hablad, dijo Mme. de Grammont.

—Procedamos metódicamente, continuó Mr. de Richelieu; no basta clamar: «todas, todas!» Persona habrá capaz de desgañitarse gritando «haré tal cosa» y cuando se presente la ocasion, hará enteramente lo contrario. Asi es, que siendo yo del complot, como ya he tenido el honor de manifestaros, no quiero verme abandonado, como lo fui siempre que conspiré en tiempo del difunto rey ó en

la época de la rejeñcia.

—Parece, duque, dijo irónicamente Mme. de Grammont, que olvidais donde estais: en el país de las Amazonas hablais con humos de jefe?

—Señora, replicó Mr. de Richelieu, dispensadme el honor de creer, que tengo algun derecho a ese título que me disputais. Vos odiais á Mme. Dubarry —ea, se me escapó su nombre, pero nadie lo ha oido, es verdad?—vos odiais á Mme. Dubarry mas que yo; pero no podreis negar que estoy mas comprometido que vos.

—Vos comprometido, duque? preguntó la mariscal de Mirepoix.

—Y horriblemente: hacé ocho dias que no he estado en Luciennes, y cuatro que no voy á Versailles. Esto es tan cierto, que ayer mandó á preguntar la condesa al pabellon de Hannover si me hallaba enfermo. Rafé contestó que estaba tan bueno, que no habia vuelto desde la vispera. Pero no soy ambicioso, abandono mis derechos, os dejo la primera fila, y hasta os coloco en ella. Te-

do lo habeis conmovido; habeis sido el botafuego; á quien ha revolucionado las conciencias, correponde el baston de mando.

—Despues de las princesas, dijo respetuosamente la duquesa.

—Concedednos el papel pasivo, dijo M^{me}. Adelaida. Vamos á ver nuestra hermana Luisa á San Dionisio, nos detiene, no volvemos, y nadie nos puede tachar.

—Nadie absolutamente, repuso el duque: quién tendria tan malas intenciones?

—Por mi parte, dijo la duquesa, estoy decidida á marchar á Chantaloup, para inspeccionar mis cosechas.

—Bravo! exclamó el duque, esa es buena disculpa.

—Yo, repuso M^{me}. de Guemenée, tengo un hijo enfermo, y me quedaré en casa para asistirle.

—Yo, dijo M^{me}. de Polastron, me siento muy mala esta noche, y seré capaz de enfermar peligrosamente, si Trochin no me sangra mañana.

—Y yo, dijo majestuosamente la ma-

riscal de Mirepoix, no voy á Versalles porque no voy; esta es la razon que alego, el libre albedrío!

—Bien, bien, repuso Richelieu, todo eso es muy lógico, pero falta el juramento.

—Que juramento?

—En las conjuraciones, se jura siempre; desde la de Catilina hasta la de Cellamare, de que tuve el honor de formar parte, siempre ha sido indispensable ese requisito: es verdad que no por eso han cuajado mejor, pero debemos respetar la costumbre. Juremos pues; es un acto muy solemne, ahora vereis.

Dicho esto, estendió su mano sobre el grupo de mujeres, diciendo majestuosamente:

—«Juro.»

Todas á escepcion de las princesas que habian desaparecido, repitieron el juramento.

—Se levanta la sesion, dijo el mariscal: despues de haber jurado en una conspiracion, nada mas se hace.

—Que furiosa se pondrá al verse sola

en el salón! exclamó Mme. de Grammont.

—Veremos si nos destierra el rey, continuó Richelieu.

—Qué sería entonces de la corte? duquesa! exclamó Mme. de Guemenée. A quién verá Su Majestad danesa cuando llegue á Versailles? Quién recibirá á la princesa? Pero nunca se destierra á toda una corte; lo que se hace, es elejir algunas personas.

—Cierto es; esa es la constumbre, dijo Mr. de Richelieu, y aun podré añadir que siempre ha dado la casualidad, de entrar yo en el número de los escojidos. Ya va de cuatro, pues debo advertir, señoras, que esta es la quinta conspiracion en que me meto.

—Bah! nada temais duque, dijo Mme. de Grammont; la sacrificada seré yo.

—O Mr. de Choiseul, añadió el mariscal.

—A él le sucederá lo que á mi, perderá la gracia del rey, pero no tolerará una afrenta.

—No desterraran á ninguno de vosotros; dijo la mariscal de Mirepoix. A mí

sí, porque el rey no podrá perdonarme que sea menos atenta con la condesa, de lo que he sido con la marquesa.

—Es verdad, añadió el duque, vos á á quien siempre han llamado la favorita de la favorita Pobre mariscala! Nos desterrarán juntos!

—Nos desterrarán á todos, repuso levantándose Mme. de Guemenée; porque espero que ninguno se volverá atrás de lo que se ha tratado.

—Y de lo que hemos jurado, añadió Mr. de Richelieu.

—He pensado, dijo Mme. de Grammont, tomar con tiempo mis medidas por lo que pueda suceder.

—Vos? preguntó el duque.

—Sí, porque para estar mañana á las diez en Versalles, se necesitan tres cosas.

—Cuales?

—Un peluquero, un vestido, y un coche.

—Sin duda.

—Y qué?

—Que la borbonesa no estará á las diez en Versalles; se impacientará el rey;

despedirá su corte, y debiendo llegar cuanto antes la princesa, la presentación quedará aplazada para las calendas griegas.

Una salva de aplausos acogió este nuevo episodio de la conjuración y á pesar de aplaudir con no menos entusiasmo que los demás concurrentes, Mr. de Choiseul, y Mme. de Mirepoix se dirijieron una mirada de inteligencia.

Estos diestros cortesanos, habian coincidido en un mismo pensamiento.

Eran las once, cuando los conjurados se retiraron por el camino de San-Germain y Versalles alumbrados por una hermosa luna, á escepcion de Mr. de Richelieu que montado en el caballo de su lacayo, se dirigian á Paris por un atajo, en tanto que su coche, echadas las persianas, corria ostensiblemente por la carretera de Versalles.

FIM DEL TOMO III.





